

LIBERTO NIÑO
JEFE DE SEGURIDAD



ANTECEDENTES

SECRETOS
DEL

9

DE
ABRIL



ALBERTO NIÑO H.
EX-JEFE DE SEGURIDAD

ANTECEDENTES
Y SECRETOS DEL
9 DE ABRIL

Librería SIGLO XX
Calle 12 No. 4-30 Tel. 81-86
BOGOTÁ - Colombia

F2277
N73

A MANERA DE PROLOGO

Diez meses largos he guardado silencio sobre las cosas que narro en este libro. Diez meses de silencio que son otros tantos de sacrificio en aras de una política que siempre creí salvadora para el país, pero que el curso de los días me ha venido demostrando que éste es incapaz de comprender y de practicar con toda lealtad. La nueva conspiración que se fragua en la sombra y con cuidadoso esmero, me persuade de la inutilidad de mi silencio y de la necesidad de la unión de los hombres de orden de nuestra Patria, unión que está resultando imposible porque los ancestros del odio y la desconfianza son más fuertes que los imperativos de la hora y operan con insano vigor en la política nacional. El liberalismo quiere la totalidad del poder y nosotros no se la podemos entregar porque la conquista de mayo representa un inmenso e inenarrable acervo de dolores, esfuerzos, angustias, sacrificios y aun martirios y tal cúmulo de esperanzas de mejores días, que necesariamente nos obligan a librar la lucha en el terreno en que se la quiera plantear y a superar al adversario en calor, vehemencia y beligerancia para defender de sus acometidas nuestra victoria, porque estamos convencidos, y los hechos nos dan la razón, de que esa victoria es indispensable para la Patria, la tranquilidad y la cultura nacionales.

El estado de ánimo de los dos partidos, hace que la política de unión nacional no produzca los benéficos resultados que debiera. Lo que no logra la sensatez, quizás lo consiga la visión del inminente peligro. Por esta razón quebranto mi silencio y publico estas páginas trémulas de verdad pero no de pasión.

Ocupé el cargo de Jefe del Departamento Nacional de Seguridad, y a virtud de su ejercicio tuve conocimiento de los episodios que refiero. De todos ellos di cuenta al Gobierno.

La destitución fulminante e inexplicada de que fui objeto,

tuvo diversas interpretaciones en su hora. Los conservadores la atribuyeron a cobardía o a ineptitud de mi parte; los liberales a desconfianza del Gobierno o al temor de que Roa Sierra hubiera sido detective como infamemente se aseguró desde las radioemisoras amotinadas. No fue cobardía porque no fue verdad que yo renunciara ni podía hacerlo en momentos de lucha y de peligro; no fue ineptitud, porque con excepción del asesinato del doctor Gaitán, de todos los otros proyectos tuve conocimiento e informé al Gobierno a su debido tiempo y mantuve permanente contacto con el servicio de inteligencia del Ministerio de Guerra; Roa Sierra no fue nunca detective, pero sí rosacruzista y liberal. Los investigadores nunca me llamaron ni como informante, ni como testigo, ni como indiciado. Entonces, ¿por qué se me destituyó sin explicaciones y atribuyéndome una renuncia que no presenté porque era un acto de debilidad?

Me di desde entonces, y aún las sustento, dos explicaciones: El doctor Echandía no tenía confianza en mí ni en el detectivismo, y un gran sector liberal y comunista temía mi presencia en la Jefatura de Seguridad. Fundo mis apreciaciones en dos circunstancias: El doctor Echandía, por conducto de su Secretario, mi ilustre amigo el doctor Abelardo Forero Benavides, me solicitó amistosamente revocara la orden de captura que se decía existir contra los señores Jorge Zalamea, José Mar, Gerardo Molina y otros líderes de izquierda; me dijo el doctor Forero Benavides que el doctor Echandía consideraba muy grave hubiera ordenado capturarlos vivos o muertos, porque un muerto en tan difíciles circunstancias como las que entonces se vivían, podía traer tremendas consecuencias para el país, y que por esto me pedía cordialmente revocar esa orden y que si necesitaba a alguno de aquellos caballeros me ofrecía que se me presentarían todos ellos voluntariamente. No pude atender tan gentil insinuación, por que yo ni había dado ni conocía tal orden, y así lo declaré enfáticamente al doctor Forero Benavides, explicándole que

ni la había dado ni podía darla por carecer de funciones para ello, ni de ella tenía conocimiento el detectivismo. Pero el incidente me demostró que el eminente estadista y jurisperito me suponía capaz de ordenar capturar vivos o muertos a ciudadanos colombianos, sin ser juez investigador ni funcionario de instrucción y careciendo, como carecía, de poderes legales para ello; y que también me juzgaba lo suficientemente atrabiliario e inmoral como para decretar la pena de muerte callejera contra distinguidos ciudadanos que no caían bajo mi jurisdicción y contra los cuales yo no tenía ni podía tener pruebas concretas de delincuencia, y que, en el caso de haberlas, no podían ser objeto de procedimientos tan ilegales e inmorales como los que el señor Ministro me pedía amistosamente suspender, con la promesa de que los presuntos acusados se me presentarían voluntariamente.

Fundamento mi creencia en el temor de una vasta zona liberal y comunista por mi presencia en la Jefatura de Seguridad, en las siguientes consideraciones: Mi conocimiento de los antecedentes del nueve de abril; la captura posterior a esta fecha de archivos tan interesantes como los de Antonio García y los de la casa-refugio de la Embajada soviética; la requisita de la radioemisora de Jaime Quijano y, por sobre todo, la captura de varios telegramas y comunicaciones de los revolucionarios del Tolima y Arauca, que comprometían gravemente al doctor Alfonso Araújo y a varios conductores liberales, aparte de otras actividades detectivescas, aliviaban la peligrosidad del detectivismo puesto bajo mi mando y la amenaza que para los revoltosos y criminales entrañaba mi presencia y la de Iván Arévalo en el Comando de la Seguridad.

• • •

La lucha violenta del liberalismo contra el conservatismo, constituye un tremendo error, porque la única valla para la revolución es el partido conservador. La violencia y agresividad liberales, estimulada por agitadores comunistas y sindicalistas, generan y fomentan en los campesinos y obreros

conservadores impulsos naturales hacia la violencia y la agresividad, primero defensivos y luego ofensivos, y como las directivas conservadoras y los párrocos los frenan y les aconsejan tolerancia, pasividad, orden y resignación, aquéllos impulsos se extravían, buscan otros cauces para su expresión y derivan hacia la lucha de clases que está planteada y predicada en todo el país por los órganos sindicales, comunistas y estudiantiles de que trata la segunda parte de este libro. En esta forma la violencia liberal y la labor de contención de las directivas conservadoras están creando nuevos y propicios refuerzos a la lucha de clases, pues los conservadores se desilusionan de un partido que no los lanza al combate y de unas autoridades que no los protegen y en algunas partes, como el Tolima, Santander del Sur, el Valle y Cundinamarca, los persiguen y hostilizan.

Porque no se puede olvidar que la última táctica comunista y sindical es el planteamiento franco y violento de la lucha de clases y el desprestigio subterráneo y organizado de los dos viejos partidos y del ejército. En otro lugar trato sobre las invasiones realizadas en el Valle por campesinos liberales y conservadores: allí las autoridades persiguen a los conservadores; en otras secciones del país han ocurrido hechos semejantes, y aquí en Cundinamarca, en donde también se hostiliza a los campesinos conservadores, se observa igual fenómeno: éstos ingresan en los grupos invasores y fraternizan y actúan con ellos, pues como ya no se agita la bandera liberal para llevarlos a la lucha, las fuerzas inhibitorias y de orden del conservatismo no operan en ellos, y tienen la oportunidad deseada de dar rienda suelta a sus contenidas energías beligerantes. En días pasados circuló una hoja, firmada por Eduardo Alarcón, José Uriel Zapata y Guillermo Bohórquez como delegado de la Federación Nacional de Campesinos, en que se invita a la invasión de varias haciendas con la promesa de respaldo de la C.T.C., la Federación Campesina, los sindicatos de Bogotá, Viotá, Fusagasugá, Icononzo y Cun-

... y se les llama a la unión obrero-campesina para ser coordinando y planeando la labor de masas y LA ACCION EN LA CAMPAÑA SIN CUARTEL que debemos principiar a librar contra el latifundismo... o ya sea que al calor de la alianza obrero-campesina en la conquista por la tierra, NOS PAROLEMOS ESOS LATIFUNDIOS, IMITANDO LA ACCION DE LOS ARRENDATARIOS Y COLONOS DE LA TIERRADURA EN EL DEPARTAMENTO DEL CAUCA». De esta manera, con señuelos de orden económico, la lucha de clases se intensifica en todos los sectores del país incorporando en ella a los agricultores conservadores, y la violencia política liberal la favorece. Los planes de la Federación Nacional de Campesinos e Indígenas, de la C.T.C., de la A.P.U., y del comunismo se están cumpliendo sin tropiezos ante la indiferencia confiada del país y la expectativa benévola de un gran sector liberal.

• • •

Ahora que todos los liberales se disputan la herencia de Gaitán y la vocería auténtica de su política, resultaría profundamente interesante un estudio meditado y una exposición verdadera de su doctrina, que en esta obra afirmo debe ser continuada y realizada. Pero eso demandaría mucho espacio. Sin embargo, bueno es recordar los rasgos esenciales y las fuentes efectivas de aquella política:

Silvio Villegas fue el primero en formular el grito ¡a la carga! Los conservadores somos los verdaderos legatarios de Gaitán, porque le dimos el capital mental y las banderas para su batalla, y estamos en condiciones de reivindicar aquellos aportes. ¡Contra qué luchó Gaitán? Contra las oscuras negociaciones de la Handel, y de la Trilladora de Girardot; contra las construcciones ilegales e inmorales de Las Monjas; contra el asesinato de Mamatoco; contra los despilfarros de los fondos públicos; contra los contratos simoníacos; contra los enjuagues e immoralidades oficiales, el engaño al pueblo, las ganancias ilícitas de los funcionarios; en resumen contra la mala administración del Estado y el manejo ilegal e inmoral

de los intereses nacionales; contra el fraude, contra la violencia, ejercitados en perjuicio de los conservadores, y contra la negación de todos sus derechos por parte de autoridades, caciques y matones liberales. ¿Habrá necesidad de decir que todo esto constituyó el utillaje de lucha del conservatismo antes de Gaitán? Y fueron estas las auténticas banderas de Gaitán. En esa circunstancia radica su mérito: enarbolar nuestras banderas de justicia, moralidad y libertad y, con ellas en alto, luchar implacablemente contra su propio partido hasta destruir sus fortalezas de sustentación y de escándalo.

Cuando los nuevos jefes liberales se disputan los programas de Gaitán conviene recordar que toda su lucha fue contra el liberalismo, que estaba en el poder, contra los jefes que lo usufructuaban y aprovechaban, contra los caciques que disponían de la autoridad y de las cosas del Gobierno como de cosa propia y en perjuicio de los parias conservadores. Y ¿qué perseguía Gaitán? La unión de los colombianos y la moralización del Estado. Sus plataformas de lucha eran las nuestras; sus aspiraciones, las estamos realizando en el Gobierno con la política de unión nacional. Me refiero al auténtico Gaitán, al Gaitán solitario y réprobo dentro de su partido, pero beligerante, iluminado y tenaz; al que insubordinó al pueblo contra los conductores y políticos que entonces lo dirigían y que ahora han vuelto a tomar las posiciones de comando; al que se pronunció con vehemencia y causticidad inigualadas contra la obra de los gobiernos liberales y la exhibió como una vergüenza nacional; al que combatieron con saña y sin tregua todos los viejos políticos liberales que ahora hablan de su obra como de cosa propia. Fue esta, en síntesis, la verdadera y personal obra de Gaitán. Y ocurre preguntar a sus póstumos seguidores: ¿Fue justa y ética la batalla de Gaitán? Entonces, ¿por qué se opusieron a ella y lo vilipendiaron en todas las formas? Si no fue justa, ni razonable ni moral ¿por qué se disputan su depósito y la recogen, en abstracto, como meta y bandera de su acción?

INDICE

	Págs.
A manera de PROLOGO.	v - x
CAPITULO I. <i>Primer proyecto.</i> Abril de 1946. Gaitán. El Caudillo.	1 - 8
CAPITULO II. <i>El cinco de mayo.</i> Gaitán y la Unión Nacional. El ciclo humano. Obra inconclusa.	9 - 16
CAPITULO III. <i>El resurgir del odio.</i> Primer rompimiento.	17 - 19
CAPITULO IV. <i>Victoria y tropiezos del Conductor.</i> La conspiración de los gases. Fiebre armamentista. Otro plan subversivo. Robos, consignas y elementos.	20 - 24
CAPITULO V. <i>Se rompe la cooperación.</i> Una sorpresa. El Comunismo y la IX Conferencia. Grave amenaza. División comunista.	25 - 28
CAPITULO VI. <i>Rutas de sedición.</i> El Sindicalismo y los Jefes liberales. Buscando un muerto. Escuela de Comunismo. La soga del ahorcado. Definiciones necesarias.	29 - 34
CAPITULO VII. <i>El Comunismo y la unidad sindical.</i> Sindicalismo y espiritualismo. Unidad sindical. Paralelismo sindical. Sindicalismo católico. Interrogantes.	35 - 39
CAPITULO VIII. <i>El paro general.</i> ¿Errores o aciertos? Victoria entregada	40 - 43
CAPITULO IX. <i>Nuevos planes, huelgas y conflictos.</i> La huelga petrolera. Espionaje interno. Confianza ingenua. Juicio imparcial.	44 - 49
CAPITULO X. <i>Aportes foráneos.</i> De Venezuela. De Chile. De Europa. De Rusia. <u>De Cuba.</u>	50 - 55
CAPITULO XI. <i>Falsas alarmas.</i> Manifestaciones. Ensayos alarmistas. Pugna proselitista. La manifestación del 7 de febrero. La policía política. Contrastes.	56 - 63
CAPITULO XII. <i>El orden público soy yo.</i> Solicitud desechada.	64 - 66
CAPITULO XIII. <i>La Conferencia Panamericana y otras actividades.</i> Propósitos de saboteo. Plan terrorista. Diálogo con el Dr. Gómez. Algo va a pasar. Anónimos y denuncias. La Embajada rusa.	67 - 74

	Págs.
CAPITULO XIV. <i>El Gobierno de Acción Democrática.</i> Traslado de archivos. Emisarios técnicos: Proyectos de invasión. Explicación infantil. «La Voz del Pueblo». Política y patriotismo. El tríptico de la revuelta.	75 - 83
CAPITULO XV. <i>Focos de subversión actual.</i> Tranquilidad ficticia. Los nuevos planes. La C.T.C. subversiva. Se aplazan los planes. Se ordena otro nueve de abril. El Plenum subversivo. La C.T.C. y la huelga del nueve. Organizando la sedición. Un panorama sombrío. Pugnas internas. Plenum comunista. Infiltración en el Ejército. Alianza con el Gaitanismo. La A.P.U. Revolución ad portas. «La marcha sobre Roma». Identidades de rebeldía.	84 - 102
CAPITULO XVI. <i>Reflexiones. La historia.</i> Proceso de regresión. Cambio de tesis. El nueve de abril no fue fortuito. El hecho Gaitán. Lo trivial. El mito. ¿Quién lo mató?	103 - 117
CAPITULO XVII. <i>Ideales reaccionarios y liberales.</i> La legislación social. La reacción. La cuestión social. Los dos partidos. Competencia dañina. Fuentes doctrinarias. No odiamos la riqueza. Acercamiento futuro. Síntesis programática. Anhelos de reconquista. La libertad. Grecia. Sócrates. Roma. El liberalismo sin rumbo. Conservatismo y libertad. La Iglesia y el obrero. Tradición y progreso. Conservatismo y Liberalismo. Estática y dinámica. Resurgimiento conservador. El eterno retorno. Afinidades y divergencias. La lucha actual. Visión panorámica y olvido. Dimensiones vitales. El hombre creador. Símbolos del dolor. Unión y olvido. Síntesis.	118 - 159

CAPITULO I

PRIMER PROYECTO

Abril de 1946

El extraordinario caudillo aprestaba sus huestes para la batalla final. El Milagro Gaitán era la realidad política de la hora. Los politicastros y «manzanillos» de todos los pelajes se replegaban pávidos y desconcertados ante la imprevista y arrolladora campaña del insigne repúblico que con las banderas de Laureano Gómez, de Silvio Villegas, de Londoño y Londoño, arremetía implacable contra la inmoralidad, el sectarismo, la simonía, el odio entre hermanos, las injusticias sociales, la violencia y el fraude.

La lucha había sido tremenda, sin tregua ni fatiga, magnífica y gloriosa por las circunstancias adversas que lo rodeaban y los obstáculos que hubo de vencer. Solitario como una cumbre, fuerte, tozudo, con un incendio místico en el alma y un borbotar constante de emociones en el corazón, con ideas precisas y claros objetivos en la inteligencia, se enfrentó gallardo, razonador, acometivo y dominante a los directorios de su partido, al Gobierno, a la prensa, a las radios, a los potentados, a los políticos, a los caciques, a los grandes y a los pequeños. Era solo contra todos, pero las muchedumbres entendieron su lenguaje, admiraron su verdad, amaron su justicia, y, a pesar de que les afeaba sus vicios y pecados, se fueron tras él, fervidas y estremecidas como tras un apóstol. Y no solo lo siguieron las multitudes liberales sino también gran parte de las comunistas y de las conservadoras.

Gaitán no distinguía entre los desvalidos; sus tesis, aparentemente libertadas de todo contenido partidista, las habían aprendido los conservadores de los labios mesiánicos de Laureano Gómez, pero Gaitán les daba cierta novedad y un agu-

do poder penetrante al restarles la externa capa política. Estaba orgulloso del respaldo conservador y el acceso a su jefatura le hubiera parecido tan natural como a la de su propio partido. Por esto cuando surgió el candidato conservador, Gaitán se desconcertó y tuvo su primera vacilación. «Qué error el de ustedes —me decía Gaitán— acojo sus reclamos, los convierto en conciencia popular, arrinconó y anulo a los violentos, desplazo a los caciques, a quienes los perseguían y hacían irrisión de sus derechos, y cuando mi obra iba a culminar con el mayor de los éxitos, ustedes los conservadores se encargan de resucitar todo lo que yo aniquilé, encienden de nuevo los odios: apenas en proceso de amortiguación y devuelven autoridad política y opinión popular a todos los elementos malsanos y sectarios de mi partido. La intransigencia, el espíritu cerril de partido, aún están vivos en las multitudes liberales, y, ante la posibilidad de una victoria conservadora, gran parte de mis seguidores me abandonarán momentáneamente para asegurar el triunfo liberal. Ante la amenaza conservadora mis tesis restauradoras pierden terreno en la conciencia liberal, porque el pueblo entiende la renovación democrática y moral como prospecto de un gobierno liberal más no como el ascenso del conservatismo al poder. No se hagan ilusiones: los espera la derrota y el fracaso de mis campañas les asegura nuevas persecuciones, por el predominio de los violentos en cuyas manos ustedes han colocado de nuevo las banderas del *peligro conservador*. Para mí resulta imposible asumir la responsabilidad de la caída del partido liberal. La candidatura conservadora significa para mí un aplazamiento en mi lucha; para ustedes, la pérdida de toda esperanza. En Cali anunciaré el retiro de mi candidatura».

Esa declaración no se realizó, y Gaitán me explicó su actitud diciéndome: «El pueblo no me abandona; hoy más que nunca está resuelto a la lucha contra las dos oligarquías; triunfaré sobre Turbay y sobre ustedes con el respaldo de una gran zona conservadora. Infortunadamente las circunstancias han

cambiado fundamentalmente y ya no me será posible realizar desde el Gobierno la totalidad de mis programas: algo habrá que conceder al espíritu de secta que ustedes rejuvenecieron. Como consecuencia de esta lucha, que será sin cuartel, los odios, las pasiones políticas, alcanzarán de nuevo su plenitud disolvente, y muy difícil será para mí extinguir esta fatídica floración del primitivismo que ustedes torpemente estimulan y abonan».

Pero volvamos a abril. Los tenientes de Gaitán despleaban actividades febriles y se preparaban para afrontar todas las contingencias. No descartaban de sus cálculos la posibilidad de la derrota, y tomaron medidas para cambiar su significación y transformar su contenido; y apareció la primera tendencia de sedición. Gaitán —pensaban sus tenientes— había realizado una revolución en las masas, de carácter pacífico, es verdad, una revolución sin antecedentes en el país, visible, poderosa, incontenible, creciente, arrolladora, que no podía disolverse ante la estática valla de un inciso legal. Si las fuerzas coaligadas de la reacción y las oligarquías cegaban sus cauces civiles en los comicios, la revolución, que era la democracia, debía resolver la dificultad como una cuestión de estética y de fuerza.

Sobre estas premisas se elaboró y se preparó el terreno para la declaratoria de una huelga general que debería estallar si los resultados de las urnas se presentaban desfavorables para el movimiento restaurador. «La cosa es clara —me decía Germán Arango, dinámico e inteligente capitán del gaitanismo— si triunfa Turbay, haremos la huelga con sentido nacionalista; nos lanzaremos a la calle, el orden público será un juguete en nuestras manos y, con el apoyo espontáneo, efectivo y total del conservatismo, tomaremos el poder para Gaitán, es decir, para el pueblo; si triunfa Ospina Pérez, la huelga será política en el fondo, haremos la revuelta acompañados por el turbayismo y en lugar de Ospina Pérez se posesionará Gaitán. Porque o triunfan las tesis de Gaitán, que son las tesis y aspi-

raciones del pueblo colombiano, del pueblo que sufre, trabaja y crea riquezas, llámese liberal o llámese conservador, o se hunde el país arrastrando en su caída a las oligarquías explotadoras y sin conciencia».

El pueblo comenzó a darse cuenta exacta de lo que significaba como potencia destructora y a reflexionar en que la revolución no puede aceptar hitos y normas preestablecidas, porque es el anhelo colectivo en acción, la fuerza en libertad, el deseo multitudinario hecho ley elástica y cambiante, la quiebra de la tradición, la inestabilidad del presente. Supo entonces el pueblo que le era lícito y necesario romper la organización jurídica y democrática del país para imponer sus deseos; las teorías de convivencia, de fraternidad, de justicia de Gaitán padecieron la primera y más grave desnaturalización, porque sus tenientes restringieron sus proyecciones, limitaron su sentido, mutilaron sus lineamientos, y las redujeron a una simple tendencia clasista, de resistencia a la ley, de antipatía a la organización social existente, de odio a las clases media y superiores... ¿Y Gaitán?...

Gaitán

Gaitán fue una paradoja viviente. Era un revolucionario que odiaba el desorden; amaba al pueblo, pero como su concepción del pueblo no era la realista de Gorki sino una ingenua concepción ideal y romántica, le atribuía todas las virtudes y se exacerbaba cuando en sus tratos con él descubría alguno de sus defectos; le gustaba la política, pero carecía de la discreción tortuosa e hipócrita del político; era un demagogo pero rendía culto exagerado al principio de autoridad. Su conflicto con los choferes de Bogotá, muy fácil de resolver, se hizo insoluble y terriblemente peligroso por el concepto que de los fueros y esencias de la autoridad tenía Gaitán. Para él el pasado siempre había sido peor que el presente, pero la tradición tuvo en su inteligencia y en su espíritu un rito constante y ferviente; defendía con celo a Bolívar a quien consideraba el

verdadero fundador del liberalismo colombiano, y criticaba duramente a Santander y a veces con insufrible injusticia, por lo que llamaba sus realizaciones y temperamento conservadores; era entusiasta admirador de Suárez y sentía por Lenin la más sincera e hiperbólica veneración.

Sensible al halago o la censura, se ligaba indisolublemente a sus aduladores o retiraba su estimación a sus críticos considerándose injusta y cruelmente herido por ellos. Perdonaba aparentemente, pero nunca olvidaba las injurias recibidas. Plinio Mendoza Neira, César Ordóñez Quintero, Salazar Ferro, Calibán y muchos otros, no pudieron nunca recuperar el perdido afecto de Gaitán. «Salvar a un hombre no obliga a la gratitud... según el hombre salvado». «Me robé los fondos de la Editorial Patria, pero la empresa funciona», «No me sentí capaz de ocupar un puesto en la Corte», «Soy un analfabeto togado», eran frases que frecuentemente deslizaba en sus conversaciones cuando tenía necesidad de referirse a alguno de estos cuatro «amigos».

A José Mar nunca le perdonó que irónicamente hubiera dicho en la Cámara que él no era buen orador porque no se desmelenaba para hablar ni se le escapaba la corbata del cuello. Los debates sobre la ley de tierras abrieron un abismo jamás colmado entre Gaitán y Lleras Restrepo.

En la práctica era un moralista ortodoxo que negaba el valor absoluto de la moral; un profundo e intenso anhelo de justicia lo animaba, mas no vacilaba ante la injusticia cuando de imponer sus puntos de vista se trataba. Era un hombre honrado y recto; un ejemplar humano fuerte y creador. Creía en su verdad; su verdad era el Bien, y por esto era dogmático. Con él no se podía discutir, porque la discusión derivaba en choque; pero se le convencía de error aparentando aceptar sus tesis y exponiendo luego tímidamente la duda como una consulta.

Era un hombre práctico y a la vez un gran soñador; amable, anecdótico, alegre y comunicativo, se encolerizaba con

gran facilidad sin tratar de disimularlo, porque era tremenda y agresivamente franco. Conductor incomparable de multitudes y siendo como era enemigo de la lucha de clases, dio vigencia en el país a esa misma lucha al modelar con su acción y con su palabra la conciencia de clase en las masas populares. Porque fue siempre un soñador, su visión del mundo y de la sociedad arraigaba en las realidades nacionales y se aireaba y nutría en las zonas etéreas de la utopía. Precisamente por estas raras modalidades de su temperamento fue caudillo y creador.

El caudillo

Todo auténtico caudillo tiene algo de anormal y mucho de soñador. Porque soñar es anticipar los mundos del futuro y actualizar las esperanzas o las realidades del porvenir. El grande hombre —y Gaitán lo fue— es el realizador de sueños pretéritos o de ficticias fantasías coetáneas a sus pensamientos originales; porque lo ficticio de hoy es la adquisición objetiva del futuro, y la ilusión del presente es la verdad en potencia de los días que vienen. Ya lo dijo el Eclesiastés: «Qué es lo que fue? Lo mismo que será. Lo nuevo ya fue en los siglos que nos precedieron».

Digo que Gaitán fue un creador, el creador de una conciencia popular, no importan las quididades íntimas de esa conciencia. Desbrozó los caminos de la revolución y dio al pueblo una peligrosa y excesiva concepción de sus derechos y de su valer, cuyas proyecciones en el futuro, ya lo vimos el nueve de abril, nadie puede prever. Mas —triste síno de los hombres superiores— no logró en vida los objetivos que perseguía. No pudo vencer al país político, que renació bajo su sombra protectora y lo envolvió con sus tentáculos como un pulpo que hoy vive de su memoria como un inmenso necrófobo, ni pudo conquistar al país nacional. Pero sus ideas están vivas como semillas potentes que más o menos tarde darán al país sus cosechas fecundas, porque esas ideas, no las que le atribuyen ami-

gos y enemigos, sino las que él acarició, sintió y amó, estaban latentes en el alma nacional: armonía, justicia, moral. Intimamente todos sentimos esas ideas como algo nuestro, como un imperativo de la hora, como una necesidad propia y de la Patria, que no puede continuar señoreada por la intolerancia, la politiquería y el odio.

Quizás Gaitán fue excesivo en su lenguaje y en su acción, pero no podemos olvidar que toda creación es violencia y dolor: violencia en cuanto modifica o destruye valores preexistentes con apariencias o esencias de verdad; dolor en cuanto implica el abandono, voluntario o forzoso, de posiciones holgadas, serenas, en que vivíamos tal vez seguros y tranquilos, para sustituírlas por la duda, la inseguridad y la angustia temerosa ante lo desconocido que llega con promesas o seguridades de verdad.

El hombre superior no vacila, es arrogante e intrépido; se enfrenta a la vida y al concepto universal sin contrariar su sentimiento íntimo y oscuro, seguro de su fuerza, movido por su idealidad luminosa y dinámica. Y recio en su libertad interior, seguro de su potencia creadora, depura la labor espiritual de los elementos impuros, de las escorias vulgares, de los preconceptos inhibitorios; une y armoniza lo útil aunque disperso anterior con lo necesario del momento presente o de la etapa futura; transforma las reservas morales de su tiempo, se apodera de lo que ofrece de perenne la arcilla que trabaja, enriquece las cosas con el brillo de su mente y el calor de su espíritu y obra el aparente milagro de elevar la vida de su pueblo y dotar de juveniles categorías y de bienes más fecundos a la sociedad en que se mueve.

Buen ejemplo de esto lo tenemos en el doctor Ospina Pérez, que, solo contra todos, ha realizado la más sorprendente transformación política y social de todos los tiempos en Colombia, sin que el país se dé casi cuenta de ello, fundiendo en un solo crisol los finos metales tradicionales, los amorfos an-

helos colectivos, las necesidades de la hora y las urgencias pre-
visibles del porvenir.

Toda producción cultural tiene su germen potente en las
generaciones extintas, y en la meditación del grande hombre
sus energías de plenitud. Por regla general, el hombre excep-
cionalmente dotado es un revolucionario en potencia o en acto,
contenido por el análisis claro y el juicio vidente. Es él
quien siempre apresura la evolución de la cultura de un pue-
blo y acelera el proceso de la perfección colectiva o abre, im-
petuoso, nuevas y transparentes posibilidades de vida.

Gaitán fracasó temporalmente en sus intentos porque, ya
victorioso, hizo concesiones a tendencias que él y el país recha-
zaban. Le faltó una contemplación más panorámica y universa-
lista de la vida y cedió demasiado a los impulsos externos.

Ospina Pérez demostró el nueve de abril de lo que es capaz
el grande hombre en el instante premioso para salvar una cul-
tura y crear nuevas concepciones y categorías vitales en el fu-
gitivo instante estelar.

La conciencia popular creada por Gaitán operaba desor-
bitada y anárquica sin el freno regulador de su caudillo, extra-
viada por pávidos dirigentes ocasionales y adocenados.

Ospina Pérez conjuró la grave amenaza y aprovechó ge-
nialmente el peligro inminente para imponer como realidad
palpitante y fecunda su rica y fresca visión interior.

CAPITULO II

EL CINCO DE MAYO

Los comicios del cinco de mayo dieron el triunfo al doctor
Ospina Pérez, y con él al partido conservador. Al conocerse
los resultados, las muchedumbres liberales, dirigidas por los
comandos turbayistas y gaitanistas y algunos dirigentes del
comunismo, invadieron las calles de Bogotá, desafiadoras y
enardecidas pidiendo la guerra civil. Llegaba el momento de
presentar los pliegos de peticiones pre-elaborados, ir a la
huelga general y fomentar la planeada revuelta. Solo se espe-
raba la orden de Gaitán. La agitación en todo el país era tre-
menda; pero el Caudillo, gran patriota y hombre civil, no solo
se negó a dar la orden que se le demandaba, sino que hizo pú-
blica declaración de su sometimiento a los resultados electo-
rales, y para calmar la angustia y excitación de las masas, for-
muló la categórica promesa de continuar la lucha y lograr la
reconquista en 1950.

Explicó entonces cómo el nuevo Gobierno no podría reali-
zar nada peligroso para las conquistas sociales y las liberta-
des públicas, porque el partido triunfante solo había conquis-
tado un empleo en palacio; todo lo demás, Corte Suprema, Tri-
bunales, Poder Contencioso, Poder Electoral, Asambleas, Con-
greso, continuaban en manos del liberalismo; y notificó al doc-
tor Ospina Pérez y al conservatismo que no permitiría ningún
cambio regresivo ni la destitución de un solo empleado liberal
por razones políticas: la paralización de los transportes, em-
presas, fábricas, en fin, de toda la vida activa del país, sería
utilizada en caso necesario contra el Gobierno.

El pueblo liberal se calmó, los organizadores de la proyec-
tada revuelta se desconcertaron e indignaron; muchos de
ellos se distanciaron de Gaitán, lo tildaron de cobarde, le ne-
garon sus dotes de caudillo, y en todas partes recordaban sar-

cásticamente su frase: «El pueblo es superior a sus dirigentes». Se trabajó por minar su prestigio entre las masas afirmando que el miedo lo había conducido a oponerse al golpe. Gaitán se encogió de hombros y continuó su campaña, ignorando a sus recientes adversarios.

Estos se dedicaron de lleno a organizar un nuevo plan para impedir la posesión del doctor Ospina Pérez, enarbolando el nombre de Gaitán como bandera.

Gaitán y la Unión Nacional

Gaitán fue uno de los máximos sostenedores del orden público y de la organización democrática del país en esta azarosa etapa de la vida nacional. Se negó a participar en cualquier intento de revuelta y desautorizó a los agitadores. El nuevo proyecto subversivo fracasó como el anterior. El doctor Ospina Pérez tomó posesión de su alto cargo ante la inquietud expectante de todos los colombianos. A nuestro juicio se cometió un error al no pactar la cooperación liberal con significado político.

Gaitán esperaba que el doctor Ospina consultaría con él la formación del Gabinete. Por alguna declaración que sobre candidatos nos hizo el doctor Gaitán a Luis Caro Escallón y a mí, creo que así fue, pero estimo conveniente relatar el siguiente episodio: «Encontrándome en la cigarrería de Santiago Páez pasó Gaitán y me invitó a acompañarlo hasta el Tribunal. «Camine, que no lo excomulgarán. Ya ganaron el poder... por cuatro años. ¿Cuándo será que se acaben los odios políticos y cese la intolerancia entre liberales y conservadores como yo lo deseo y me propongo lograrlo?».

—Ni le temo a excomuniones imposibles, ni le he retirado mi afecto y admiración. Continúo de gaitanista, contesté.

«Estoy satisfecho —me dijo tomándome del brazo—. Si en las elecciones contra las oligarquías, contra ustedes, contra los caciques, contra el dinero, contra el Gobierno, puse cua-

trocientos mil votos, hoy, después de la derrota, cuento con ochocientos mil votos de carne y hueso. En 1950 me llegará el desquite. El pueblo ya sabe para dónde va, y ustedes le han dado nuevos estímulos al sustituir la oligarquía liberal por la oligarquía conservadora. El doctor Ospina parece un hombre de buena fe, pero es la cifra más alta de la plutocracia. Para 1950 grandes núcleos conservadores, decepcionados por la oligarquía de turno, ingresarán definitivamente en mi movimiento. ¿Qué tiene usted que ver, por ejemplo, con la oligarquía de turno? Y como usted hay millares de conservadores que si en el pasado debate siguieron a Laureano, lo hicieron movidos por el sectarismo y la intransigencia política que he venido y seguiré combatiendo; que mañana, convencidos por los hechos, de que no hicieron sino cambiar de oligarcas, vendrán a mí sinceros y entusiastas, porque ustedes creen, tienen que creer en la bondad de mis tesis y en la sinceridad de mis campañas».

Le hice algunas observaciones y luégo le pregunté sobre el posible nuevo Gabinete Ministerial.

—«No sé nada, contestó. No se me han pedido nombres. No pienso intervenir en esto. He sostenido y sostengo que la colaboración liberal no debe ser cuestión de nombres sino de programas. Pido que con el doctor Ospina y las Directivas de los partidos elaboremos un programa mínimo de Gobierno y pactemos la colaboración para realizarlo. Lo demás es cuestión de sueldos que no me interesa. Claro es que la colaboración simplemente personal como la quiere el doctor Ospina Pérez es mejor para el liberalismo desde el punto de vista simplemente político porque lo deja en absoluta libertad de acción y sin responsabilidades, a más de fiscalización directa en el Gobierno; pero desde el punto de vista patriótico, que es el que me interesa, es inconveniente y perjudicial. Por lo demás, no habrá *firmones* liberales en el Gobierno: el doctor Ospina es hombre suave y no tiene la garra de López ni la arrogancia subyugante de Olaya. Me seduce la política de unión nacional

porque es la mía y constituye el paso inicial para acabar con la pugnacidad inconciente y feroz entre los colombianos. Pero para que signifique y produzca lo que debe significar y producir, la unión debe ser de partido a partido y no de oligarcas a oligarcas. ¿Por qué y para qué estas luchas enconadas y selváticas? ¿Qué razón hay para que usted y yo, que en el fondo tenemos las mismas ideas restauradoras y renovadoras, nos enfrentemos coléricos para definir, matándonos, quién deba realizarlas? Todo esto es lo que yo quiero acabar. Pero eso no lo puedo hacer sino desde el Gobierno; y para eso lo quiero: para hacer la verdadera unión nacional como yo la entiendo, sin ventajas de secta, sin necesidad de odiar para ser buen liberal o buen conservador. ¿Y qué decir de los hombres que se matan por política sin saber por qué son liberales ni por qué son conservadores? Y es curioso: cuando yo siento, pienso y digo estas cosas y pretendo inculcarlas en la conciencia nacional, hay elementos, seguidores míos, hombres de buena fe que dicen creer en mis tesis, que me hablan de atentados, de revueltas, de violencias, sin darse cuenta de que son ellos los primeros en desvirtuar, desnaturalizar y traicionar mis propósitos y enseñanzas. Todo esto es absurdo, torpe, todo esto debe cambiar y lo cambiaré cueste lo que cueste».

El ciclo humano

Y este hombre que así pensaba y sentía, estaba sin embargo, dando una conciencia clasista al pueblo y abonando, sin quererlo, las eras del odio y de la intolerancia. Se daba cuenta del fenómeno, lo censuraba y por eso repetía en todos sus discursos: «No somos enemigos de la riqueza sino de la pobreza; el hambre, el dolor, las enfermedades, la angustia, las necesidades de los conservadores son iguales al hambre, al dolor, las enfermedades, la angustia y las necesidades de los liberales».

Dije que Gaitán tenía una concepción ideal del pueblo: lo consideraba «superior a sus dirigentes» y confiaba ciegamente en sus virtudes latentes. Y como se sabía su conductor, estaba

absolutamente seguro de conducirlo y orientarlo por los caminos que él le trazara y hacia los objetivos que le señalara. Tenía la certidumbre de que el pueblo, su pueblo, no haría sino lo que él quisiera; y como lo que sentía querer era el Bien, pensaba que ese pueblo por él adoctrinado solo quedaría capacitado para realizar el Bien.

Sin su trágico y doloroso final, ¿habría logrado Gaitán la transformación colectiva fundamental con que él soñaba? Difícil cosa, porque sobre el materialismo es imposible construir la virtud. Gaitán era, en el fondo, un espiritualista espontáneo, un hombre superior; y el pueblo lo seguía ciegamente. La *manifestación del silencio*, cumplida en todo el país, demostró su total dominio sobre los instintos y pasiones populares.

Gaitán fue el más popular de los conductores actuales, pero no fue el único hombre superior de nuestros tiempos, circunstancia desfavorable para sus propósitos y campañas, porque al frente tenía grandes hombres que se oponían a sus intentos de dominio: Laureano Gómez, Silvio Villegas, Augusto Ramírez Moreno, Fernando Londoño, Guillermo León Valencia, en el conservatismo; Alfonso López, Eduardo Santos, Darío Echandía, Alberto Lleras Camargo, Luis Cano, en el liberalismo.

En otra época Gaitán hubiera sido El Conductor; en la que le tocó vivir fue un conductor; indudablemente, Gaitán ya había vencido a sus opositores liberales y los tenía humillados a sus plantas de triunfador. A través de la historia, lo frecuente es el tipo sencillo, el hombre medio; lo insólito y pudiera decir que anormal, es el tipo superior, complejo y profundo, porque la mezcla de lo permanente y lo mudable es rasgo de la vida pero no frecuencia de ella. Al correr de los años de pronto parece que se esconden o enervan el hombre, la sociedad y la cultura, y que la humanidad avanza trabajosamente en la penumbra, flácida y exhausta sobre las éras calcinadas del desierto. Es un ciclo humano que se quiebra repen-

tinamente para dar comienzo a otro, cuando en los horizontes se estabilizan las formas y el fastidio de lo constante contagia las almas. Y como si el imperio de la monotonía fuera un descanso para fortalecer los nuevos ímpetus, surge el hombre superior, grande en la inteligencia, claro en la percepción del mundo, exacto en la observación de los hechos, del sentir y del anhelar colectivos, tozudo y fértil en la construcción o descubrimiento de nuevas formas de vida. Este brote espiritual con contornos humanos de la nostalgia común ante el desgaste de los valores, resume una época y determina los rumbos juveniles de la que sigue.

Lo anterior y lo colectivo preparan el escenario del grande hombre y precipitan su acción; con ellos o sin ellos, el hombre superior trabaja, seguro de su misión histórica. Sin ellos, se produce un aparente fracaso inmediato, que al discorrir de los días y el sucederse de las generaciones, estalla en una imprevista floración de buenos éxitos y ricos valores. Porque la acción del hombre excepcional jamás es estéril, y sus frutos surgen con él o después de él, pero siempre como enriquecimiento social. Sus contradicciones aparentes, su accidental divorcio de las realidades ambientes, se explican porque el hombre superior nunca se somete incondicionalmente a una objetividad histórica, pues sabe que lo objetivo, en sentido creador, carece de alma las más de las veces, y la obra del conductor de pueblos estriba precisamente en encontrar el alma de las cosas y de los hechos, o darle la suya, lo que impone acción, interpretación, creación subjetivas, que, en cierta manera, constituyen una deformación genial de las realidades vivas o simplemente en latencia, para darles nuevo valor, nueva significación, nuevo contenido, nuevas funciones vitales. Este fue el caso de Gaitán. Un cansancio general con lo existente; un hondo anhelo de renovación y de cambio; una profunda aspiración de moralización de las costumbres, encendidos deseos de justicia, fastidio con la politiquería, condicionaban el sentir y el pensar y el querer de los colombianos; un

ciclo estaba quebrado. Gaitán comprendió el fenómeno y quiso ser el gestor de la nueva época. Triunfó?... Fracasó?... El tiempo lo dirá. En todo caso, sus ideas matrices, que eran las de un partido hostilizado y perseguido y las de gran parte del liberalismo, no murieron con él, y constituyen un aporte innegable a nuestra cultura política y social.

En el carácter griego la crítica ha querido encontrar el fundamento de la cultura griega; en el grupo social helénico, en su temperamento, sentir y visión del mundo, señala las fuentes millonarias de la obra maravillosa de su creación intelectual. Quizás olvida que los grandes movimientos espirituales, si vinculados íntimamente al carácter, la inteligencia y lo afectivo sociales, solo alcanzan fuerza, altura y proyecciones eternas cuando, además de interpretar el alma popular, las encauza un valor individual, las eleva y les pone el sello de su propio pensar.

Muchas veces, acaso las más, lo que caracteriza y distingue al hombre superior, es una liberación del yugo del común pensar, o la franca oposición con él; porque solo con la acción autónoma puede revaluar o transformar valores tradicionales o descubrir otros esfumados y ocultos. Sólo así es posible la creación de nuevas concepciones y de nuevos estímulos culturales.

Gaitán tomó para sí las demandas, las críticas, los postulados éticos y de justicia que agitaba Laureano Gómez con fustigante constancia; la desazón y los anhelos incomprensidos de las masas, la inconformidad ambiente, las categorías existentes y las apetecidas; les dio nuevas líneas y nuevas esencias con sus propios buriles y su propio pensar, las depuró de la emoción política que las hacía casi inoperantes, y realizó una revolución de la cual acaso fue la primera víctima: la transformación radical de la conciencia popular y el planteamiento activo de la lucha de clases.

Obra inconclusa

Como Ospina Pérez, se liberó del pensamiento común, se enfrentó a él, lo contrarió y realizó una obra extraordinaria que todavía no estamos en capacidad de juzgar, porque es una revolución en desarrollo, creciente y enigmática, sin cauces precisos, sin objetivos concretos, porque los que buscaba Gaitán, unos no fueron enunciados y otros se hicieron nebulosos y eléctricos con la trágica desaparición del Caudillo.

Gaitán no pudo ver terminada su obra, y con su martirio, el anhelo restaurador perdió, por ahora, su sentido ético y justiciero para trocarse en soterrado y frenético propósito de vindicta y de destrucción.

¡Bien extraño el destino de los grandes hombres! No solo casi nunca ven la culminación de su obra sino que casi siempre se adultera y falsea su pensamiento. Moisés no llega a la tierra de Canaán; Pitágoras toma lineamientos de leyenda; Alejandro muere antes de completar sus ambiciosos proyectos. Ya Descartes formulaba esta observación cuando pedía a sus nietos no creer fuera suyo sino lo que él mismo hubiera divulgado. Frases triviales han sido convertidas por algunos en sentencias de profunda sabiduría; y en sabias sentencias muchos sólo encuentran pensamientos vulgares. Por esto alguien dijo que si Platón resucitara y leyera sus obras les negaría su paternidad.

En el «mamola» de Gaitán todos encuentran solo un vulgar pecado contra el léxico y la elegancia mental; pero qué profundo contenido tuvo para el pueblo en el momento de pronunciarse y cuánta energía revolucionaria encerraban sus sílabas! Gaitán desapareció mucho antes de completar y perfeccionar su obra, cuya íntima elaboración no han comprendido ni sus más cercanos catecúmenos. Por fortuna para el país, con él no se agotaron los grandes hombres nacionales; y Ospina Pérez es un genuino conductor de pueblos y auténtico creador de cultura y de nuevas formas de vida nacional.

CAPITULO III

EL RESURGIR DEL ODI

Como lo había previsto Gaitán, el debate presidencial exacerbó las pasiones políticas y creó nuevos factores de odio que prolongaron su influencia nefítica más allá del debate electoral. En villorrios y aldeas de los antiguos martirizados departamentos de Boyacá y los Santanderes, se sucedían con renaciente frecuencia los choques entre liberales y conservadores. La prensa liberal agrandaba los hechos, los explotaba de mala fe y convertía víctimas conservadoras en víctimas liberales o atribuía índole política a delitos comunes. Y en esta forma, con la colaboración de todos, se caldeaba aún más el ambiente y se desmoralizaba a las masas, preparándolas para la subversión.

Gaitán también se contagió y cayó en injusticia. Se olvidó de los caciques y matones liberales para motejar de tales sólo a los conservadores y a las autoridades; se habló con escándalo de la policía política que solo se dedicaba a atropellar y asesinar liberales; de nuevo Gaitán amenazó con la huelga general y la acción directa del pueblo con él a la cabeza, y la crítica acción intrépida se tornó en consigna liberal dada por el propio Gaitán; arrió sus propias banderas, con las que había alcanzado resonantes victorias, y sus viejas y seductoras tesis triunfales no volvieron a resonar en el Teatro Municipal. El País político había conquistado al Caudillo.

Como los trabajadores del petróleo se agitaban peligrosamente, y su huelga amenazaba, por la acción de los agitadores, plasmar en paro general y subversivo, se la quiso explotar con fines políticos y agravarla con el rompimiento de la colaboración. Se rompió ésta por primera vez con la intención de aprovechar este rompimiento como combustible para la huelga de los trabajadores del petróleo. Pero el doctor Ospina sorteó esta nueva dificultad con patriotismo y habilidad sumas.

Primer rompimiento

Mas que todo el rompimiento platónico de la cooperación liberal se debió, no solo a este factor, sino al mal planteamiento del problema por parte de los ministros liberales. Augusto Ramírez Moreno, Fernando Londoño, Estrada Monsalve, Bernardo González, Benjamín Burgos y yo seguimos muy de cerca el desarrollo de aquella histórica sesión de las mayorías con los ministros, y pudimos darnos cuenta de que en la mayoría liberal no había un ambiente bien definido para romper la cooperación. Inesperadamente salen del hemiciclo varios parlamentarios amigos de la cooperación y nos informan del éxito imprevisto de los anticooperacionistas, motivado por la declaración imprudente de uno de los ministros. La proposición de rechazo de la cooperación se votaba en esos momentos y contaba con gran mayoría. Algunos nos trasladamos a Palacio e informamos al Presidente, atribuyendo a deslealtad de los ministros o a miedo ante la huelga, su actitud en la reunión de mayorías, que había hecho imposible el respaldo de éstas a la cooperación. El Presidente defendió a sus ministros, se dolió del rompimiento y expresó el propósito, si ese rompimiento se realizaba, de constituir su gabinete con personal conservador.

«Ahora sí se van a convencer los conservadores enemigos de la política de unión nacional de que ella era la mejor para el país. Ya veo venir el recrudecimiento de las pasiones y de las violencias, pero cumpliré la totalidad de mi deber. Asumo la plenitud de las responsabilidades que me corresponden; aún espero una solución satisfactoria, porque la Providencia me ayuda ostensiblemente. En estos momentos se firma el arreglo del problema petrolero, después de que habían fracasado todas las negociaciones y cuando ya consideraba todo perdido, vino en mi auxilio la Divina Providencia y el problema petrolero se halla resuelto».

Al saber esto, insinuamos al doctor Ospina hiciera informar de ello a los ministros liberales que ignoraban el arreglo,

porque ese hecho podría hacer cambiar la actitud de las mayorías parlamentarias. Así se hizo: se produjo notorio desconcierto en los enemigos de la cooperación, pero la situación no cambió, aunque sí dio por resultado el que los ministros liberales no renunciaran esa misma noche como lo habían anunciado, lo que permitió al doctor Ospina alcanzar dos victorias providenciales: que al día siguiente el Directorio y la totalidad de los parlamentarios conservadores se pronunciaran solemnemente en favor de la política de unión nacional y ofrecieran su absoluto respaldo y sincera adhesión al doctor Ospina para llevarla adelante; y de otro lado, que continuara la cooperación liberal a pesar de la desautorización de las mayorías parlamentarias y de las renunciaciones irrevocables de los ministros.

Este hecho, propicio y benéfico para los intereses del país, aumentó el descontento y la decepción de las masas liberales, que no se explicaban cómo era posible continuara la colaboración después de condenada por las mayorías del Congreso.

El fenómeno se interpretaba como una nueva prueba de la corrupción política y se le consideraba como maniobra desleal de las oligarquías. La beligerancia y las convicciones clasticistas nacientes del pueblo recibieron imprevistos combustibles con la desilusión que le causaba lo que consideraba sorprendente y remunerada deserción de los jefes. Se siguió hablando entonces de la necesidad e inminencia de un golpe de Estado, pero Gaitán era y continuaba siendo el más vigoroso y efectivo adversario de tan descabellado intento.

CAPITULO IV

VICTORIA Y TROPIEZOS DEL CONDUCTOR

Había triunfado Gaitán en las elecciones de concejales, diputados y congresistas. Sus tenientes y conversos de última hora, envalentonados con la victoria, se hacían más exigentes y revoltosos, a tiempo que Gaitán, fortalecido por sus triunfos, se afirmaba en sus tesis pacifistas y democráticas. Uribe Márquez, en forma casurra y tortuosa, partidario del golpe de Estado, no miraba con buenos ojos el civilismo del Jefe y aún quiso tomarse la jefatura aprovechando el descontento izquierdista contra Gaitán por oponerse a los planes acariciados. Pensó en editar un periódico de extrema izquierda con Germán Arango, Gerardo Molina, Antonio García y otros izquierdistas, para combatir a Gaitán y traer a Turbay como jefe de la revolución. Gaitán lo supo y se limitó a desplazarlos de *Jornada* y a criticar públicamente a «los amigos impacientes».

El grupo antigaitanista se disolvió aparentemente dando pruebas de sumisión, con excepción de Germán Arango, que continuó solitario pero impotente su inútil lucha contra el Conductor. Uribe Márquez, más discreto y fogueado, simulaba disciplina y adhesión, pero estimulaba las campañas de radio de *La Mañana* y aún se dice que escribía algunos editoriales de este radio-periódico. Los tenientes y neófitos gaitanistas no descansaban, y hacían inútil toda lucha contra Gaitán. A la vez, continuaban acariciando y propugnando la idea de la subversión, punto de contacto y de unión con los elementos de extrema izquierda descontentos con el Caudillo.

Se proyectó entonces la acusación al doctor Ospina, imponer la renuncia del doctor Santos como designado y elegir a Romero Aguirre o a otro caracterizado y beligerante liberal como sustituto de Santos. No hay para qué hablar de la destitución fulminante de Arango Vélez por haberse negado a participar en proyectos de sedición, porque aquel incidente

tuvo una gran resonancia en el país. Posesionado Romero Aguirre y suspendido Ospina, el liberalismo, armado, ahogaría en sangre cualquier conato de reacción por parte del conservatismo.

La conspiración de los gases

No contando con votos suficientes en el senado para condenar a Ospina, se plantearía una situación de hecho —suspensión del Presidente y carencia de fallo— que como tal afrontaría el liberalismo desde el poder. De este plan di cuenta pormenorizada al Ministro de Gobierno, doctor Urdaneta Arbeláez, y también al Directorio Nacional Conservador. ¿Por qué a éste? Porque yo no confiaba en la policía y dudaba del Ejército, ya que el plan se desarrollaría sin violación aparente de la Constitución. Corroborando mis informaciones, surgió la acusación llamada de los gases, que fracasó, según unos, porque Gaitán se sintió informado incompletamente, y según otros, por debilidad del Caudillo, pero en todo caso, por el rechazo nacional que recibió la malhadada acusación. Lo cierto es que Gaitán, en un principio ardiente y equívoco, desautorizó a la postre la acusación contra el doctor Ospina, y ésta cayó en el más sonoro ridículo. Su actitud, que muchos consideraron ambigua y contradictoria, dio nuevas bases al descontento izquierdista, y Gerardo Molina, Mendoza Neira, Antonio García, Germán Arango y otros, estuvieron de acuerdo en considerar que Gaitán era inferior a su pueblo y que mientras estuviera en la Jefatura Suprema y única del partido, sería imposible la reconquista del poder, por las timideces monjiles, civilistas y mal llamadas democráticas del Caudillo, que lo inhabilitaban para las acciones definitivas. Se le llegó a comparar con la mística y sacrificada figura de Gandhi.

Fiebre armamentista

Infelizmente para la Revolución, el pueblo seguía a Gaitán, y éste continuaba defendiendo la legalidad y el orden.

La fiebre armamentista crecía en el liberalismo; en todas partes se dedicaba a conseguir armas; de Venezuela se introdujeron al país grandes cantidades de armamento; por los puertos marítimos se importaban cartuchos de toda clase; Gaitán visitó Santander del Norte, predicó de nuevo el derecho de legítima defensa que ya se sabe cómo es entendido por el pueblo, ordenó la creación de la Casa del Refugiado y ensayó nuevos y más iracundos ataques contra el Gobierno. A su regreso, dos distinguidos jefes liberales trajeron en sus alforjas una gruesa suma de dinero para la compra de armas.

En La Belleza, Jesús María y otros lugares, los liberales portaban públicamente armas de largo alcance, y organizados militarmente, desafiaban a las autoridades a que los desarmaran o capturaran. Pedí comisiones de policía o ejército; si se las despachó, se omitió el concurso de los detectives, que conocían la localización precisa de los depósitos de armas y los refugios de los revoltosos inmunes.

En el Tolima se organizaba febrilmente y casi en forma pública la revuelta, ante la indiferencia complaciente o cómplice del Gobernador. Envié varias comisiones de detectives, pero ante la protesta indignada del Gobernador, se ordenó su regreso y se prohibió el envío de nuevas comisiones. Agentes de confianza del Gobernador vinieron a Bogotá, trayendo comunicaciones para el Directorio Liberal originarias de la Comandancia de la policía y de carácter esencialmente político.

En El Espinal se descubrió al Comandante de una División de Policía de Bogotá desarrollando labores subversivas, recorriendo las veredas y citando a los liberales para el levantamiento inmediato que debía estallar tan pronto llegara la orden de Bogotá. Julio Galofre, Alberto Barrios y otros impartían instrucciones desde la capital. A la verdad, no entiendo cómo pudo ser nombrado el señor Galofre Secretario de Gobierno del Tolima, si se toma en cuenta que el Gobierno Nacional tenía perfecto conocimiento de sus actividades subversivas.

Otro plan subversivo

Semanas antes tuve conocimiento del siguiente plan: grupos armados de veinte individuos deberían movilizarse indistintamente en diversos y numerosos lugares del país a tiempo que otros grupos más numerosos provocarían desórdenes en los puntos céntricos para atraer a las fuerzas armadas y facilitar la toma por los primeros de los edificios públicos, cuarteles, telégrafos, radiodifusoras, arsenales, etc. Esos pequeños grupos quedarían encargados no solo de la misión anterior sino también de apresar e imposibilitar a todo elemento sospechoso o contrarrevolucionario, y de ir armando paulatinamente al pueblo.

Por otra parte, en uno de los salones de la Cámara y en el Directorio Liberal se impartían instrucciones precisas y se prometían armas. Fueron capturados numerosos aunque pequeños depósitos de éstas, cuya multiplicidad demostraba por sí sola el ambiente de revuelta existente en el país.

Robos, consignas y elementos

El robo de explosivos de los depósitos oficiales y particulares se generalizó; el comercio de armas era intenso y prácticamente lícito, porque la prensa combatía ferozmente la acción preventiva de las autoridades y el doctor Gaitán obtuvo la prohibición de rondas y requisas sin sujeción a los trámites engorrosos y demorados del procedimiento judicial. Prácticamente se maniató al detectivismo y se anuló la vigilancia de entidades y personas.

Se descubrieron, sin embargo, grandes importaciones de elementos de guerra y cuando se ordenó su decomiso resultaron amparadas por licencias de 1945.

Fue localizada una fábrica de municiones, que también resultó amparada con antiquísima licencia, tan antigua que ya el Ministerio de Guerra había olvidado su existencia y control.

Igual cosa sucedió con una radiodifusora clandestina que emitía extrañas y sugestivas transmisiones esporádicas.

Raras comunicaciones telegráficas entre reconocidos agitadores fueron sorprendidas. Un líder de Cali pedía a otro de Buenaventura esconder las mercancías porque había peligro por parte de las autoridades; entre Bucaramanga y Cali otros políticos se cruzaban sospechosos mensajes. Víctor Julio Silva anunciaba a la C.T.C., desde Medellín, que todo marchaba bien y le pedía activar la agitación entre los estudiantes.

«Papá bien». «Cobre giro», alcanzaron extraña universalidad en el país. En todas partes la agitación política y los conciliábulos secretos estaban en la orden del día.

El ambiente anunciaba objetivamente la tragedia cercana, pero aunque todo el mundo intuía y conocía su inminencia, nadie quería creer en ella. Mas por fortuna para el país, Gaitán continuaba empeñado en defender la tranquilidad pública, rechazar todo conato de subversión e imponer sus postulados de acción dentro de la ley y la normalidad republicana.

SE ROMPE LA COOPERACION

Una sorpresa

Rota por Gaitán la cooperación liberal en el Gobierno y obedecido incondicionalmente por ministros y gobernadores con dos o tres excepciones, el gran Conductor tropezó con una sorpresa: a los liberales no les había gustado la quiebra de la unión nacional; y quienes más cerca de él estaban solo la hallaban salvadora y acertada si traía como consecuencia el golpe de Estado.

En la Asamblea General de Diputados, los delegados del Tolima, entre otros, censuraron abiertamente el rompimiento de la cooperación por lo que significaba como entrega al adversario de posiciones de control, y declararon estar resueltos a oponerse por la fuerza a un gobierno conservador en el Tolima, para lo cual, dijeron, estar debidamente organizados.

Se le sugirió en privado dar un golpe de fuerza y realizar la revolución violenta, pero Gaitán rechazó la sugerencia. «No es posible —dijo entonces— que el liberalismo enturbie el agua que va a tomar; lo que puede conquistar por los caminos de la ley y de la democracia no puede ni debe aspirar a conquistarlo por las sendas de la violencia o del delito».

Se pensó entonces en traer a Arango Vélez, crear situaciones conflictivas en el país, y valerse de aquel Jefe para que, atribuyendo el desorden a la formación homogénea del Gobierno, buscara un entendimiento con el doctor Ospina y restableciera la unión nacional que los agitadores consideraban indispensable para el éxito de sus planes, ya que les permitiría continuar ocupando posiciones claves. Pienso que el nueve de abril impidió esta jugada.

La no inclusión del doctor Gaitán en la delegación colombiana a la Conferencia Panamericana, exacerbó aún más los ánimos. Gaitán la explotó hábilmente, y para demostrar que no le había afectado personalmente el desaire, hizo que el liberalismo exceptuara de la no cooperación liberal la Asamblea internacional que debía reunirse en Bogotá.

Se ha dicho que la actitud del doctor Echandía sobre el particular fuera una celada al Caudillo. Si lo fue, Gaitán la sorteó con extraordinario decoro y agilidad suma; pero dado el temperamento del doctor Echandía, no es de presumir que obrara de mala fe.

El Comunismo y la IX Conferencia

El comunismo nacional, acatando consignas extrañas, estaba vivamente interesado en hacer fracasar la Conferencia Panamericana de Bogotá. Es este el secreto de Polichinela. Para este efecto, convocó una reunión en los altos del almacén Mazuera con el fin de buscar una inteligencia con Gaitán y organizar el sabotaje de la Conferencia. La reunión fue un fracaso por la inasistencia de algunos dirigentes; pero se designó por los jefes una comisión para que hablara con Gaitán y le expusiera los proyectos comunistas. Consideraban cosa fácil explotar el natural resentimiento del ilustre político por su no inclusión como delegado a la Conferencia, mas éste no quiso oírlos y al conocer los planes de sabotaje, los denunció y ordenó al liberalismo públicamente abstenerse de participar en ellos y oponerse prácticamente a su realización.

Grave amenaza

Se dijo —no lo podría asegurar ni probar— que Augusto Durán pronunció entonces una grave amenaza. Lo cierto es que la prensa dio la información y hasta hoy no ha sido rectificada, no obstante su inmensa gravedad. Nada de extraño tendría esta versión: Durán es un hombre sombrío sin conciencia ni moral. Tiene algo de lombrosiano y mucho de patológico. Frío y reconcentrado como un pirata, es capaz de ordenar a sus áulicos la comisión de cualquier delito sin inmutarse, porque es cruel, rudo y cobarde como un bandido chino. El nueve de abril se escondió, pero desde su refugio imprimió hojas en mimeógrafo ordenando el asesinato del General Sánchez Amaya, el Coronel Barco y otros. A la vez es un traidor

a sus ideas por antipatía personal con Vieira; y el capitalismo podría obtener de él, si no lo despreciara como lo desprecia, un espía y auxiliar eficaz según la cuantía de la remuneración.

Cuando Gaitán hizo su declaración, pedí al Ministerio de Justicia designara un juez que investigara aquella resonante y autorizada denuncia y, colateralmente, mis informes y datos sobre captura de armas y posibles atentados contra el orden público, ya que como Jefe de la Seguridad carecía de medios legales para adelantar una investigación a fondo, pero no se me atendió. Con todo, no creo que el comunismo nacional tenga participación directa y consciente en el asesinato de Gaitán, pues su falta de unidad le impedía actuar en reserva absoluta. Sin embargo, días antes de la reunión de la Conferencia hubo una asamblea comunista en el teatro Odeón. Vieira habló en ella de la posibilidad de que en la Conferencia se acordara declarar fuera de la ley al comunismo, y recalcó sobre la necesidad, en ese evento, de dar carácter clandestino a las actividades comunistas. Atacó al doctor Gaitán, pero anotó que era indispensable para los comunistas infiltrarse en el movimiento gaitanista, para mimetizarse. Advirtió que en lo sucesivo las células comunistas no deberían tener sus reuniones en el mismo lugar, sino hacerlo en distintas partes, para evitar la vigilancia policiva.

División comunista

El comunismo, dividido agresivamente en dos grupos, se reunió constantemente en diversos lugares de la ciudad, en una especie de emulación proselitista de la violencia. Vieira, inteligencia despierta, hombre cordial y culto, conductor enérgico aunque a veces apático, dirigía uno de los grupos, el más numeroso; Durán, reconcentrado, ignorantón y medio ecléctico a su manera, dirigía el otro. Vieira preconizaba la oposición sin tregua y la revolución violenta inmediata; Durán aconsejaba la infiltración en todos los organismos del Estado y la propaganda pacífica, pues a su juicio el obrerismo colom-

biano no había alcanzado la madurez revolucionaria indispensable para intentar la toma violenta del poder; el primero recomendaba la penetración en el gaitanismo; el segundo, la batalla franca y abierta contra Gaitán, a quien consideraba como peligroso contrarrevolucionario, pues con sus tesis y actividades había hecho renacer las esperanzas del pueblo en los sistemas burgueses y liberales.

En esta pugna, los choques materiales fueron frecuentes entre los dos grupos. Durán, más débil, buscaba el apoyo y respaldo de las autoridades y aún de ciertas organizaciones calificadas de reaccionarias. Pero en sus campañas prácticas era más violento y radical que Vieira. Ambos ejercían —y aún continúan ejerciendo— notable y casi definitiva influencia sobre las organizaciones sindicales. La C.T.C. ha estado siempre al servicio del comunismo y de la C.T.A.L. mexicana, que controla Rusia por conducto de Lombardo Toledano.

Quienes dentro de aquella entidad tratan de sustraerse a tan exótica influencia, bien por servir mejor a los trabajadores o bien por defender al liberalismo, son expulsados y anulados, como sucedió con Guillermo Rodríguez, Hernando Restrepo Botero, Bernardo Medina, Juan C. Lara, Rafael Castillo y otros. El comunismo internacional o ruso no toma a lo serio a este bifronte e ingenuo comunismo nuestro, y aunque lo aprovecha y dirige sin darle explicaciones, lo desprecia sin tratar de ocultarlo. Antonio García y Gerardo Molina estaban más cerca de la Embajada rusa y de los agentes de Moscú, que Vieira o Durán. Salvador Ocampo, Machado, Luis Fernández Juan, Eugene Kerbaul, Milorad Pecic B., Frances Mac Kinnon Damon, Blas Roca, Fidel Alejandro Castro, Rafael Lázaro del Pino y otros comunistas extranjeros que mucho tuvieron que ver en la preparación del nueve de abril, en sus visitas a Colombia no se preocuparon de Vieira o de Durán sino de Gerardo Molina, Antonio García, Luis Carlos Pérez, Montaña Cuéllar, el casi desconocido Jaime Rubio y la C.T.C. como directiva obrera.

CAPITULO VI RUTAS DE SEDICION

Comunismo, Sindicalismo, Gaitanismo, desde la posesión del doctor Ospina Pérez, se consagraron de lleno a estimular y acrecer el descontento e inconformidad de las masas, adentrarlas en la violencia, organizarlas para la subversión. Gaitán trataba de contenerlas, pero sus tenientes, los comunistas y la C.T.C. encandencian el espíritu colectivo y organizaban y hacían estallar conflictos sociales con singular frecuencia y sugestiva agresividad.

Claro es que esta elocuente agitación político-social de los sindicatos no era nueva ni reciente: Creada e impulsada por López, se hizo endémica en el país, y convertida por el Presidente de la Revolución en marcha en instrumento de lucha contra sus adversarios y contra el partido conservador, abandonó sus cauces lógicos y sus motivaciones de justicia social y laboral, para trocarse en factor permanente de desorden, de intranquilidad, de zozobra y de persecución y acción partidistas.

El sindicalismo y los jefes liberales

El sindicalismo, por obra de López, y por debilidad de los auténticos liberales, cayó en manos de los comunistas. Gaitán quiso luchar contra ese estado de cosas y, por conducto de Hernando Restrepo Botero, Rafael Castillo y otros líderes especializados en cuestiones sociales, organizó una nueva Directiva Nacional Sindical, pero fracasó, porque los comunistas eran dueños de las Directivas sindicales, y el turbayismo estaba agradecido de los comunistas y sindicatos políticos por su adhesión a Turbay.

Santos y Lleras Camargo, también se enfrentaron con relativo éxito a tan anómala situación, pero las mayorías libera-

les del Congreso no ocultaron su inconformidad y frenaron aquellas iniciativas salvadoras. Y aún el mismo Turbay, perjudicando sus propios intereses de candidato, se pronunció contra esa confusión peligrosa con la siguiente histórica y profética advertencia: «Los jóvenes liberales que teniendo ante sí abiertas las puertas para probar su capacidad y su inteligencia al servicio del partido, han preferido abandonar el ideario del liberalismo como cosa pasada de moda y desprovista de sentido, brindan un escarmentador ejemplo para quienes los han visto engrosar la tropa anónima del comunismo, sin más misión que la de seguir ofreciéndole apoyo al gobierno que abandonaron y recibir como subalternos las consignas que hubieran podido impartir como jefes. Arcángeles soberbios, condenados a aceptar la ideología impuesta e importada para purgar su originalidad mental y aplazar sus aspiraciones, cuando creyeron cándidamente haber encontrado el camino más corto hacia la gloria... La habilidad del comunismo consiste, precisamente, en aparecer como abanderado de esa política (la social del liberalismo), capitalizando para sí todas las conquistas realizadas por el gobierno liberal y haciendo figurar a todos aquellos que no están de acuerdo con su táctica como enemigos declarados de las aspiraciones proletarias... caminamos abiertamente hacia el sindicalismo revolucionario o hacia el sindicalismo controlado por el Estado, que es una de las formas del fascismo internacional. Si se quiere mantener la organización democrática del país, es indispensable hacer un grande esfuerzo para evitar estos dos extremos, o de lo contrario llegará el día en que el sindicalismo determine, con su disciplina y sus votos, las elecciones populares, desfigurando su misión y creando el ambiente propicio a la lucha de clases. *La democracia (subrayo) se halla amenazada por los elementos oscuros de la sedición, la sistemática conspiración contra el orden, el ambiente de violencia sectaria que impide la aproximación entre los colombianos, y también por el sindicalismo revolucionario que se lanza a la lucha como instrumento de choque de un partido político, ajeno a las tradi-*

ciones del país y que aspira a organizar entre nosotros la dictadura del proletariado».

Denuncia categórica, visión vidente, de los fenómenos nacionales que engendraron el nueve de abril. ¿Pero reparó alguien en estas afirmaciones realistas de Turbay? No, porque la confianza ciega e ingenua es la característica del pueblo colombiano.

Buscando un muerto

Se prepararon y estallaron paros y choques sediciosos en el Valle, en Santander, en diversos puntos del país, paros cívicos, paros de solidaridad, y así se fue creando y dilatando el ambiente necesario para la huelga general, que debía culminar en revolución política y social.

El orden público fue turbado en algunos lugares, y aparentemente renació la tranquilidad. Pero los parlamentarios liberales, con incendiarios debates en las Cámaras, y proposiciones mentirosas, se encargaron de mantener vivo y creciente el fuego de la sedición.

En Bogotá, un minúsculo grupo de choferes, dirigido y respaldado por conocidos agitadores, como lo fueran en Cali por comunistas extranjeros, se adueñó de la ciudad y realizó un pequeño nueve de abril que alarmó a la ciudadanía y llevó al Ministro de Guerra, liberal, a pedir autorización para ponerle término por medio de las armas, autorización que fue negada porque el Gobierno, en su zona conservadora, sabía que los agitadores «estaban buscando un muerto por las armas oficiales» para provocar la reacción nacional y dar al traste con el orden público.

El Sindicalismo, el predominio en él del comunismo, el abandono de su auténtica misión, su transformación de defensor y vigía de los intereses de los trabajadores en órgano de actividades políticas y de influjos internacionales y antidemocráticos, fueron y han sido posibles por el fenómeno que destacaba Turbay y por la mal entendida unidad sindical.

Escuelas de comunismo

Dentro de la táctica y los principios comunistas, sus conveniencias y postulados, es natural y lógico que los agentes de Moscú busquen y sustenten la unidad sindical hermética como base del sindicato único y de capacitación para la revolución social. De acuerdo con sus doctrinas, los comunistas deben procurar lo que llaman «la liberación real de las masas trabajadoras de los prejuicios religiosos por medio de una propaganda antirreligiosa bien organizada y dirigida especialmente en los sindicatos». De todos es sabido que los comunistas consideran a los sindicatos como la escuela del comunismo, y que su táctica es filtrarse en ellos, adoptar procedimientos legales e ilegales, usar de todas las estratagemas, quedarse en ellos y cumplir a pesar de todo su labor comunista, según la consigna de Lenin. Por esto ayer lucharon contra Gomper, Jouaux, Henderson, Merhein, Legien y otros auténticos líderes obreros, contra todas las organizaciones obreras no controladas por ellos en Europa y América; y en Colombia han adelantado, con éxito por la ayuda liberal, la batalla contra los sindicatos católicos y, disimuladamente, contra las organizaciones y directivas sindicales influídas o dirigidas por el liberalismo.

La soga del ahorcado

No censo ni combato esta actividad comunista: están en su derecho. Ellos persiguen la revolución social, y por lo mismo tienen particular empeño en impedir que a los sindicatos lleguen las influencias liberales, pero especialmente las influencias espirituales y moralizadoras del catolicismo. Aparentemente, apoyan al liberalismo y lo sostienen, pero como indicó Lenin: «Como la soga mantiene al ahorcado».

Sobre esto no debe hacerse ilusiones el liberalismo. El compromiso, la retirada estratégica, las uniones momentáneas, el callar la verdad, entran en el juego político de los comunistas. Lenin censuraba acremente a los comunistas de Alemania,

Italia e Inglaterra porque rechazaban las alianzas con los liberales, los socialistas y los laboristas, y les aconsejaba el compromiso con esos diversos grupos, el apoyo a Henderson contra Lloyd George, para a la sombra de ese respaldo, desarrollar una intensa campaña comunista, antiliberal, antisocialista, antilaborista. Y les recordaba como ejemplo para hacer más autorizado el consejo, sus propias alianzas con Struvé, el jefe del liberalismo ruso, con los kaustkistas, con los mensheviks, con los socialistas agrarios, sin que tales alianzas le hubieran impedido continuar la lucha doctrinal y política más intransigente y efectiva contra todos estos grupos.

Resulta, pues, natural, que los comunistas propugnen y adelante una recia implacable campaña contra los llamados sindicatos católicos, y *aprovechen* al liberalismo en esa campaña. Lo malo es que el liberalismo, y aun el conservatismo por timidez, se presten, como se han venido prestando, a este juego antisocial.

Definiciones necesarias

En esta lucha, hay que recordarlo, se hallan en definición práctica tesis fundamentales relacionadas con la supervivencia doctrinaria de los dos partidos históricos de Colombia y su mutua concepción filosófica, política y moral de la vida social. Hay necesidad de saber en primer término si el conservatismo, por temor o respetos humanos, esquivo cumplir sus deberes de defensor de la moral y de la sociología cristiana, que son sus fuentes doctrinarias, porque el temor de que se nos trate de reaccionarios está paralizando nuestra acción. En segundo término, es preciso saber si el liberalismo renunció o está dispuesto a renunciar casi silenciosamente, pudiera decir que en forma clandestina, a los fulgurantes postulados tradicionales que le dieron vida y significación dinámica en la historia del pensamiento humano: la libertad de opinión, la libertad de reunión, la libertad de asociación, la libertad política y la libertad de conciencia. Porque con estos principios men-

tales el liberalismo colombiano actuó sobre las muchedumbres y conquistó su adhesión y la de muchos hombres de pensamiento; con esos estandartes se consagró a sí mismo como indomable defensor de los derechos individuales y de los fueros inalienables de la persona humana, ejerciendo una atracción irresistible sobre las mentes y sobre los espíritus anhelantes de horizontes sin límites y de verdades sin barreras.

A la libertad de asociación se hallan íntimamente vinculados todos los matices de la libertad como valor universal. Libertad de opinión, libertad de decisión, libertad de pensamiento, libertad política, libertad de trabajo, libertad de contratación, son los valores humanos que el comunismo quiere destruir y viene destruyendo en Colombia.

¿Puede y quiere el liberalismo nacional, que otrora enarbolaba las banderas encendidas de la libertad absoluta, prestarse a esta maniobra antidemocrática, quebrar su tradición y propugnar y defender tesis que no son o no debieran ser las suyas, porque son liberticidas y contrarias a los derechos humanos?

EL COMUNISMO Y LA UNIDAD SINDICAL

No es sorprendente que el comunismo, movimiento esencialmente materialista y totalitario, se oponga con todas sus fuerzas y sistemáticamente a que elementos espiritualistas y de orden ejerzan la más leve influencia sobre el desarrollo sindical. El tiende a organizar los sindicatos como fuerzas de choque para la revolución social, que es su finalidad inmediata. Piensa y afirma que la sociedad capitalista ha traspasado ya su estado de desarrollo orgánico pacífico, durante el cual es aceptable que la misión de los sindicatos sea mejorar la situación material y económica de los trabajadores. Pero el estado actual de descomposición de la sociedad capitalista hace que la razón de ser de los sindicatos en el momento que vivimos sea llevar a cabo la revolución social.

Sindicalismo y espiritualismo

Con esta apreciación de los fenómenos colectivos, el comunismo se da cuenta de que cualquier influencia espiritualista o ética sobre los sindicatos aleja sus posibilidades de vuelta y propicia la armonía y el entendimiento entre el capital y el trabajo. No ignora que si las auras saludables de la fe, el sentimiento religioso y los influjos morales del cristianismo refrescan el ardor de los corazones y la fiebre de las inteligencias, se abrirán más fácilmente las arcas de los potentados y los puños crispados de los desvalidos; sabe que el amor que fluye de la verdad religiosa une a los hombres y crea la paz entre ellos alejando la violencia; no ignora que cuando el hombre se nutre de un perenne ideal de moralidad, el deber y el derecho devienen en armonía, equilibrio y orden, lo que hace más fácil para la ley cimentar la auténtica justicia social y la cooperación sincera y efectiva entre los diversos estamentos sociales; porque cuando las lumbres superiores iluminan los destinos del hombre, se acrisolan y ennoblecen las conciencias y espontáneamente se inclinan a la fraternidad, creadora de bienes.

Y como esto se opone al egoísmo, a la lucha de clases, re-

sulta apenas natural y humano que los comunistas trabajen por impedir tales influjos que aplazan o hacen imposible la revolución social, que el comunismo fomenta y espera provocar en todos los pueblos. Lo absurdo es que hombres de orden, que conjugan en sus ideales el espíritu y la materia, que aún creen en los principios de libertad y en los imperativos del Derecho, que anhelan la normalidad republicana, hayan facilitado al comunismo arma tan formidable de combate como la mal llamada unidad sindical, que le ha permitido no solo aumentar sus influencias en los sindicatos sino desarrollar por medio de ellos y la C.T.C. la tremenda labor de agitación sediciosa y de descomposición moral de los trabajadores cumplida en el país especialmente a partir de la posesión del doctor Ospina Pérez.

Unidad sindical

La aplicación práctica de la ley sobre unidad sindical permitió a los comunistas enfrentarse con éxito relativo a Gaitán desde los sindicatos, hasta el punto de que el gaitanismo, vencido en aquellos organismos, resolvió adelantar su lucha en las calles y plazas y por medios violentos contra los comunistas y sólo así logró desalojarlos de las vías públicas pero no de los organismos sindicales. Derrotados por el gaitanismo en todas partes, los comunistas continuaron atrincherados en los sindicatos y desde allí siguieron su labor antigaitanista expulsando de las directivas sindicales a los dirigentes obreros gaitanistas.

Esta pugna creó muchos enemigos irreconciliables al doctor Gaitán. Después de posesionarse el doctor Ospina Pérez, los comunistas quisieron acercarse al doctor Gaitán, pero éste los rechazó olímpicamente. Entonces aprovecharon la desilusión e inconformidad que en las masas se produjeron por la derrota, para estimular el espíritu de revuelta en los sindicatos, fomentar y declarar huelgas, crear toda clase de conflictos y, por último, ir al paro general. Insisto en esto, porque luego se verá cómo el comunismo y la C.T.C. continúan conspirando

contra la paz pública, como conspiraron contra ella en la preparación del nueve de abril.

Arma tremenda fue en manos de los comunistas la unidad sindical, antes y después del paro general. Porque no solo con ella se impedía la formación de nuevos sindicatos independientes, sino que la convirtieron en instrumento de tortura o de amenaza contra los trabajadores que no acataban sus consignas, o contra quienes, por disentir en las tácticas, eran tildados de reaccionarios, liberales o divisionistas. En esferas oficiales se facilitó el juego: se negaron sistemáticamente a otorgar la personería jurídica a toda nueva organización sindical combatida por la C.T.C. o la prensa liberal; se toleraron las persecuciones y expulsiones colectivas contra los trabajadores sindicalizados y no sindicalizados que mostraban siquiera tímida resistencia a los mandatos y consignas de las directivas sindicales controladas por el comunismo.

Los sindicatos llamados confesionales por no ser comunistas, ofrecían su respaldo al gobierno para evitar el paro general, pero fueron ignorados, quizás por el temor de que si se aceptaba ese respaldo o se otorgaban nuevas personerías a sindicatos de reciente creación, se tachara al Gobierno de ser favorable al paralelismo sindical o se dijera que con su imprudencia había precipitado la huelga general.

Paralelismo sindical

La noción del paralelismo sindical se ha exagerado entre nosotros, no solo por el comunismo y el sindicalismo revolucionario, sino por la prensa y las entidades oficiales. El paralelismo sindical, aunque muy controvertible a la luz de los principios de la libertad de asociación, es evidentemente perjudicial para la necesaria unidad de los trabajadores y la eficaz defensa de sus intereses y reivindicaciones. La ley colombiana lo prohíbe, pero la prohibición se refiere a la coexistencia de dos o más sindicatos en una misma empresa, mas no al ejercicio del derecho por parte de los trabajadores de formar el sindicato que consideren consulte mejor sus in-

tereses y aspiraciones. Si surgen dos sindicatos en una empresa, los grupos minoritarios deben adherir al de mayoría o liquidar el de minoría, sin que les sea forzoso ingresar a uno u otro. De manera que si en una empresa que tiene ya su sindicato organizado se forma uno nuevo, el Gobierno, para conceder o negar la personería jurídica al reciente no tiene por qué averiguar si ya existía un sindicato en esa empresa, sino cuál de los dos cuenta con mayor número de afiliados. De acuerdo con la ley, subsistirá el de mayoría sin otra condición que la de admitir al personal del otro o de los otros sindicatos sin hacerles más gravosas las condiciones de admisión.

Sindicalismo católico

Hay que insistir: lo que la ley persigue al prohibir la coexistencia de dos o más sindicatos en una misma empresa, es evitar la división de los trabajadores o su debilitamiento para la defensa de sus intereses legítimos. Pero cuando se habla de sindicatos confesionales, si es que los no revolucionarios merecen esa denominación, hay necesidad de tomar en cuenta una indiscutible realidad sociológica nacional: El pueblo colombiano, los trabajadores colombianos, son temperamental, sentimental, reflexivamente demócratas y republicanos. Y si aceptamos esa hipótesis que más que hipótesis es un hecho social, esto es, que los sindicatos nacionales son y deben ser demócratas y republicanos, ¿podría alguien argüir que por serlo son sindicatos políticos? Lo que no aceptaría el país sería que nuestros sindicatos no rindieran culto a los principios democráticos y se abstuvieran de defender esos principios cuando en cualquier forma se vieran amenazados.

Pues bien, el pueblo colombiano, los trabajadores colombianos, son tradicional, mental, espiritual y conscientemente católicos. Lo que quiere decir que si la práctica y defensa de los principios democráticos y republicanos no perjudican a los trabajadores, ni los dividen ni los debilitan, porque están identificados en estas tesis que dan vida y fisonomía a nuestra Patria, mucho menos podrán dividirlos y anarquizarlos la profe-

sión y la defensa de los principios religiosos, porque esos principios sí que es cierto que son el corazón palpitante y el espíritu en vuelos perennes de nuestra nacionalidad.

Interrogantes

¿Qué razón de justicia, de moral, de democracia, de derecho, puede alegarse para prohibir que los sindicatos sean católicos? ¿Acaso el nueve de abril no demostró que lo que falta a nuestro pueblo es una firme base moral, una recia modelación religiosa?

¿No es la religión una fuerza poderosa inhibitoria del delito? ¿Por qué razón las directivas comunistas y las directivas liberales actúan sobre las directivas sindicales, las convocan a sus reuniones estrictamente políticas, las incorporan en sus luchas, en tanto que a la Iglesia —inexhausta fuente de moral y de justicia— se le prohíbe toda ingerencia en la organización sindical?

Y extremando la cuestión: ¿Quiénes están en condiciones más favorables para hacer más buenos a los hombres, los religiosos o los comunistas?

¿Los que conjugan en su vida y en su misión generosos y sublimes ideales de virtud, de moralidad y de justicia, o los que solo se mueven por impulsos primitivos y materiales?

¿Los que afirman que el tesoro de la Iglesia son los pobres, o los que solo consideran a los pobres como instrumentos de lucha, de violencia y de destrucción?

Torpe e inútil tarea la de quienes pretenden anular la influencia de la Iglesia sobre los desvalidos, sobre los que tienen hambre y sed de justicia, porque hoy o mañana esos influjos espirituales y morales estallarán en la conciencia colectiva en espléndida y maravillosa floración de bienes para la sociedad colombiana.

Y será así, con el apoyo y beneplácito de toda la Nación, porque recordando la frase de Paúl Burou, «vengan cuando vengan, a esta o a la otra hora, los años y los siglos se emplean siempre en destruir el mal y en construir el bien».

CAPITULO VIII EL PARO GENERAL

El paro general fue organizado por la C.T.C. y el comunismo. Gaitán lo consideraba peligroso, pero ni lo rechazó ni lo autorizó enfáticamente. En sus conversaciones con los líderes sindicales estuvo dubitativo.

Intimamente simpatizaba con el ensayo, pero le temía al fracaso, que mellaría el arma más poderosa que podía esgrimir en un momento dado para triunfar, y, como el diez de julio, se mantuvo a la expectativa.

Lo seducía que se pusiera a prueba la beligerancia combativa de los trabajadores, porque ello favorecía sus propósitos de lucha y afirmaba el temple revolucionario de las muchedumbres; pero el temor de una derrota lo hizo ser cauto y precavido y colocarse aparentemente al margen de toda actividad al respecto.

Estas vacilaciones aumentaron el descontento de sus enemigos internos y de los izquierdistas partidarios de la revuelta; el gaitanismo no desarrolló mayor actividad, aunque también simpatizaba con el movimiento; la prensa liberal asumió una actitud equívoca: tímidamente combatía el intento huelguístico, pero le hacía gran propaganda, favorable en el fondo.

Errores o aciertos?

Pudo entonces Gaitán hacer la revolución y no la hizo; pudo impedir el paro general y no lo intentó. ¿Por qué? Porque Gaitán temperamentalmente era un hombre de orden y enemigo de la violencia, pero intelectualmente era un revolucionario; su extraordinaria capacidad analítica destacó ante su mirada de conductor los peligros y ventajas del paro y lo prematuro de su planteamiento. Si se oponía francamen-

te a él corría el peligro de enervar la capacidad ofensiva de las masas y sus ímpetus de acción directa; si lo autorizaba y secundaba, asumía la responsabilidad del fracaso, que consideraba seguro; en uno u otro caso, perjudicaba sus propios propósitos y ponía en peligro sus tesis y finalidades.

En cambio, si se colocaba al margen, previa enunciación de algunas observaciones sibilinas susceptibles de interpretaciones opuestas, conservaba toda su autoridad y una posición excepcional para capitalizar el éxito posible o el seguro fracaso. ¿Oportunismo? Puede ser. Pero todo candillo es y tiene que ser un calculador que subordina friamente las realidades ambientales a su concepción interior, a su microcosmos sentimental y mental, pues la potencia creadora se anima y vivifica casi exclusivamente en su corazón y en su mente.

Ospina Pérez, las más de las veces, ha obrado contra la voluntad unánime de su partido, y sus previsiones solitarias han alcanzado las más resonantes y sorprendidas victorias.

Gaitán, contra todos sus seguidores, se negó a encabezar y dirigir el paro general, y después del insuceso de éste se encontró más fuerte, autorizado y popular que nunca, para continuar sus campañas; esta autonomía funcional e intelectual es una de las características esenciales de los grandes conductores de pueblos.

Error de Ospina; error de Gaitán, decían las gentes. «Acierto de Ospina», «acierto de Gaitán», dijeron los hechos.

El paro general fue vencido sin dolor y sin sangre: un grande hombre ocupaba la Presidencia de la República; el otro grande hombre y conductor de multitudes se había marginado en la brega entre la autoridad y el desorden; que si se hubieran enfrentado ostensible y prácticamente estos dos grandes conductores, la lucha no habría resultado tan fácil y la tragedia colectiva habría alcanzado proporciones por demás dolorosas e imprevisibles.

La anarquía quedaba dominada; el ánimo colectivo de revuelta y de subversión, sin fuerzas para nuevos intentos. Pe-

ro la C.T.C. y los comunistas, que habían organizado y declarado el paro, no se sintieron vencidos ni lo fueron en ningún momento. Las leyes sindicales fueron su supremo reducto por las interpretaciones acomodaticias que se les había venido y se les seguía dando. «Que no haya represalias», gritaba todos los días la prensa liberal; «No habrá represalias», declaraba el Gobierno; «No permitiré represalias», afirmaba Gaitán.

Victoria entregada

¿Pero qué sucedió? Atrincherados en los sindicatos, esgrimiendo el arma de la unidad sindical, los comunistas y revolucionarios de la C.T.C. desarrollaron la más intensa y frenética política de represalias contra los sindicatos y trabajadores que se habían negado a participar en el paro general: se cambiaban, por asalto, las directivas sindicales que no acababan las órdenes sediciosas de la C.T.C.; se expulsaba a los obreros, liberales y conservadores, que habían acudido al trabajo durante el paro; se impartían órdenes a todos los sindicatos de hostilizar y perseguir en todas las formas a los trabajadores leales; se les maltrataba, se les hería, se les acusaba calumniosamente, y, lo que es aún más irritante e inexplicable, los organismos oficiales y las entidades particulares, los privaban de su trabajo o empleo para evitar conflictos con los revoltosos.

De diversas partes del país llegaron quejas y vinieron comisionados de los trabajadores perseguidos; pero no se les atendió; muy pocos fueron restablecidos a su trabajo, mas sin que se les prestara protección contra la persecución y el odio de que siguieron siendo víctimas.

Infructuosamente intervine oficialmente en algunos de estos casos. La mayor parte de los trabajadores leales fueron desalojados de su trabajo o se vieron obligados a abandonarlo «voluntariamente» por la hostilidad de que se les hacía objeto. Igual cosa sucedió con muchos empleados particulares y

públicos; inspectores y jueces de trabajo se convirtieron en consejeros y defensores oficiosos de los facciosos sindicalistas y perseguidores de los leales; se anulaban los despidos de los primeros y legalizaban los de los últimos. Casos hubo en que obreros despedidos del sindicato no pudieron lograr cesara el descuento de sus cuotas sindicales, porque a sus reclamos se contestó que siendo ilegal la expulsión, debían y estaban obligados a continuar pagando, mientras se anulaba ésta, lo que nunca se hizo. A la extorsión se agregaba la burla.

La desilusión y el descontento se apoderaron de los trabajadores remisos al paro, y convencidos de que el pecado que purgaban era su lealtad al gobierno, prendió en muchos de ellos la llama de la revolución y se prometieron, y así lo notificaron a las autoridades, que en otra oportunidad serían los más entusiastas y fervorosos agitadores y los más leales seguidores de la C.T.C. Los más reflexivos o tímidos se limitaron a prometer pasiva obediencia. En esta forma el fracaso del paro, que debió ser por sus resultados el triunfo y la cimentación del orden, se convirtió en victoria de los agitadores, robustecimiento de la C.T.C. y más pujante desarrollo de la tendencia revolucionaria del pueblo trabajador.

CAPITULO IX

NUEVOS PLANES, HUELGAS Y CONFLICTOS

La huelga petrolera

A comienzos del año se presentó la huelga de los trabajadores del petróleo. Durante ella, en Barranca y otros lugares se observaron sugestivos fenómenos: los obreros conservadores ingresaron entusiastas a ella y tuvieron voceros propios en los comandos de huelga y conciliación. El paro general había sido una lección ejemplarizante y no querían exponerse a nuevas represalias.

Se estableció la existencia en Barranca de armas, bombas explosivas y otros elementos de destrucción en poder de dirigentes sindicales. Se descubrió un plan revolucionario de inminente realización, que debía estallar en aquella ciudad. La policía fraternizaba con los presuntos revoltosos y los favorecía ostensiblemente. Los detectives que hicieron el descubrimiento fueron calificados de alarmistas y hubo necesidad de retirarlos de sus bases accidentales; el plan entonces denunciado se realizó en su mayor parte el nueve de abril y sus dirigentes fueron los mismos señalados por los agentes de la Seguridad.

Espionaje interno

Y un aspecto interesante: ni en esta ni en ninguna otra época se podían despachar comisiones de detectives para fuera de Bogotá sin que lo supieran los tenedores clandestinos de armas o los grupos sediciosos que se trataba de localizar. Por razón de sus funciones, los únicos que adquirirían previo conocimiento de aquellas comisiones eran los empleados liberales de Caja de la Policía o los de la Contraloría Nacional. Cuando las formalidades legales no se llenaban previa sino

posteriormente al cumplimiento de la comisión el buen éxito de ésta era seguro. Los agentes y simpatizantes de la revuelta se hallaban en todas partes, aun en el propio detectivismo, reincorporados por el Consejo de Estado.

Confianza ingenua

En el Tolima especialmente, se hallaban los principales focos de subversión, protegidos, asesorados y ayudados por las autoridades y la policía departamental y nacional.

Como Jefe de la Seguridad fracasé en mis intentos de conjurar el peligro que para las instituciones y el Gobierno representaba aquel departamento, porque se tenía plena confianza en el gobernador París Lozano.

Cuando concretamente se denunciaron actividades visiblemente peligrosas que se venían desarrollando en varios municipios de aquella sección, como Purificación, Cajamarca, Fresno, Santa Isabel, El Espinal y otros, el Ministro de Gobierno se entrevistó con el Gobernador. Este visitó a Cajamarca; fue invitado al Concejo en donde se le ofreció una copa de champaña y en su presencia, y sin una sola protesta o rectificación del gobernante seccional, se atacó ferozmente al señor Presidente de la República y se ratificaron las denuncias; informó al Gobierno que todo estaba tranquilo y que las reuniones clandestinas denunciadas tenían fines absolutamente inocentes. Sin embargo, en algunos lugares se capturaron armas por el detectivismo que, apenas iniciada su labor, hubo de ser retirado porque el Gobernador se indignó, afirmó que era la Seguridad la que estaba intranquilizando al departamento, me dirigió soeces y violentas comunicaciones telegráficas y anunció su retiro si continuaba la labor de los detectives.

El Gobierno confiaba en él, pero el nueve de abril demostró que el detectivismo estaba en lo cierto cuando por lo menos dudaba, pues el gobierno departamental, por ingenuidad, por temor o por cualquiera otra causa, cohonestaba las

actividades de los revolucionarios: el señor París Lozano se incorporó prácticamente en la revolución, destituyó a todos los empleados conservadores, impidió actuar al ejército y parece que ordenó la toma de la penitenciaría donde Eugenio Varón se defendía heroicamente de las acometidas de las turbas y de los policiales.

La Nación, toda la Nación, se daba cuenta de que se aproximaba algo muy grave para el país; en todas partes se hablaba de un seguro golpe de Estado; la inquietud era general y todos los horizontes se matizaban de trágicas luces y de amenazas imprecisas; la crisis económica, la carestía de la vida, la propaganda de la prensa, la pugnacidad política, los llamados viernes culturales, la frecuente llegada de agitadores extranjeros, exacerbaban los ánimos, envenenaban las conciencias, enardecían las almas, despertaban los instintos primitivos, y sobrecargaban la atmósfera nacional de nubarrones tempestuosos. Y, contrasentido de las sociedades, aunque la Nación entera se daba cuenta de esta peligrosa situación, nadie creía en la borrasca inmediata.

Pienso que ni aun el Directorio Nacional Conservador creyó en la posibilidad que se acercaba. Ya dije que llegó un momento en que creí necesario ponerlo al tanto de la situación según yo la veía. Le pinté el panorama nacional de acuerdo con los datos que tenía; le relaté las actividades de la C.T.C. y aunque le dije que yo consideraba que el doctor Gaitán nada tenía que ver con los planes de subversión y se oponía a ellos, le advertí que muchos de sus tenientes, la casi totalidad de sus enemigos de izquierda, la C.T.C., los comunistas y todos los enemigos del orden, se proponían crear una situación de hecho que obligara al Caudillo a una definición: o colocarse a la cabeza de la subversión o hacerse a un lado. El partido continuó con su misma y añosa organización, burocrática, sentimental, taciturna y confiada...

Juicio imparcial

Conversando en alguna ocasión con un agente de la Embajada americana, hombre de gran inteligencia, discreto observador, temperamento liberal e inquisitivo, abocamos el tema de las tendencias políticas del país y la firmeza de su estabilidad y normalidad democrática e institucional.

«Me parece —me decía— que ustedes gozan de una organización ejemplar en la América del Sur. Son auténticamente republicanos, rinden culto, acaso excesivo, a la libertad, respetan y defienden por igual sus instituciones y los partidos se turnan en el gobierno sin grandes conmociones. Pero son violentos en sus luchas políticas, especialmente cuando se acercan las elecciones. Y me sorprende que a tiempo que los dirigentes de los diversos grupos políticos conviven cordialmente, colaboran en el Gobierno y fraternizan en privado y aun en público, en los campos se combaten los hombres y se aniquilan mutuamente por política. No sé si existan grandes diferencias ideológicas entre los partidos. Pero me parece que sus programas, en lo fundamental, son casi exactos; la religión, los problemas sociales, merecen y reciben igual atención y cuidado en ambos partidos. ¿Cómo se explica la vehemencia de sus luchas? Aquí el comunismo no tiene fuerza ni constituye una amenaza, y los llamados izquierdistas son apenas unos cuantos intelectuales jóvenes que se llaman liberales. A mí me parece que aquí todos son liberales, y que por lo mismo, el orden público tiene una base amplia y granítica que el comunismo no podrá conmover en mucho tiempo.»

«Acaso tenga usted razón, le respondí. En sus orígenes, nuestros partidos se nutrieron en los principios de la revolución francesa. Tomás Cipriano de Mosquera se separó de la corriente conservadora precisamente porque adoptó el nombre de partido conservador, cuando él quería se le diera el nombre de liberal con un adjetivo. Su divergencia no se apoyó en consideraciones de doctrina sino de nombre. Núñez, otro gran transformador, sufrió una gran desilusión que lo llevó a

retirarse un tanto de toda actividad pública, porque el movimiento por él organizado tomó el nombre de conservatismo y de hecho abandonó el de independiente liberal que él le había dado; su desilusión no se fundó en los principios de la Constitución del 86, que es una obra admirable, sino en ese simple aspecto formal. Todos los presidentes liberales del último siglo no solamente aceptaron la Constitución del 86, obra conservadora, sino que se convirtieron en sus más firmes defensores y aun robustecieron sus esencias autoritarias.

«Y el conservatismo, al regresar al poder, acogió las reformas constitucionales de los liberales, en su mayor parte, y sus realizaciones de gobierno. En el fondo, existen profundas diferencias entre el conservatismo y el liberalismo, pues mientras el primero, al fundarse, basó sus principios en la filosofía y en la moral católicas, el liberalismo siguió apegado a sus antiguos cánones individualistas y al utilitarismo. Hoy las cosas son distintas: el partido liberal se convirtió a las ideas del conservatismo, prescindió de sus francas luchas antirreligiosas, de individualista se hizo social colocándose casi en el justo medio que caracteriza al pensamiento conservador. Pero todavía en estas materias hay hondas diferencias que nos separan, y que no es del caso analizar. Además, el apego tradicional a los nombres políticos es como un imperativo biológico y moral en los colombianos, acaso por el dolor y la sangre que costaron en nuestras viejas contiendas civiles. El liberalismo y el conservatismo han transformado casi totalmente sus programas doctrinarios, pudiera decir que los han sustituido por otros nuevos más cercanos entre sí, aunque conservando su esencia religiosa el conservatismo e incorporándola tímida y vacilantemente el liberalismo en los suyos; pero lo que no han querido ni podido hacer es cambiar su nombre; el republicanismo, la concordia nacional, la concentración nacional, no pudieron prosperar como partidos a pesar de su fuerza, por el amor a los nombres.

«Gaitán no pudo lograr con el unirismo los éxitos rotun-

dos que ha logrado conservando el nombre liberal, aun cambiando su contenido. Por esto mismo resulta evidente que el comunismo no es una fuerza en el país; pero no lo es que no constituya un verdadero peligro para nuestra Patria: las masas liberales son virtualmente revolucionarias: en tácticas, en doctrinas, en sistemas de lucha, comulgan, sin saberlo, con el comunismo; son marxistas intuitivas, pero no toleran se les quite el nombre de liberales.

«En un desorden social, que veo muy próximo, esas muchedumbres se dejarán guiar por los ocho mil comunistas que usted dice existen en el país, y los jefes liberales serán desplazados por esas mismas masas liberales o sacrificados por ellas tratan de oponerse a su acción revolucionaria y violenta. Este mismo apego a los nombres y lo que ellos significan en nuestra historia, explica la violencia que a usted sorprende». Mi amigo me pareció perplejo y poco convencido, por lo cual agregué: «Convéngase, aquí no hay más fuerza verdadera de orden que el partido conservador y la religión católica. Los liberales se engañan cuando creen en sus mayorías: sus masas pertenecen en espíritu y en ideas al comunismo aunque sentimentalmente forman parte del liberalismo. Ustedes están debilitando estas fuerzas y aportando nuevos estímulos a nuestro temperamento violento, con la propaganda protestante...».

«En los Estados Unidos —me replicó rápidamente— hay libertad de cultos y de propaganda y ello no afecta nuestras instituciones ni origina violencias ni influye en las actividades de los partidos».

Después del nueve de abril, mi amigo fue a visitarme. «Tenía usted razón —me dijo— las multitudes liberales siguen al comunismo, son comunistas prácticas. Lo que cuenta entre ustedes es el nombre, las ideas son poca cosa, al menos dentro de lo anormal». Callé, porque recordé cómo al grito de ¡viva el partido liberal! se cometieron toda clase de atrocidades comunistas.

CAPITULO X
APORTES FORANEOS

De Venezuela

Continuemos con los prolegómenos del nueve de abril. El señor Machado, líder comunista venezolano, vino al país con visa diplomática; conversó con algunos dirigentes comunistas y miembros de la C.T.C.; tuvo varias conferencias con elementos de extrema izquierda. No se mostró muy conforme con su gobierno, del que dijo era muy vacilante y un tanto influído por el imperialismo americano; discretamente adelantó activa propaganda contra los gobiernos de derecha. No se le podía detener ni registrar sus papeles; se le sometió a vigilancia estricta, severa y deliberadamente ostensible; se aburrió de ella, la encontró torpe pero impertinente y se marchó, que era lo que se necesitaba.

De Chile

Poco después arribó al país el senador comunista de Chile señor Salvador Ocampo, después de recorrer varios países en labor de propaganda revolucionaria. Procedía inmediatamente de Venezuela, y traía una fuerte suma de dinero para los huelguistas del petróleo.

Sostuvo largas conferencias con Gerardo Molina, Montaña Cuéllar, Antonio García, Jaime Rubio y otros líderes de izquierda y con la C.T.C. donde dictó conferencias.

Se le detiene y se le decomisan papeles que demuestran el carácter específicamente revolucionario de su gira; viene propugnando la huelga general en el Continente, que debe de culminar en revuelta y golpes de Estado contra los gobiernos llamados de derecha, de centro o reaccionarios de

América, en especial los de Chile «traidor a la revolución y al pueblo» y el de Santo Domingo.

El Congreso de trabajadores de Lima, la Conferencia Panamericana de Bogotá —instrumentos del imperialismo yanqui— los Estados Unidos y Colombia, tienen señalado su lote en esa campaña revolucionaria intercontinental, así como la demanda de nuevas sumas a la C.T.A.L. para continuar la gira por los países del Sur.

Trae credenciales de Lombardo Toledano e instrucciones suyas sobre la labor que debe desarrollar en el Continente, e invitaciones para las Federaciones de Trabajo de América Central y del Sur, al Congreso continental de trabajadores del petróleo que debe celebrarse en México, en donde se acordarán las bases para la unión y solidaridad de todos los trabajadores del Nuevo Mundo y la lucha obrera contra el imperialismo yanqui. Se le detiene e interroga. Incurre en múltiples contradicciones; confiesa la traída de dinero para los huelguistas y luégo la niega; afirma su derecho a intervenir en la política de Colombia y de todos los pueblos, y anuncia que afortunadamente «el estado de cosas existente en Colombia va a cambiar fundamentalmente dentro de breve tiempo».

El secretario de la Embajada de Chile, un señor Bravo, interviene en la Jefatura de Seguridad. Se le pregunta si su intervención tiene carácter oficial y diplomático y contesta afirmativamente. Rechazo esa intervención por considerar que debe intentarse por conducto del Ministerio de Relaciones Exteriores y porque constituye una intromisión indebida proponerla ante la Prefectura de Seguridad. El señor Bravo vacila, explica que su gestión en verdad no tiene carácter diplomático; que se trata de un senador de su país y que él interviene por simple cortesía. El señor Bravo es un elemento de izquierda, reconocido en las esferas policivas como agitador, amparado por su pasaporte diplomático.

Al Gobierno de Chile di traslado de algunos de los papeles tomados a Ocampo así como de la inusitada intervención

de Bravo en favor de un enemigo de su propio gobierno. Pero éste continuó y creo que aún continúa sirviendo en la Embajada. Se dictó la resolución de expulsión para el señor Ocampo, pero el Gobierno no la aprobó por considerar que era mejor se fuera voluntariamente, como lo hizo pocos días más tarde, no sin antes haber continuado su labor de propaganda y dictado nueva conferencia en la C.T.C. Claro es que la prensa liberal hizo escándalo por el atropello del detectivismo contra el ilustre visitante, hasta que Calibán, con la franqueza y comprensión que lo distinguen, justificó y defendió la actuación de la Seguridad.

De Europa

Días más tarde arribaron al país cuatro agentes extranjeros del comunismo: Luis Fernández Juan, general maqui español, Eugene Kerbaul, francés, Milorad Pesic B., yugoeslavo y Frances Mac Kinnon Damon, también comunista, de nacionalidad americana pero francesa de origen, directora de la Federación Mundial de Juventudes Democráticas, institución organizada, controlada y dirigida por el Soviet, como lo demostraron los papeles que se le tomaron.

Su misión era también de índole revolucionaria, contra el imperialismo yanqui y la Conferencia Panamericana. Se les tomaron documentos muy interesantes reveladores de que se preparaba la revuelta en varios países de Europa y América.

Sobre Colombia se les encontraron papeles de propaganda contra la Conferencia Panamericana, la orden de constituir filiales de la Federación Mundial de Juventudes en varios lugares y algunos nombres y direcciones de personas con quienes deberían ponerse en contacto en Bogotá, Cartagena, Cali y otras ciudades.

A su llegada a Bogotá se les condujo a la Jefatura de extranjeros y se les advirtió que se les aplicarían severas

sanciones si desarrollaban alguna actividad política en el país. Dado el terror que manifestaron es de pensar que suponían que en Colombia existía la pena de muerte para los espías y agitadores internacionales.

Se les sometió a vigilancia; fueron visitados por un miembro de la Embajada rusa y al día siguiente de esta visita dos de ellos, Fernández y la Damón, tomaron avión para el exterior, no sin que antes se les decomisaran los papeles.

Inmediatamente se capturó a los otros dos y se requisaron sus maletas. Intervino un agente del Ministro francés; se le demostró que se trataba de elementos comunistas en campaña revolucionaria y, entre otras cosas, se le puso de presente un plan de revuelta en Francia que debía comenzar con una huelga general. Manifestó que el Gobierno francés ya lo conocía y se comprometió a hacer salir del país al día siguiente a los dos agentes revolucionarios e impedirles mientras tanto todo contacto con extraños.

El señor Fernández, al ser indagatorio por la policía francesa en días pasados, sostuvo con ésta el siguiente diálogo, por demás sugestivo: La policía: «¿Cómo explica usted que tres días después de su llegada a Colombia, en abril de 1948, el pueblo se sublevó y marchó al asalto del palacio donde se hallaba Marshall?». Fernández contestó: «Eso deben preguntárselo a las autoridades colombianas, que tuvieron a bien aprisionarme desde el momento de mi llegada al aeródromo, en Bogotá, hasta mi expulsión del país».

Pues bien, Fernández no fue aprisionado, ni detenido, ni expulsado, porque inicialmente no había pruebas contra él. Se marchó voluntariamente al día siguiente de su entrevista con el agente de la Embajada rusa. Durante los días que estuvo en Bogotá gozó de completa libertad. ¿Por qué mintió a la policía de París afirmando que estuvo imposibilitado para desarrollar cualquier acción? ¿No revela esto el propósito de hurtar responsabilidades en los hechos del nueve de abril, es decir, en la preparación de éste? Si su venida a Bo-

gotá fue inocente e inofensiva, ¿por qué su empeño en sostener falsamente que estuvo preso durante toda su permanencia en Bogotá, para demostrar así su imposibilidad física de actuar en Colombia?

De Rusia

Alexandre Okolokoff y Román Arzokoff, que se decían ingenieros rusos también vinieron al país por aquellos días y se hospedaron en el hotel Astor. Se recibieron informes de que se trataba de dos activos comunistas que sostenían frecuentes conversaciones de índole reservada con varios rusos y que habían estado conferenciando secretamente con dos colombianos, uno de estos Guillermo Rincón, empleado de la Embajada rusa. Se dispuso citarlos a la Seguridad el día tres de abril, pero ese mismo día abandonaron el hotel, manifestando se dirigían a Barranquilla, pero en realidad permanecieron en la ciudad, en donde solo pudo localizárseles después del nueve de abril, sin que fuera posible su captura.

De Cuba

Por estos mismos días llegaron a Bogotá los reconocidos comunistas cubanos Fidel Alejandro Castro y Rafael Del Pino; provocaron reuniones de los estudiantes reconocidamente izquierdistas en la Ciudad Universitaria, de las cuales rechazaron francamente a todo elemento tildado como derechista. Se les condujo con sus papeles a la Jefatura de extranjeros y se les interrogó: venían de paseo y en propaganda contra el coloniaje en América; sus papeles confirmaron esta versión y se les puso en libertad.

El día ocho de abril en las horas de la noche asistieron a una reunión que se efectuaba en la C.T.C. Dictaron conferencias de carácter revolucionario e impartieron instrucciones sobre la técnica del golpe de Estado y la organización de un paro general. Muchos de los asistentes tomaron anotaciones en libretas; ofrecieron continuar al día siguiente en las

horas del mediodía, pero no lo hicieron. Ordené esa misma noche su captura más fue imposible localizarlos; el nueve destaqué detectives a las inmediaciones de la C.T.C. para que los capturaran cuando llegaran a cumplir la cita. Pero como digo, no regresaron.

Posteriormente se les vio armados, dirigiendo los asaltos. Después del nueve, se les ubicó, pero su detención se imposibilitó, porque el ejército impedía la acción de los detectives. Cuando se obtuvo el concurso y autorización de éste, ya era tarde: protegidos por agentes diplomáticos abandonaron la ciudad y el país. Estos dos sujetos vinieron en reemplazo de dos dirigentes rusos radicados en Cuba, cuyo proyecto de venir a Colombia fue oportunamente conocido, por lo cual se ordenó vigilar su entrada y dar cuenta a la Prefectura: no llegaron los anunciados sino Castro y Del Pino, pero antes del nueve de abril se les tomó un telegrama que anunciaba para el sábado, es decir para el diez, la llegada de uno de los citados comunistas rusos. Entre los papeles tomados a los cubanos después del nueve de abril figuraba una sospechosa carta de una dama de Cuba, de fecha anterior al nueve, en que se manifestaba inquieta por lo que les pudiera ocurrir en Bogotá.

CAPITULO XI

FALSAS ALARMAS. MANIFESTACIONES

Ensayos alarmistas

A fines de marzo se registraron incidentes asaz sospechosos: sonaron repetidas veces varias sirenas; entre los ferroviarios se produjo una extraordinaria y vehemente agitación; en algunas calles se reunieron pequeños grupos que intentaron asaltar los modestos comercios ambulantes y de zaguán; se presentó una transitoria paralización de tranvías. Intervino la policía y dispersó a los presuntos asaltantes, pero al llegar a la estación de la Sabana halló restablecida la tranquilidad. El tranvía volvió a funcionar y las sirenas enmudecieron.

Investigado el asunto, se estableció que se había hecho circular la especie falsa de que el doctor Gaitán había sido detenido y que era necesario ir a libertarlo, pero la especie había sido rectificada por el propio Gaitán. ¿Por qué y para qué y por quién se lanzó esa especie inexacta? No se supo, ni en las esferas oficiales se creyó necesario investigarlo, pues con bastante anterioridad se tuvieron informes de que en una junta celebrada en el Directorio Nacional Liberal se había adoptado como una de las modalidades de la nueva táctica política el lanzamiento de «bolas» para alarmar e intranquilizar a la opinión. Y en efecto, poco después circuló la noticia de la muerte del doctor Laureano Gómez en la Costa, luego se rumoró la renuncia del doctor Ospina Pérez y, por último, se habló de la prisión del doctor Gaitán. Se conocía pues el origen de los rumores y no era cosa de provocar un nuevo escándalo en el Directorio del partido de oposición.

Estas leyendas faltas de seriedad, se desbarataban rápidamente, pero en realidad alcanzaban a producir intranqui-

lidad y zozobra durante algunas horas e iban creando un lento y creciente estado de hiperestesia en el país y a la vez de incredulidad posterior para toda verdad descubierta en relación con el orden público. Los conspiradores contra la paz creían asegurarse en esta forma contra cualquier posible denuncia, y tengo la impresión de que lograron sus propósitos. La táctica no resultó tan infantil como parecía a primera vista.

Pugna proselitista

El doctor Gaitán ordena la movilización del liberalismo en todas las ciudades, contra la violencia. A su vez, la C.T.C. dispone la sindical y de los trabajadores, en forma igualmente de manifestaciones públicas en todo el país. Indudablemente se trataba de adelantarse a Gaitán en la movilización y dominio del pueblo para fatigarlo con desfiles y manifestaciones y luego, cuando se efectuara la de Gaitán, hacerle necesario el concurso de los dirigentes sindicales para esa nueva movilización, cobrarle ese concurso, o exhibirlo debilitado en la adhesión y en el fervor de las masas trabajadoras.

Pero Gaitán no era un ingenuo a quien se pudiera sorprender fácilmente. No tomó en cuenta la manifestación sindicalista y se limitó a declarar que eran cosas distintas la proyectada manifestación de los sindicatos y la movilización liberal contra la violencia. Agregó que no quería se confundieran las dos cosas, porque estimaba inconveniente dar pábulo a la intervención de los sindicatos en la política. Fue este un golpe demasiado rudo para los agitadores sindicalistas, que no solo se hallaron ante la sorpresa de que Gaitán no los solicitaba sino que además los rechazaba despectiva e inteligentemente.

El gaitanismo no continuó colaborando con los sindicalistas sino organizando de lleno e independientemente la movilización liberal. La C.T.C. se entendió con Gaitán mendigándole humildemente su respaldo, pero el Caudillo lo negó, escudándose en su teoría de la no intervención de los sindica-

tos en la política ni de la política en los sindicatos. Se había dado cuenta exacta de la maniobra: si ordenaba al liberalismo engrosar la manifestación sindical, aquél le obedecería y ésta resultaría monstruosa por su número y también por su vehemencia. Y cuando él fuera a realizar la suya, resultaría inferior, menos vistosa y espectacular, más fría y opaca, porque el sindicalismo no iría a ella y muchos obreros liberales se abstendrían de concurrir por resultarles onerosa en lo económico a más de fatigante físicamente. «Mamola», se diría interiormente, y les volvió las espaldas proceras a los sindicatos que, deslealmente, querían apropiarse de su iniciativa.

En todas partes la manifestación sindical fue un fracaso. En Bogotá, durante el desfile, se oyeron abajos al «traidor Gaitán» que fueron sofocados rápidamente por los partidarios del Caudillo. Pero este episodio de competencia entre la C.T.C. y Gaitán creó nuevos factores de descontento y de indignación contra el último, que discreta y temerosamente continuó explotando la primera, divulgando la especie de que Gaitán era enemigo del movimiento sindical.

La manifestación del 7 de febrero

El liberalismo continuó organizando su manifestación, pero surgieron de nuevo los proyectos subversivos. Era preciso aprovechar esa gran movilización de fuerzas para tomar el poder. Se organizaron grupos de choque con sus respectivos jefes; se les ofrecieron armas; se fijaron afiches torturantes para impresionar la imaginación de las gentes, muchos de ellos con escenas de la guerra europea y de los campos de concentración y leyendas de venganza y reconquista. Todos los horrores y crímenes, ciertos o imaginados, se atribuían a los conservadores y a las autoridades, a tiempo que la libertad, la justicia social, los progresos materiales y morales del país, sus avances institucionales, se reclamaban como obra exclusiva del liberalismo. Luz y sombra, crimen y virtud, democracia y totalitarismo, cultura y barbarie, fue-

ron el contraste que se exhibió en los muros, en la propaganda oral y escrita, como características contrapuestas de los dos partidos.

Y así se creaba y encendía un ambiente de indignación, de cólera y de violencia en el corazón de las multitudes. Gaitán alentaba esa propaganda mentirosa, aberrante e injusta, pero al tener conocimiento de los planes de revuelta que preparaban sus seguidores, los rechazó indignado, llamó a su secretario don Alvaro Ayala y le ordenó arrojar de la Directiva a determinados elementos y prohibirles la entrada a los salones del Directorio. Conferenció con los jefes y reafirmó sus propósitos pacifistas y su resolución inquebrantable de seguir, para reconquistar la victoria, los caminos de la ley, de la democracia y de la moral. Fue entonces cuando resolvió que la manifestación debía realizarse en todas partes en absoluto silencio. Sabía que el grito tiene tonalidades de selva y en las ciudades resuena con acentos artificiales y pétreos que despiertan en las multitudes congregadas los instintos primarios, el impulso feroz, la necesidad del combate. A este imperativo mandato del caudillo se agregó un incidente grotesco o casual, que desconcertó a los conjurados: a sus reuniones, caminatas y giras asistía un entusiasta ex-detective; se le descubrió y se creyó estaba en funciones de tal, cayendo en la cuenta de que había intervenido en la mayor parte de los preparativos y que, por consiguiente, el Gobierno debía de tener ya conocimiento de todas las intimidades del plan; se ordenó disolver los grupos de choque y aplazar el golpe para otra oportunidad.

Este episodio tragi-cómico fue, sin embargo, providencial; en realidad el Gobierno conocía el plan en todos sus detalles, y estaba preparado para afrontarlo. Para sugerir este conocimiento se hizo una al parecer inocente movilización de fuerza que si para los extraños al proyectado golpe no tuvo mayor significación, sí la tuvo, y grande, para quienes estaban en su intimidad. Obra fue del coronel Barco, y el país

le debe ese ignorado pero efectivo servicio. No trato de vindicar a Barco; mis relaciones con él no fueron siempre cordiales; estuvimos, pudiera decir, que en constante desacuerdo. Tuvo deplorables fallas por su fe ciega en la disciplina militar y en el carácter que imprime el uniforme, factores que siempre afirmó obrarían en la policía, en una policía política hasta la medula, formada con criterio de secta, seleccionada durante 16 años para perseguir a los conservadores y enfrentarse en un momento dado al ejército; policía que para ese entonces no era, como no lo fue nunca, la policía *chulavita* de que se hablaba, sino por el contrario, una policía gaitanista en el ochenta por ciento. Lo sabían las autoridades, pero Barco tenía plena confianza en sus subordinados de uniforme, no creía en el detectivismo y, por el contrario, antipatizaba con éste y lo despreciaba. De aquí nuestros frecuentes roces: él no veía con buenos ojos los informes contra la policía, y yo no miraba bien su animadversión contra el detectivismo. «Puede ser cierto lo que me informa —me decía alguna vez— pero le garantizo que en caso de un conflicto yo salgo, me pongo al frente de la policía y ésta me obedece ciegamente».

Ciertamente, el nueve de abril, en San Francisco, Barco se puso al frente de un pelotón de la policía; pero el uniforme, mudo y sin vida, olvidó su facultad milagrosa. Ya en la Dirección, sus Comandantes de confianza tampoco recordaron el uniforme, aunque alguno de ellos acaso sí sintió su influjo taumatúrgico, pues usó de su pistola para cambiar el traje de militar por el vestido civil de un portero.

La policía política

Policía política! Si, pero policía liberal. Barco, por sus condiciones de militar de carrera, dígame lo que se quiera, es un hombre apolítico. No comprende la fuerza avasalladora de la pasión política; no sabe que ésta es a veces más fuerte en los hombres que la fe ni entiende cómo su acción pueda supeditar las más caras emociones del alma, los más fuertes

imperativos del deber, los más claros dictados de la inteligencia o del corazón. Por eso creía en la bondad regeneradora del uniforme y en su íntima energía cohesionadora y disciplinaria. Creía, tenía fe en sus policiales, porque ama el uniforme y tiene un profundo y vigoroso sentido del honor y del deber, piensa que el uniforme imprime carácter y lo valora como fuente de probidad mental y moral. No quiso Barco concentrar los agentes nuevos en una sola División y recoger en ella todas las armas de largo alcance en poder de la policía, como se lo sugerimos, porque, nos explicó, eso sería mortificar a sus Comandantes y agentes y darles una prueba inmerecida de desconfianza. Sin embargo, sabíamos nosotros y lo sabía él, que los agentes antiguos habían recibido instrucciones de eliminar a los nuevos en caso de un cruento conflicto político y de engrosar la revuelta. Tampoco quiso armar a los detectives, muchos de los cuales carecían de revólver. El nueve de abril la policía se fugó o se pasó a los revoltosos con armas y bagajes, y los detectives, sin uniforme, lucharon bravamente hasta el amanecer, cuando se les agotaron los cartuchos.

Hay que reconocer que la campaña liberal fue muy hábil pero terriblemente perjudicial para el país. Obtuvo los fines que se proponía: que no hubiera cambios en el personal antiguo de las Divisiones; que continuaran los mismos agentes politiqueros y sectarios; que el ingreso de un solo conservador a estos cuerpos ocasionara escándalos y dolores de cabeza al Gobierno. Para eso se repetía con aparente indignación el convencional estribillo: «la policía *chulavita*» y se afirmaba en todos los tonos que se estaba destruyendo la técnica implantada por el liberalismo en aquel organismo de seguridad social, y alejando el apoliticismo de que la dotaran los gobiernos liberales.

A virtud de esa inteligente y mañosa campaña se mantuvo el estado de cosas existente cuando se posesionó el doctor Ospina Pérez, y el nueve de abril puso de relieve la organiza-

ción medularmente política y sectaria que a ese cuerpo había dado el régimen liberal. La policía chulavita no apareció por ninguna parte, porque no existía. Pero ni Barco ni el Gobierno fueron directamente responsables de esa situación, porque los maniataban las leyes y decretos-leyes que hacían imposible cualquier intento de reorganización, además del tremendo poder de la prensa, que los incapacitaba, por el escándalo, para cualquier intento de labor reorgánica.

Y es que el conservatismo es sumamente respetuoso de lo que se ha dado en llamar la opinión pública y de las formas y apariencias jurídicas y democráticas.

Contrastes

Cuando el partido liberal llegó al poder, el doctor Araújo reunió a todos los jefes y oficiales de la policía, les manifestó que el gobierno necesitaba en ese cuerpo de seguridad, personal de absoluta confianza, les agradeció sus servicios y los puso de patitas en la calle, reemplazándolos por distinguidos jóvenes liberales. Igual cosa se hizo con el personal de tropa y con el detectivismo. El personal subalterno fue escogido entre los recomendados por los directorios liberales de los municipios, previa averiguación de sus antecedentes políticos, como consta en las hojas de vida de los escogidos de entonces.

Después del nueve de abril, fueron despedidos todos, los leales y los desleales, los que habían participado en la revuelta y los que, abnegadamente, se habían enfrentado a la revuelta. En todas partes, como después del paro general, quienes cumplieron la totalidad de su deber fueron, especialmente, los desalojados de las posiciones oficiales, en las bajas y en las altas esferas. ¿Por qué —se pregunta la gente— fueron destituidos los gobernadores de Boyacá, Atlántico, Valle, Santander, Bolívar y Antioquia?

Está muy bien la conciliación y el perdón; son preceptos cristianos, pero no es humano que los buenos sean sacrifica-

dos para complacer y contentar a los malos. ¿Por qué individuos que participaron en la revuelta continúan ocupando altas y bajas posiciones oficiales, en tanto que quienes se opusieron a ella fueron condenados al desempleo? Yo presencié cuando empleados del Ina abandonaron sus oficinas de la calle catorce y salieron a incitar a las multitudes. ¿No supo el Gobierno que Julio Galofre fue un conspirador permanente? ¿Ignora que el director de aseo de Bogotá, días después del nueve de abril se negaba a permitir que sus obreros volvieran al trabajo alegando la orden de paro general dada por la C.T.C.? Larga sería la enumeración, y no es mi propósito referirme a los acontecimientos del nueve de abril. Recuerdo sí que en una dependencia oficial municipal, el detectivismo capturó una gran cantidad de explosivos sin que se formulara el menor reclamo. Los intentos de revuelta tenían simpatizantes en muchas esferas oficiales. «Lo triste es así».

Ante el contubernio de funcionarios públicos y agitadores, se dificultaba enormemente la labor del detectivismo: la policía estorbaba su acción, la prensa la combatía con saña e injusticia, los organismos de control fiscal la obstaculizaban; carecía de vehículos, de fondos, de equipos de investigación y de facultades legales para el cumplimiento de su misión, y todas sus actuaciones daban lugar a la intervención de jueces parciales que, con fútiles pretextos, iniciaban sumarios para suspender o enjuiciar a los detectives; y la mayor parte de las armas por ellos decomisadas eran devueltas a los interesados.

CAPITULO XII

EL ORDEN PUBLICO SOY YO

Un día conferenciaba yo con el doctor Gaitán y le exponía vagamente y en forma inquisitiva, mis temores sobre posibles quebrantamientos del orden público. «Sí —me dijo— estoy rodeado por la deslealtad y la incomprensión. Los oligarcas y los politicastros creen engañarme con su simulada e insincera adhesión. Y yo finjo creerles. Pero cuando llegue al Gobierno, los arrojaré a todos a patadas, porque sólo gobernaré con los hombres honrados y de buena voluntad. Conservo en mis archivos todas sus calumnias infames y conozco sus biografías. Sé de los contratos, cheques y corruptelas. Ya en el Valle comenzaron las coaliciones sucias. Ustedes siempre se alían con los peores y luego predicán falsa moralidad, la corrupción está muy generalizada en uno y otro partido. Los vicios ancestrales de la política no son exclusivos de ningún partido; aún operan en muchos de mis copartidarios con la misma fuerza con que operan en el conservatismo. Modificar ese estado de alma colectivo no es labor de un día; ustedes están envalentonados con la victoria y los míos no se resignan a esta pérdida parcial y transitoria del poder, que debía servirnos para depurarnos y engrandecernos. Pero el pueblo me sigue, me acata, me comprende, y el orden público no corre peligro, porque, parodiando al rey de Francia puedo decir: *El orden público soy yo*. No insistan, eso sí, en modificar artificialmente la realidad nacional para anular el derecho de las mayorías liberales, porque entonces seré yo personalmente quien a la cabeza del pueblo dará el asalto final para quitarles por la fuerza lo que quieren conservar contra el derecho».

Solicitud desechada

Discutimos amistosamente; Gaitán me distinguía con su afecto, y yo sentía un gran cariño y admiración por él. Durante este diálogo le pedí me diera dos nombres de liberales de su absoluta confianza para nombrarlos como detectives y destinarlos a servirle de guarda-espaldas. Se rió cordialmente y me respondió: «Parecida sugerencia me hizo Torres Durán, aunque no me pidió candidatos. Pero no quiero detectives. El pueblo es mi guardián. ¿Le parece poco?».

Más tarde, en conversación con don Alvaro Ayala, secretario general del liberalismo, le solicité me diera una lista de liberales de confianza para designarlos como detectives *ad hoc*, autorizarlos para portar armas y colocarlos como guardianes del eminente conductor. Ofreció remitírmela, pero nunca lo hizo, a pesar de mi insistencia. Igual exigencia formulé a don Jorge Villaveces, quien aceptó en principio, pero me declaró que el doctor Gaitán se oponía a toda vigilancia. «Es claro —agregó— que nosotros lo vigilamos y cuidamos de él sin que se dé cuenta; pero me interesa su insinuación, sobre todo por el aspecto de que los encargados de su custodia puedan portar armas sin que los moleste la policía. Estudiaremos la cuestión y le enviaremos la nómina». Pero esta nunca me llegó.

¿Por qué, se preguntará, como me preguntaba Roberto París Gaitán, no los nombré directamente? La razón es clara. Si yo los designaba sin consulta previa y sin el lleno de los requisitos anteriores, el doctor Gaitán y sus amigos se darían cuenta de que lo seguían detectives, se sentiría vigilado y sospechoso y surgiría un nuevo y justificado escándalo contra la Popol. Con todo, al detective Alfonso Rodríguez, liberal y gaitanista, le recomendé reiteradamente velar discretamente por la seguridad del insigne conductor. ¿Temía yo por la vida del doctor Gaitán? No; pero sí consideraba conveniente poner a su servicio, como guarda-espaldas, uno o más detectives, como los tenían los doctores Alfonso López,

Alberto Lleras y Abadía Méndez. Igual cosa intenté respecto del doctor Laureano Gómez, pero mi sugerencia fue rechazada con indignación.

El doctor Domingo Esguerra ejercía el Ministerio de Relaciones Exteriores contra la voluntad expresa de Gaitán. Tuve conocimiento, por la indiscreción de un individuo de las directivas gaitanistas, que se preparaba un baño público contra el distinguido ministro. Le envié detectives e informé al Gobierno, pero los rechazó. Poco después se le hacía víctima de una agresión con huevos podridos. Nueva lección de violencia e irrespeto a las autoridades dada al pueblo por los amigos de Gaitán.

CAPITULO XIII

LA CONFERENCIA PANAMERICANA
Y OTRAS ACTIVIDADESPropósitos de saboteo

Se reúne la Conferencia Panamericana; me llegan noticias de proyectos de saboteo; es capturado un obrero que había estado invitando a otros a que lo secundaran en la colocación de una bomba de alto poder explosivo para volar el Capitolio cuando estuviera sesionando la ilustre Asamblea. Lo puse a órdenes de los jueces ordinarios y les solicité una severa investigación cuyos resultados ignoro.

Circula una activa y clandestina propaganda en contra de la Conferencia, el Plan Marshall y el Plan Kelloc. En una hoja firmada por un reconocido agitador izquierdista, se ataca ferozmente a la Conferencia, al general Marshall, a las oligarquías coaligadas; se recalca sobre el hambre del pueblo a tiempo que los millones se derrochan en los festines de plutócratas, burgueses e imperialistas; se invita al pueblo a la revuelta y se anuncia expresamente el incendio y toma de las nuevas bastillas. Esta hoja circuló el siete de abril. En la carrera séptima, un grupo de liberales y comunistas atacó a piedra el automóvil del delegado ecuatoriano, y sobre el vehículo, vociferantes y congestionados, se pudo ver a varios líderes gaitanistas bastante caracterizados. Llegaron rumores de que se proyectaban atentados contra la vida del general Marshall; un comisionado de la Embajada Americana me da cuenta de que ha recibido informes relacionados con el posible lanzamiento de una bomba contra la persona del afamado general. Tomo las medidas que la prudencia aconseja y redoblo la vigilancia.

El siete de abril hubo dos reuniones de los comunistas

en el Teatro Alcalá, una pública y otra absolutamente privada que duró hasta después de las doce de la noche.

El mismo día siete la C.T.C. —hecho por demás sugerente— se entregó a la quema de gran parte de sus archivos. Se tomaron algunos de los paquetes arrojados al fuego; entre éstos se encontró un pedazo de clave de carácter estrictamente sedicioso aunque bastante torpe por cierto. «Papá bien», «Papá enfermo», «Papá grave», «Murió papá», «Cobre giro», correspondían a avisos, órdenes y consignas como las siguientes: «Cumplan lo ordenado», «El movimiento marcha bien», «Fracasó», «Hay muertos y heridos», «Disuélvanse». El estudio de estos papeles chamuscados no se alcanzó a terminar.

Plan terrorista

Entre el cuatro o cinco de abril, mis agentes me informaron que se había dado la orden para un golpe terrorista que debía realizarse ese mismo día a las cinco de la tarde. Se habían designado y despachado comisiones para dar muerte a varios políticos eminentes, volar el Capitolio y el Palacio Presidencial, incendiar *El Siglo*, el Palacio de Relaciones Exteriores y otros edificios y dar el asalto final sobre el Gobierno. El doctor Gaitán debía ignorar estas actividades y los comandantes de grupo abstenerse de darle cualquier información o formularle cualquier consulta. Los organizadores eran personajes de tercer orden, algunos reconocidos como gaitanistas fervorosos.

Inmediatamente llamé telefónicamente a Palacio y advertí al mayor Iván Berrío tomara toda clase de precauciones mientras yo llegaba; llamé asimismo al Estado Mayor y cité a mi Despacho al coronel Arturo Chari, a quien informé de lo que se preparaba. Trató de ponerse al habla con el general Ocampo, pero no lo consiguió; con el citado coronel me trasladé a Palacio y di un amplio informe al mayor Berrío, quien ordenó llamar inmediatamente al general Ocampo. Mien-

tras tanto, di el mismo informe a los secretarios de la Presidencia reunidos en el Despacho del doctor Azula Barrera. No pude hablar con el señor Presidente porque en esta como en otras ocasiones en que quise hacerlo, se me dijo que estaba muy ocupado. En realidad, conferenciaba en esos momentos con el doctor Laureano Gómez.

Recibí instrucciones de informar inmediatamente al Director de la Policía y, después de pedirle de nuevo al doctor Azula Barrera la designación inmediata de un juez que investigara estos hechos y los de mi conocimiento anterior, me trasladé a la Dirección de la Policía e informé al Director. Este me escucho en silencio.

En el despacho se hallaba un detective, abogado por cierto: Barco lo despidió con estas o semejantes palabras: «Bueno, Fulano, le agradezco su informe; así deben ser ellos: nada de alarmismo; nada de que van a incendiar, a matar, a hacer la revuelta, porque no hay nada de eso, la carrera séptima está como de costumbre y nada se nota de anormal». No podía ser yo objeto de una más explícita desautorización y, manifestándole que mis informes en su mayor parte provenían de elementos liberales comprometidos en el movimiento, abandoné la Dirección. Pero Barco tenía aparentemente la razón: al llegar a la Prefectura y hallándome organizando el despacho de comisiones a distintos sitios de la ciudad, llegaron algunos de mis informantes y agentes y me manifestaron que el golpe había sido aplazado porque se había notado algún movimiento en el ejército. Avisé a Palacio y a la Dirección de la Policía.

Diálogo con el Dr. Gómez

Al día siguiente, al llegar a mi despacho, encontré a un comisionado del doctor Laureano Gómez con una citación verbal urgente. Me trasladé a *El Siglo*; el doctor Gómez me esperaba impaciente, y casi sin saludarme, me dijo: «Ayer estaba en Palacio cuando usted llevó sus tremendos informes. Azula me lo refirió todo, y eso no está bien. Usted no

tiene derecho a dejarse mover por los chismosos e impacientes y alarmistas del partido. Me doy cuenta de que usted tiene graves responsabilidades por su posición oficial, pero esas mismas responsabilidades lo obligan a una discreción y seriedad absolutas. Póngales oficio a sus detectives para que no continúen inventando chismes, y filtre y estudie mucho sus informes antes de dar traslado de ellos al Gobierno. Todo esto es puro alarmismo, fantasías, invenciones de desocupados. Yo se lo digo con experiencia porque he sido víctima de los chismosos e impacientes que la pasan urdiendo leyendas aterradoras, creyendo que con esos sistemas sirven al partido. No olvide que por esos caminos el partido liberal fue a dar a Mamatoco. Conserve su serenidad, su equilibrio, el espíritu analítico, que son especialmente necesarios en la posición que ocupa. Aquí no suceden esas cosas terroríficas. Este es un pueblo bueno, democrático, respetuoso, de gran fondo moral, que lucha con ardentía por sus ideales, pero incapaz de la obra cobarde del incendio, del asesinato, del crimen colectivo. En medio de todo, y a pesar de sus aparentes excesos, este pueblo tiene un gran sentido ético y una gran comprensión; es capaz de ir a la guerra civil pero no a los atentados terroristas como los que usted ha venido informando se preparan». Yo trataba de explicarme, pero el doctor Gómez no me lo permitía. «Nada, nada, repetía con visible calor. Ninguna de esas cosas tiene el menor fundamento. Todo es exageración... no se deje sorprender».

«Mis informes —logré argüir— tienen origen liberal».

«No insista, repuso, leyendas, puras leyendas; ni Gaitán ni el liberalismo son un peligro para la paz; el espíritu civilista del país es incommovible. Y a propósito: usted me mandó unos detectives y eso me parece un abuso: no quiero, no acepto, no tolero detectives ni para mí ni para *El Siglo*».

Le expliqué que Gaitán nada tenía que ver con el complot, y que mis informes estaban confirmados por elementos comprometidos en el intento.

«¡Sí! —inquirió con una sonrisa entre burlona y triunfal— esa es la prueba de que no hay nada; sus informantes liberales están buscando puestos. Sin Gaitán nadie puede dentro del liberalismo intentar una aventura. Se confirma por usted mismo mi convicción: no hay nada, absolutamente nada».

Puede ser, objeté, pero mi deber es dar traslado al Gobierno de todos los informes que recibo, y luego tratar de verificarlos, rectificarlos o confirmarlos. Porque, ¿qué se diría y cuál sería mi responsabilidad si al correr de los días la realidad confirmara esas alarmistas denuncias y surgiera quien pudiera decir: «Yo di oportuno aviso al Jefe de la Seguridad, y éste no hizo nada, ni siquiera informar al Gobierno?».

«Esa es una hipótesis, y usted no puede obrar sobre hipótesis sino sobre hechos concretos».

Confieso que de esta entrevista me retiré bastante deprimido y casi avengonzado, vacilante y temeroso íntimamente de haber incurrido en deplorable error. La coincidencia de apreciación entre Barco y el doctor Gómez aumentó mi duda y robusteció mi desaliento. El argumento del doctor Gómez sobre el extraordinario y definitivo poder de Gaitán dentro del liberalismo; la declaración que éste me había hecho, «el orden público no corre peligro», el orden público soy yo, me hacían una fuerza irresistible, atenaceaban mi mente, se trocaban en mi espíritu en obsesión torturante, porque me hacían sentir víctima e instrumento de engaño.

Algo va a pasar

Recordaba que una mañana, en diálogo con Julio César Turbay, éste me afirmaba que aquí iba a pasar algo muy grave, porque las masas estaban desesperadas, hambrientas, coléricas, y las luchas políticas tomaban excesiva acritud; el liberalismo no estaba dispuesto a permitir que se obstaculizara su legítimo derecho a la reconquista ni a tolerar impasible la persecución conservadora. «No hay tal persecución —le repliqué— choques individuales que ustedes agigantan y

explotan con criterio y finalidades políticas. Pero esa campaña de exageración es un error no ya patriótico sino también político. Porque merced a ella los campesinos liberales se van convenciendo de que no tienen ni tendrán garantías, y resultará muy difícil llevarlos a las urnas. Nosotros incurrimos en ese mismo error, y el temor creado en las masas por nosotros mismos con el despliegue a todos los vientos de los atropellos que se cometían contra los conservadores, llevó el pavor a todo el conservatismo y lo alejó de las urnas. El liberalismo no irá a la revuelta mientras tenga esperanzas de reconquistar el poder. Cuando se convenza de que esto es imposible, sí será un evidente peligro para la paz pública, porque planteará la lucha en el terreno de la fuerza».

«Tiene razón —me respondió Turbay— mientras tengamos esperanzas habrá paz porque la efectividad del derecho es la paz; pero hay corrientes subterráneas que están preparando al pueblo para la revolución social, y eso es lo que vendrá si ustedes se afirman en el poder».

Y como yo sabía que Gaitán era enemigo de la violencia colectiva, que con fervor y a veces hasta con cólera, defendía la estabilidad del orden, el argumento del doctor Gómez tomaba mayor fuerza en mí, y se robustecía por la consideración de que el liberalismo se sentía seguro de la reconquista. Y llegué a pensar: «En verdad no hay nada, no pasará nada».

Anónimos y denuncias

Pero evocaba las declaraciones de Turbay sobre corrientes subterráneas y la posibilidad de la revolución social; recordaba que al *Tiempo* le había llegado un informe anónimo sobre la existencia de un plan de revuelta y de crimen para eliminar a los más destacados jefes políticos de los dos partidos, y concatenaba todos estos indicios con los informes que me llegaban de todo el país y con la coincidencia de que en el último plan terrorista que me había sido denunciado

también se contemplaba la eliminación de jefes políticos como Laureano Gómez y Alberto Lleras Camargo. La lucha de los contrarios tuvo plena vigencia en mi mente y mi convicción se columpiaba entre el «no hay nada» y el «algo hay».

Pero llovían las denuncias. Numerosos políticos liberales de distintos lugares del país figuraban en ellas, como Alberto Barrios, Julio Galofre, Uribe Márquez, Ordóñez Quintero, los Castro Martínez (no Joaquín), Camacho Gamba, y muchos otros conocidos y anónimos, como un Andrade de Boyacá, Phillis y Tarazona, del ejército, Grimaldo, Arce, San Miguel, de la policía.

El doctor Julio Ortiz Márquez intentaba, y tal vez lo logró, establecer un activo espionaje en la Prefectura de Seguridad; la Contraloría General creaba dificultades para el decomiso de armas, obligando a su entrega inmediata al Ministerio de Guerra, lo que estorbaba y desarticulaba las investigaciones; la partida de gastos reservados para el detectivismo no se pagaba; el propio Ministro de Gobierno me pidió amistosamente abstenerme de ordenar o practicar rondas, y se ordenó el retiro de los retenes de detectives que en las afueras de la ciudad venían cumpliendo una saludable y efectiva labor de desarme.

La Embajada Rusa

En los días inmediatamente anteriores al nueve de abril, los vecinos de la Embajada rusa notaron un extraño y desacostumbrado movimiento en ésta; por la parte de atrás de la casa salían personas, al parecer de la misma Embajada, portando paquetes de diversos tamaños, que eran conducidos en una camioneta por la carretera de circunvalación hacia el sur; ese movimiento continuó los días 9, 10 y 11 de abril. Aparte de esto, vecinos de la Embajada, de gran respetabilidad, tomaron nota del retiro de las antenas dirigidas que desde hacía largo tiempo venían instaladas en el solar del edificio de la Embajada. Los paquetes de que he hecho men-

ción también eran conducidos a una casa situada en alguna de las calles adyacentes a la Embajada, y los vecinos de ella presenciaron por esos mismos días que los rusos que la habitaban hacían frecuentes ensayos de máscaras contra el gas. Como esta casa no era residencia de embajadores ni gozaba de fuero o extraterritorialidad diplomáticos, se ordenó una ronda; se encontró gran cantidad de propaganda y censos comunistas; a más de direcciones de dirigentes y simpatizantes, propaganda contra los Estados Unidos y diversidad de papeles cuya copiosidad impidió su estudio. Todo fue conducido al Ministerio de Guerra, y entiendo que el Gobierno ordenó su devolución a la Embajada rusa.

CAPITULO XIV

EL GOBIERNO DE ACCION DEMOCRATICA

Traslado de archivos

Algunas semanas antes del nueve de abril se recibieron informes fidedignos según los cuales la Embajada rusa había retirado sus archivos, o parte de ellos, enviándolos a Venezuela. Nada se podía hacer sobre el particular, pero sí resultaba bastante sospechoso ese retiro que se prestaba a dos interpretaciones: o el Embajador ruso no tenía confianza en las garantías que pudiera prestarle el Gobierno colombiano, o tenía serios fundamentos para creer en una futura revuelta en Colombia y quería poner en seguridad sus documentos esenciales. Pero ¿por qué buscó a Venezuela como depositaria de su confianza?

El nueve de abril permite una deducción: El Gobierno de Venezuela venía propiciando solapadamente actos de revuelta en Colombia y había ofrecido ayuda a una posible revolución en este país, como lo veremos luégo. La Embajada rusa indudablemente tenía conocimiento de la organización revolucionaria que se venía adelantando en nuestra Patria y no descartaba la posibilidad de un fracaso como no pueden descartarla los revolucionarios experimentados. La reacción de los conservadores o de las autoridades podía provocar rondas o asaltos a sus dependencias y la captura de papeles importantes y reveladores. Como el Gobierno venezolano era favorable a la revolución en Colombia, era Venezuela, por consiguiente, el país más seguro para resguardar las pruebas de la participación rusa en la preparación del golpe revolucionario en Colombia. Si triunfaba la revuelta, los elementos comprometedores de los revolucionarios para influir sobre éstos por la amenaza de su publicación, quedaban seguros y a la mano. Es una interpretación.

La prensa dio cuenta de ese sugestivo traslado de archivos, y la Embajada se apresuró a rectificar, anunciando era la verdad. Pudimos entonces tomar las valijas, pero no era indicado ni legal hacerlo, y nos limitamos a comprobar el hecho.

Emisarios técnicos

En esos mismos días viajaron algunos dirigentes pueblerinos liberales de Santander del Sur a comprar armas y contratar una persona entendida en química para la elaboración de explosivos. Se pusieron al habla con un inquieto liberal y le hicieron la propuesta. Este aceptó en principio; pocos días después le manifestaron que ya no necesitaban de sus servicios porque tenían ayuda del gobierno de Venezuela y habían conseguido un técnico extranjero en forma gratuita. Perseguidos por el detectivismo, lograron escapar, pero se les cogieron algunas armas, aquí y en Santander.

Es incuestionable que el señor Betancourt y el Gobierno de Venezuela colaboraban con los revoltosos de Colombia y mantuvieron permanente contacto con Antonio García, Luis B. Ortiz y otros elementos de izquierda. Casi todos los comunistas extranjeros que vinieron al país por aquellos tiempos, arribaron primero a Venezuela.

Los comunistas cubanos Del Pino y Castro estuvieron primero en Venezuela y de allí trajeron efusivas recomendaciones de Betancourt. Ocampo también estuvo primero en Caracas y trajo una apreciable suma para los huelguistas de Colombia. La C.T.C., a mediados de febrero, envió dos delegados suyos a Venezuela.

Y a propósito de la C.T.C. sería muy interesante que los trabajadores averiguaran en qué invirtió el señor Carvajalino las repetidas y abundantes cantidades de dinero que en febrero del 48 le suministrara la C.T.C., por qué fue retirado Troya de la tesorería, por qué la C.T.C. se opuso lloronamente a la exigencia de Troya de que un delegado del Ministerio

del Trabajo presenciara la entrega de la Tesorería de la institución, y en qué se gastaron los fondos para los presos llamados políticos y los recaudados para pagar la multa de Pareja.

Proyectos de invasión

Volvamos a Venezuela. El liberalismo no hacía un misterio de la prometida y prestada ayuda venezolana. Un caballero liberal, ex-oficial del Ejército y gaitanista sincero, criticaba un día la pasividad del Gobierno colombiano, y me esbozó un plan estratégico de defensa en que estaba incluida una invasión venezolana. Al interrogarlo sobre este aspecto, me aseguró que el Gobierno venezolano había prometido a insospechables dirigentes liberales, prestar ayuda en armas y hombres a cualquier intento de revolución liberal en Colombia.

Se recordará que el señor Betancourt no viajó en avión a Colombia cuando la Conferencia Panamericana, sino que lo hizo por tierra gastando varios días de Cúcuta a Bogotá. Durante todo el trayecto se entendió únicamente con los más cesatados elementos liberales de las poblaciones que visitó. Se le preparó una gran manifestación liberal en Bogotá, que no se llevó a cabo según el programa, precisamente porque se demoró más de lo previsto en su correría. ¿Simpatías o afinidades ideológicas? Puede ser, pero en todo caso, tales coincidencias resultan bastante sugestivas a la luz de los hechos execrables del nueve de abril. En la Flota Gran Colombiana también se trajeron de Venezuela grandes cantidades de cartuchos, según las reiteradas denuncias recibidas.

Explicación infantil

Provenientes de los arsenales del gobierno de Acción Democrática, se introdujeron al país grandes cantidades de armamento destinadas a los liberales de Colombia. El Gobierno venezolano supo que el hecho había llegado al conocimiento de las autoridades y, curándose en salud como se dice, ensa-

yó una explicación infantil, porque era una confesión: En nota dirigida al Gobierno y a la Dirección de la Policía declaró que de los parques oficiales de Venezuela se habían extraviado numerosas armas y que, como le habían llegado informes de que las autoridades colombianas habían capturado armas con el escudo de Venezuela a revoltosos liberales de Norte de Santander, para evitar pudiera pensarse que aquel Gobierno estaba armando a los sediciosos de Colombia, daba la explicación dicha y remitía la lista de las armas perdidas. En efecto, acompañó una larga lista de ametralladoras, pistolas ametralladoras, fusiles y revólveres, con especificación de números, marcas, calibres y otras características. A dos altos oficiales del Ejército suministré los datos concretos de los lugares en que se hallaban los depósitos de armas venezolanas y de otros orígenes en los Santanderes.

La Voz del pueblo

El señor Jaime Quijano Caballero es indudablemente un agente o por lo menos un activo simpatizante del comunismo ruso como parece lo fue del nazismo alemán. En su casa de Chapinero fue hallada, después del nueve de abril, una potente radio-emisora, con la diciente casualidad de que una vez capturada por el detectivismo enmudeció definitivamente «La Voz del pueblo». El señor Quijano mantenía estrechas relaciones con conocidos agentes izquierdistas venezolanos y rusos y a esta circunstancia se debió el descubrimiento de la estación. Otra casualidad: su vecindad a la Embajada rusa y la presencia en la casa de Quijano de personas extranjeras, de suyo sospechosas para la policía. La noche de la captura noté una rara parcialidad de dos agentes del Ministerio de Guerra que se oponían al decomiso.

Política y patriotismo

Las vinculaciones entre el Gobierno de Venezuela y los liberales de Colombia se destacan al recordar un incidente

demostrativo de los excesos a que conduce la pasión política. Con el fin de investigar la realidad de la situación de Norte de Santander y recoger en sus propias fuentes los datos y estadísticas de víctimas, emigrados, perseguidos, etc., para con pleno conocimiento buscar soluciones prácticas a tan aberrante situación y acudir en ayuda de las verdaderas víctimas, se despachó una numerosa comisión de detectives a los distintos municipios de aquel departamento flagelados por la pasión política. No se sabe cómo logró la prensa liberal, aunque sí se supone, obtener los nombres y categorías de los agentes despachados. Lo único que no pudieron averiguar fue el destino de aquellas comisiones, pero como los pasajes se contrataron para Cúcuta, supusieron o inventaron que se les enviaba a Venezuela, y con el propósito de crearle dificultades al Gobierno o de alertar al de ése, publicaron la leyenda con inaudito escándalo, sugiriendo que se trataba de vigilar actividades de los funcionarios o políticos de la vecina república. De nada sirvieron las rectificaciones, y el tema se explotó largamente.

Ante tan inaudito proceder ocurre una reflexión. Supongamos que el Gobierno colombiano, por dificultades de orden externo, hubiera considerado necesario destacar un grupo de servicio de inteligencia al país hermano. ¿Se conformaba con las más elementales nociones del patriotismo y aún de la caridad cristiana, que colombianos de alta posición política denunciaran el hecho con expresión de los nombres, placas y biografías sintéticas de los comisionados?

Si peligros para la Patria llevaban al Gobierno nacional a tomar aquella medida, ¿era lícito a colombianos patriotas revelar públicamente y con todos sus pormenores la determinación preventiva y vigilante del gobierno de su Patria? En manera alguna. Y como yo estoy seguro del patriotismo de nuestros periodistas como lo estoy de los graves percances que una denuncia de tal naturaleza puede producir para el país, y como pienso que a los periodistas no podía ocultarse

la tremenda gravedad internacional de sus revelaciones, me parece que lógica y humanamente su actitud solo tiene una explicación: los intereses partidistas.

A nadie podía ocultarse que el envío de agentes secretos a un país vecino sin conocimiento del Gobierno de éste, necesariamente debía consultar trascendentales conveniencias y necesidades de la Patria. Denunciar esa medida era pecar gravemente contra el patriotismo a no ser que existiera comunidad de intereses entre los denunciadores y los presuntos vigilados y que razones reservadas dieran la certidumbre a los primeros de que no estaban en juego intereses nacionales sino los suyos propios. Desde el punto de vista patriótico, la denuncia no tiene justificación; pero desde el punto de vista político se explica suficientemente: El gobierno de Acción Democrática estimulaba y prestaba apoyo material y moral a los presuntos sediciosos liberales de Colombia, por lo cual se dedujo que las comisiones de detectives colombianos se despachaban con el objeto de aclarar esas actividades extranjeras en la política colombiana, lo que no convenía al liberalismo nacional. Y por eso, para hacer fracasar la misión de los detectives, se denunció el hecho. El dilema es de una claridad deslumbradora: o hubo móviles eminentemente políticos o se traicionó a la Patria. Escojan los periodistas liberales que hicieron las revelaciones mencionadas la calificación que mejor les parezca y cuadre. Yo me inclino a creer que esa revelación se hizo en guarda de los intereses revolucionarios de una gran fracción del liberalismo que mantenía entendimientos con el gobierno de Acción Democrática. Para salvar los prospectos subversivos de esa fracción liberal y la ayuda ofrecida y prestada por el gobierno venezolano, se jugó una carta en extremo peligrosa para el país. ¿Pero acaso no se sabía con anticipación de un proyecto de invasión venezolana para el momento en que estallara la revuelta en Colombia?

El tríptico de la revuelta

Pero hay más: Las conexiones entre el Gobierno venezolano, la Embajada rusa y los revoltosos de Colombia venían de muy atrás. No resisto al deseo, aunque mi propósito era no publicar documentos, de insertar aquí un informe rendido por mis agentes a fines del 47. Dice así:

«Con el objeto de relieves la concatenación de hechos, hago mención de ocurrencias pasadas, a las que no se dio la importancia que tuvieron pero que ahora resalta de manera innegable. Antes de las elecciones del 5 de mayo de 1946, un grupo de políticos formado por (callo los nombres) celebraron algunas reuniones en la casa número 6-41 de la calle 67, para tratar la manera de evitar que el poder pasara a manos del partido conservador, y acordaron constituirse en grupo subversivo y hacer cabeza de la subversión, llegado el momento, al doctor (también callo el nombre) Rápidamente avanzaron los planes de estos señores, y no tardaron en agregarse varios dirigentes de las fuerzas de la izquierda comunista, como (sigo callando nombres) y entre el personal militar los señores (aquí los nombres de varios jefes y oficiales retirados y en servicio) y entre los antiguos oficiales de la policía retirados a raíz de la reorganización impuesta por la muerte de Mamatoco, figuran varios encabezados por (aquí el nombre).

El individuo de mayor peligrosidad entre este grupo, es el doctor Antonio García, quien fue el alma y nervio de la revolución que derrocó en octubre de 1945 al gobierno del general Medina Angarita en Venezuela. La actuación de este señor en los acontecimientos de la vecina república revistió tal importancia que fue él quien puso en contacto aquí en Bogotá a Rómulo Betancourt y al Ministro de Rusia en Colombia, y, después de conseguido el apoyo de esta Legación, marchó a Venezuela a organizar la revuelta de acuerdo con varios militares que más tarde fueron engañados por Betancourt y compañeros. Muchos de estos militares traicionados son hoy conspiradores y otros se encuentran en las cárceles. Diez días antes de que estallara el golpe revolucionario fue comunicado por el doctor Antonio García aquí en Bogotá a varios amigos suyos lo que sucedería en Venezuela; el estallido del cuartelazo lo cogió en Maracaibo en compañía de Betancourt y luego ayudó a organizar el nuevo gobierno en Caracas, especialmente en el aspecto económico. Después de que estuvo organizado el nuevo Gobierno, regresó a Colombia, pero con frecuencia verifica viajes especialmente llamado por Betancourt. En el mes de marzo del presente año ayudó a solucionar una crisis de gabinete que se presentó en Caracas; pero no solamente hizo esto, sino que

estuvo solicitando apoyo económico y material de Betancourt para hacer la revolución en Colombia y derrocar al actual Gobierno. Es de anotar que el señor García consigue con el Gobierno de Betancourt, a quien le confecciona y envía algunos de los discursos que Betancourt pronuncia, todo lo que necesita porque es el verdadero gobernante de Venezuela. El contrabando de armas y municiones que se viene efectuando por el Norte de Santander es obra exclusiva de este gran agitador sindical, de filiación política socialista pero en realidad perfecto comunista, de poderosa inteligencia, de gran mística revolucionaria, de gran prestigio entre los estudiantes de la Universidad, porque es decano de la Facultad de Ciencias Económicas.

En este viaje, que como dije se realizó en el mes de marzo, el señor García aprovechó la oportunidad para dictar 18 conferencias en varias poblaciones y ciudades de Venezuela, de propaganda al Gobierno de Betancourt. En la última semana de mayo hizo otra visita a Venezuela, y al regresar el día seis de julio, viernes, dictó una conferencia en el Teatro Municipal de Bogotá para explicar el alcance y las realizaciones del nuevo Gobierno. Fue una conferencia muy aplaudida, pues en verdad tuvo muy buena presentación, con un léxico muy rico y lleno de tecnicismos en lo referente a cuestiones revolucionarias y económicas, pero se apartó en muchas ocasiones del temario que llevaba escrito para hacer muy hábiles sugerencias, y recalzó que el fundamento de toda revuelta estribaba en la preparación del pueblo para la lucha en la calle, comenzando por armarse todos individualmente. En esta oportunidad fue muy aplaudido por el auditorio, que en su mayor parte estaba compuesto de rojos españoles, de estudiantes venezolanos y de izquierdistas de Colombia. El señor García ha venido agitando últimamente la idea del golpe revolucionario en Colombia en combinación con la Legación rusa y con el natural apoyo del Gobierno de Venezuela y los rojos españoles; y se sabe que acaba de efectuar otro viaje a Caracas. La idea es la de aprovechar el viaje que el doctor Ospina piensa realizar al Perú y al Ecuador para dar el golpe en Colombia, con la ayuda venezolana en armas y dinero que ya tiene conseguidos. Se han vuelto a efectuar reuniones en la misma casa de la calle 67 número 6-41, y en la propia casa de García. Se han estado introduciendo armas, no solamente por la vía de Cúcuta, sino por las aduanas del Atlántico para lo cual cuentan con la cooperación de los empleados del ramo de Aduanas nacionales. . . . En los Laboratorios Ibero de esta ciudad, que pertenecen a varios rojos españoles se han estado fabricando bombas explosivas. Es muy notorio y significativo que en los últimos días se hayan dictado conferencias en los centros obreros y sindicales, en los diferentes barrios de Bogotá por varios comunistas colombianos y extranjeros sobre la manera como se desarrollaron las revoluciones de Boli-

via y Venezuela; se les ha llegado a decir que deben permanecer alerta para actuar de un momento a otro. Estas conferencias se han dictado en Bogotá, Barranquilla, Barrancabermeja, Cartagena, Cali y Cúcuta. . . . ».

El nueve de abril un elemento de extrema izquierda venezolana se puso al habla con varios dirigentes liberales y en nombre de la Embajada del hermano país les ofreció el apoyo del Gobierno de Venezuela a la revolución, previas determinadas condiciones. Entiendo que los dirigentes liberales no rechazaron de plano la propuesta aunque aplazaron diplomática o patrióticamente su aceptación. Ese mismo individuo estuvo impartiendo instrucciones escritas a algunos de los revoltosos, instrucciones que recogió una vez el movimiento había fracasado.

El coronel Miguel Arvedere, funcionario de la Embajada durante el período de organización de la A.P.U., organismo revolucionario de que luego hablaré, mantuvo permanentes conexiones con sus dirigentes, y desarrolló una intensa labor de atracción entre los soldados de Colombia. El significado de estas conexiones se comprenderá mejor cuando en páginas posteriores se conozcan las finalidades de la A.P.U.

CAPITULO XV

FOCOS DE SUBVERSION ACTUAL

Tranquilidad ficticia

Pudiera pensarse que después de la dolorosa lección del nueve de abril y del afianzamiento de la Unión Nacional el país ha tomado francas y definitivas rutas de tranquilidad, de orden y de paz, y que los agitadores hubieran perdido su ascendiente sobre las multitudes ingenuas y atolondradas. Las grandes pérdidas materiales y morales que sufrió el país, la mengua en su prestigio internacional, el rotundo fracaso de los sediciosos, la cobardía de los dirigentes, imponían horas de reflexión, de arrepentimiento, de análisis, de cordura, y el enrutamiento de nuestra acción por auténticas sendas de restauración y de orden.

El Gobierno ha hecho lo indecible por lograr estos lógicos y necesarios objetivos; las zonas directivas de los partidos han tratado de pactar el entendimiento y la reconciliación; pero nadie cree en nadie, la Unión Nacional es completamente impopular, no hay comunidad de orientaciones en el Gobierno, la celada recíproca es una característica, los conservadores no nos sentimos bien y los liberales se sienten mal, y los focos de subversión subsisten y se multiplican, ante la indiferencia e incredulidad colectivas.

El espontáneo y copioso rechazo que recibieron los delincuentes del nueve de abril se debilitó por el surgimiento de un noble y generoso anhelo de perdón y de olvido, y luego se extinguió en un proceso de gradaciones mentales y sentimentales que comenzó por considerar a esos delincuentes como extraviados ingenuos y terminó por declararlos héroes y próceres de un partido que negaba ruborosamente su participación en los sucesos del nueve de abril.

Los nuevos planes

En la sombra se continuó desarrollando y perfeccionando los viejos y fracasados planes de revuelta. El señor Víctor Julio Silva se vio obligado a explicar ante el plenum ampliado de la C.T.C. por qué sin autoridad y tomándose el nombre de ella ordenó después del nueve el levantamiento del paro general, y su actitud fue la de un acusado cogido en delito *in fraganti*. Explicó que no había sido él sino el Directorio Liberal quien había ordenado la cesación del paro; que unos sindicatos habían obedecido y otros no; que sus compañeros no habían concurrido a la sesión; que él no tuvo la culpa en el levantamiento del paro porque se había encontrado ante una situación de hecho. Y así un acto que ha debido ser presentado como motivo de orgullo por las directivas sindicales, porque con él se demostraba patriotismo y se había prestado un eficaz concurso a la tranquilidad pública, se trocó en el Plenum en acto censurable y vergonzoso.

La C.T.C. subversiva

La C.T.C., apenas pudo reunirse se entregó de lleno a actividades subversivas: reanudó sus inteligencias con Lombardo Toledano y con el señor Francisco Erechandieta; procuró la unión entre Vieira y Durán, que fracasó porque los delegados de Vieira, señores Pedro J. Abella, Carlos A. Aguirre y Filiberto Barreto rechazaron las proposiciones de los delegados de Durán, señores Jesús Villegas, Ignacio Bejarano y Uriel Salas. Este fracaso tuvo repercusiones definitivas sobre el nuevo golpe subversivo que para el mes de julio preparaba la C.T.C., y provocó su aplazamiento para el siete de agosto. Tampoco en esta fecha se pudo llevar a efecto, porque con motivo de la designación hecha por la C.T.C. en el señor Durán para organizar y dirigir a los estudiantes de izquierda, éstos proclamaron su autonomía, y el señor Vieira se enfrentó airadamente a la C.T.C., declarándola responsable de

los fracasos de la revolución y anunciando su propósito de sabotear todo movimiento tendiente a exponer al pueblo a una nueva matanza, ya que las órdenes contradictorias de la C.T.C. y la participación de un traidor como Durán venían anarquizando a las masas.

Se aplazan los planes

La C.T.C. resolvió entonces desistir de sus planes y continuar la organización de las masas para una nueva oportunidad, pues aparte de los factores anteriores, la elección de candidato a Contralor y las divisiones por ella provocadas en las filas liberales contribuyeron a aumentar el desconcierto y desilusión de éstas.

La C.T.C. consideró entonces indispensable dar una explicación al liberalismo y a los trabajadores sobre el nuevo aplazamiento del golpe, y envió un Manifiesto a los sindicatos, en el que, entre otras cosas, se decía:

«La colaboración dada a un gobierno tambaleante y desprestigiado solo ha servido para afianzar a ese Gobierno en el poder y para que éste y sus hombres recrudescan cada día con mayor violencia sus sistemas sectarios de persecución, de represalias, de atropello, de violación de la Constitución y de las leyes, de afrenta a la democracia y a las libertades populares y para *acallar la voz de protesta del pueblo*, en cuyo seno la desesperación y la tragedia de la situación a que se le tiene sometido, *están incubando un germen de odio y de rencor más intenso y más justo* que el existente hasta el oscuro día en que el pueblo vio caer al paladín y mártir que más exactamente estaba interpretando sus anhelos de superación y de liberación». «La alianza de las oligarquías y de la reacción ha continuado y continúa fustigando al pueblo... la actual Unión Nacional solo parece representar intereses de clase y de partido, o lo que es lo mismo, un gobierno de las clases económicamente fuertes, en lucha abierta contra la inmensa mayoría del pueblo... En estas condiciones el pueblo trabajador de Colombia debe oponerse franca y valerosamente a *la continuación del actual gobierno de Unión Nacional*... Los trabajadores en todo el país hemos dado todo el valioso aporte que se pedía para el restablecimiento completo de la normalidad nacional, pero hemos sido defraudados y por lo tanto no es posible que el movimiento obrero *continúe defendiendo un orden* que solo se presta para hacer más dolo-

rosas sus condiciones de vida y más aguda la persecución contra postulados, hombres y sistemas que interpretan su voluntad, su pensamiento y sus necesidades».

«En consecuencia, corresponde al movimiento obrero y en especial a sus entidades directivas, adelantar una profunda campaña democrática (siempre la palabra democracia amparando perniciosos empeños) tendiente a *la eliminación* de la actual política de Unión Nacional, y a que todas las fuerzas democráticas y progresistas del país una vez rota la actual absurda y desigual colaboración, formen un solo frente de lucha contra el Gobierno de tipo reaccionario que preside el señor Ospina Pérez».

Se censuraba, pues duramente a los Jefes liberales que pactaron la Unión Nacional, «alianza de las oligarquías y de la reacción»; se invitaba a un nuevo golpe más intenso y «más justo que el del nueve de abril», y se explicaba tácitamente que no se podía dar ese nuevo golpe mientras continuara la Unión Nacional, la colaboración liberal a un gobierno «tambaleante y desprestigiado».

Se ordena otro nueve de abril

Y más adelante se decía: «... la *justa y necesaria* reacción popular vuelva a desbordarse en forma incontenible sobre el territorio nacional, en forma cuyas consecuencias sería difícil conocer desde ahora. *Para ese caso* el movimiento independiente de los trabajadores, en estrecha, franca y sincera alianza con todas las demás capas progresistas y democráticas, *debe prepararse debidamente desde ahora*, de manera práctica que logre canalizar, que pueda encauzar la reacción del pueblo... *Criminal y monstruoso sería que las masas afrontaran desprevenida e impreparadamente* (esto iba dirigido contra los impacientes que querían que el golpe se diera inmediatamente) *otra situación semejante a la del nueve de abril*...».

El Plenum subversivo

En el Plenum ampliado de la C.T.C. se acogieron las sugerencias del anterior manifiesto y se dispuso además la pro-

paganda contra el Ejército y la Unión Nacional, «la organización de un sistema especial de comunicaciones, y el estudio de un sistema especial de reuniones obreras que garantice el funcionamiento y comunicación con los diferentes sectores del país *en caso de una situación de emergencia*»; la unión práctica de los campesinos y las organizaciones obreras; la organización de una huelga a escala nacional, dirigida por la Confederación de Trabajadores de Colombia y las directivas Federales; la exigencia a «todos los integrantes de la Confederación de Trabajadores de Colombia, y muy especialmente a los miembros de su Secretariado de *extralimitar el ejercicio de sus obligaciones sindicales conforme lo exigen las graves circunstancias* porque atraviesa el pueblo colombiano»; a luchar de modo consciente y beligerante por el movimiento latinoamericano de la C.T.A.L. y de la F.S.M., contra el imperialismo yanqui y contra la política «del garrote, realizada por el presidente Truman, que es uno de los representantes más consecuentes con los grandes trusts capitalistas que tienden a dominar económica, política y militarmente a los países de la América Latina». Se confesó y elogió la participación de la C.T.C. en el nueve de abril, con la siguiente declaración: «Esa luctuosa fecha, pese a la forma como el pueblo reaccionó instintivamente, representa una lección histórica para las *nuevas acciones que deberá acometer el pueblo colombiano en forma consciente y organizada*».

La C.T.C. y la huelga del nueve

Sobre la huelga general decretada por la C.T.C. el Plenum se expresa así:

«Los ferrocarriles dejaron de rodar, las fábricas se vieron vacías, las minas paralizadas; los campesinos y los indígenas de Colombia marcharon en apretadas manifestaciones a los pueblos a fraternizar con los obreros y demócratas; los obreros del petróleo tomaron bajo su custodia todos los centros petroleros del país y realizaron completa cesación de actividades en el trabajo; las oficinas se vieron sin empleados; los choferes guardaron sus vehículos y todo en Colombia se paralizó, con la *mira de*

conseguir que el gobierno de Ospina Pérez se retirara del poder». «Desgraciadamente la acción directiva de los conductores del pueblo fue esporádica y vacilante y por lo tanto ineficaz. Quienes sí pensaron en el porvenir de la Patria y de los colombianos, quienes sí se lanzaron al desigual combate por obtener el predominio de la democracia y de la libertad, quienes sí se dieron cuenta exacta de los deberes que exigía esa hora histórica y se lanzaron valientemente a la lucha fueron barridos por la lengua asesina del fuego de los fusiles oficiales. . . . La conducta del Ejército fue desleal para con el pueblo».

Advierto que la C.T.C. reclama en su informe al Plenum, para sí como artífice, todos los tonos de este panorama ejemplar.

Organizando la sedición

¿Se quieren mayores pruebas de la acción francamente subversiva de la C.T.C.? Pues vamos a darlas. Miremos primero cómo pinta el panorama nacional y la acción del Gobierno. Invita primero a la formación de un nuevo partido político en la siguiente forma:

Un panorama sombrío

«Las masas trabajadoras deben contar con el valioso instrumento de sus organizaciones sindicales, al rededor de las cuales debe aglutinarse su pensamiento, sus anhelos y su esfuerzo conjunto, y compete a esas organizaciones sindicales y a sus cuerpos directivos trazar las orientaciones políticas que mejor convengan a la nación. . . . Precisamente, cada día debe ser mayor la participación directa del pueblo en lo que con certeza se denomina política nacional. . . . Pero entiéndase bien claro que la actividad sindical en este aspecto no estará jamás subordinada a los intereses políticos de partido». Y luégo añade: «Con él (el estado de sitio) solamente se están beneficiando los conspiradores y los grupos reaccionarios para armarse y atentar contra el pueblo. El estado de sitio no tiene hoy propósito distinto que el de amordazar al pueblo para que no exprese su inconformidad con la acción oficial. Para impedir al pueblo el uso de sus libertades. . . . El estado de sitio se está prestando exclusivamente para saquear al pueblo con destino a mantener un pie de fuerza sobre cuyas bayonetas pueda afianzarse un régimen impopular y desprestigiado. . . . Los trabajadores no entendemos como benéfica para el país la Unión Nacional en la forma como se está practican-

do, porque en la mayoría de las actividades del Estado ha primado un criterio reaccionario. Bajo este régimen se han intensificado los despidos de trabajadores oficiales y particulares, se han aumentado los impuestos a las clases populares; se ha desatado la persecución contra los dirigentes sindicales; se ha estimulado e impuesto la prisión y la retaliación políticas; se ha atentado contra conquistas específicas de la democracia y el pueblo como aconteció con los decretos de la radiodifusión y el Código de Procedimiento del Trabajo. Se ha instaurado la regresión a la hegemonía... La Unión Nacional se ha practicado con imposición del sacrificio de las libertades e intereses del pueblo... Por esto y porque no entendemos la Unión Nacional con ministros como los señores Andrade, Dávila Tello y Sourdís, agentes del desempleo y de la persecución a los organismos sindicales y a las libertades sindicales y democráticas es por lo que rechazamos la Unión Nacional que se brinda como panacea para curar los dolores del pueblo colombiano, pero que únicamente está sirviendo para afianzar en el poder un régimen de oprobio y de vergüenza, para asegurar el predominio de todas las oligarquías en perjuicio del pueblo y para hacer invivible e insoportable la existencia de los colombianos».

Ante este tétrico paisaje el hombre desprevenido se indigna, se rebela y se pregunta: ¿Pero qué están haciendo los ministros y funcionarios liberales, que son la mayoría en el Gobierno?

Preparado con estos trágicos coloridos el ánimo popular para la nueva revuelta, la C.T.C. se entrega de lleno a la organización de aquélla.

No solamente a auspiciar y fomentar huelgas en el país y provocarlas y apoyarlas en el Ecuador, labor que podría considerarse como una de sus naturales funciones, sino que establece contactos con grupos políticos de índole subversiva aunque un tanto desarticulados y anárquicos. Acatando las inspiraciones de la Federación Mundial de Juventudes Democráticas, inicia la organización de una fuerza universitaria de extrema izquierda, y en asocio con elementos izquierdistas venezolanos y con el señor Arvedere, le marcan sus orientaciones y le señalan su acción; el Fondo de Solidaridad creado durante el mes de enero del año 48, se diluye en actividades no propiamente obreras; se elaboran los estatutos de la organización izquierdista juvenil; se conviene la in-

filtración en el ejército, la organización revolucionaria del campesinado; se pregunta a Venezuela cuándo llegarán los delegados; se conferencia con los comunistas mexicanos Jesús Chiñas y Manuel Fernández; se recibe la visita de los comunistas Gil Gilber, ecuatoriano, y Morera; se entablan relaciones de correspondencia con el conocido agitador venezolano Jesús Farías, con Francisco Granda, Digno Manuel Ramírez C., Eulogio M. Ibáñez y otros comunistas internacionales; se aplaza el Congreso petrolero que debía celebrarse en Cartagena en junio; el Gobierno de Venezuela que inicialmente simpatizaba con la reunión en aquel país del Primer Congreso de Trabajadores Petroleros de América Latina decretado en Cali, alarmado por la experiencia del nueve de abril y la situación interna de Colombia, resuelve a última hora retirar el permiso concedido, por lo cual la instalación se aplaza y se realiza más tarde en Tampico, con asistencia de solo tres delegados de la C.T.C., financiados por la C.T.A.L. porque los demás sindicatos se negaron a enviar los suyos.

Pugnas internas

El plan no marchaba: pugnas internas en la C.T.C., pugnas en el comunismo, pugnas entre los diversos grupos revoltosos liberales, imposibilitaban su ejecución. Pero la C.T.C. no desmaya: procura incorporar a los ferroviarios, a los choferes, a los trabajadores de las carreteras y de las aduanas, de la desarticulada Undescom, de la Construcción, de Bavaria, de los ingenios azucareros, a los empleados bancarios, a los de Medellín, en la nueva huelga de petroleros; dicta la resolución número 15, por medio de la cual ordena a los sindicatos y trabajadores del país prestar todo su apoyo y concurso a las labores revolucionarias de la A.P.U. La revolución de Venezuela los desconcierta; los izquierdistas y agitadores venezolanos que venían trabajando intensamente en la propaganda clandestina y organización del plan, se amilanan y aquietan. La C.T.C. es tozuda y convoca a un nuevo plenum pa-

ra el 28 de enero del 49 a fin de nombrar nuevas directivas, unificar su acción y resolver sobre la situación política del obrerismo nacional. Antes de esto, en octubre, reúne el Plenum de la Federación Nacional Campesina e indígena, en donde se toman las medidas de que se hablará luego, en desarrollo de órdenes del Plenum ampliado de la C.T.C. (y que constituyen el último plan subversivo a que está abocado el país), que debía celebrarse a mediados de abril del 48, pero que, acaso por el fracaso del nueve, solo vino a efectuarse en agosto del mismo año. Antes de enunciar las finalidades y propósitos de la A.P.U. y de la Federación Nacional Campesina, considero oportuno hablar sobre el Plenum Comunista reunido del 10 al 20 de noviembre del 48, porque en sus resultados se destaca la concomitancia de todos los factores de desorden en un objetivo común.

Plenum Comunista

En este Plenum presidido por Gilberto Vieira, Jaime Barrios y Filiberto Barreto «se tomaron determinaciones específicas sobre lo siguiente: Difusión doctrinaria y penetración general mediante un control absoluto de la C.T.C. incluyendo la creación de células en centros urbanos y rurales y dentro de los cuerpos militares. Para este efecto, los esfuerzos del partido deben encaminarse a los siguientes fines:

Lucha tendiente a anular la acción de los sindicatos católicos que dirige la U.T.C.;

Exaltación del espíritu revolucionario en la masa sindicalista del país y sabotaje a la actuación de los ministerios de trabajo y obras públicas; procurar mantener la unidad dentro de las diferentes federaciones y entidades sindicales del país.

Infiltración en el Ejército

La campaña de penetración en las fuerzas militares debe basarse en los siguientes puntos: hacerle comprender al sol-

dado que es miembro de la masa obrera y campesina; creación del descontento en la tropa y suboficialidad, haciéndoles ver las precarias condiciones de vida en que los mantiene el Gobierno; procurar el desconocimiento por parte del soldado de las órdenes recibidas de sus superiores en cuanto se trate de actuar frente a movimientos populares, por la razón ya anotada de que el soldado es parte de la masa. Difusión de las doctrinas marxistas, y preparación del personal docente mediante cursos de capacitación, además del empleo de impresos del Manifiesto comunista y toda clase de propaganda oral y escrita.

Trabajar por lograr la actuación armónica entre la masa obrera y el proletariado rural.

Alianza con el gaitanismo

Alianza transitoria con el gaitanismo y la compenetración con cada una de las corrientes de este movimiento; intensificación de la lucha contra el estado de sitio para facilitar la lucha contra el gobierno dentro de un medio menos hostil; provocar disturbios callejeros que impongan la intervención del Ejército para por este medio levantar la mística del pueblo y presentar al Gobierno como tiránico ante la opinión pública....

.... Evitar por todos los medios la salida o filtración de noticias. Mantener atenta vigilancia sobre elementos extraños que traten de inmiscuirse en las cuestiones internas del partido. No confiar sino en los elementos reconocidos por su lealtad al partido. Lealtad para con los dirigentes inspirada en el amor a la causa. Constante alerta para con el partido comunista obrero que dirige Augusto Durán. Estrechar los vínculos con las organizaciones del partido en otros países y también extremar la vigilancia y defensa de los líderes extranjeros que visiten al país para que no sean molestados por el Gobierno.

La A.P.U.

La penetración en el ejército para destruir su disciplina, la infiltración en el gaitanismo, la toma absoluta de la C.T.C., la unificación de obreros y campesinos, la provocación de disturbios callejeros, el secreto en todo, incuestionablemente tienen fines subversivos. Pues bien, la A.P.U. compuesta por jóvenes izquierdistas nacionales y extranjeros, y auspiciada por la C.T.C., la Federación del Trabajo de Cundinamarca, y la Federación Mundial de Juventudes, contempla en sus estatutos poco más o menos estos mismos puntos, y los siguientes: la conexión y solidaridad con todas las organizaciones revolucionarias del Continente; la revolución agraria; la organización estrictamente revolucionaria del movimiento popular, cursos de capacitación revolucionaria a los sindicatos, a los estudiantes, a los obreros y a los campesinos; formación de dirigentes revolucionarios en estos mismos sectores; propaganda de las tesis marxistas, y, como objetivo inmediato, fundándose en el anhelo insurreccional del pueblo colombiano...., *el derrocamiento del actual gobierno o de cualquier otro de derecha o de coalición oligárquica que se forme.*

Y para demostrar que esa acción «insurreccional» continúa, incluyo a continuación la circular dirigida por la A.P.U. a los sindicatos del país con fecha tres de enero:

«Acción popular universitaria.—Secretaría de Cultura.—Bogotá, enero 3 de 1949.—Estimados compañeros: Por resolución No. 15 de 10 de julio de 1948, la Confederación de Trabajadores de Colombia C.T.C. aprobó «auspiciar la creación de las escuelas sindicales creadas por Acción Popular Universitaria y... recomendar a todos los organismos sindicales prestar a esta empresa universitaria la más franca y cordial acogida, a fin de que dentro de cada sindicato se constituyan los cursos que dichas escuelas se proponen crear». «Los cursos aludidos funcionaron normalmente durante el segundo semestre del año pasado en numerosos sindicatos de Bogotá. Pero como quiera que el interés de Acción Popular Universitaria es ampliar el radio de sus actividades a todos los sindicatos del país y al mayor número de trabajadores, resolvió editar en folletos semanales

de 16 páginas en imprenta, los cursos en mención, que comprenden las siguientes materias: Economía política, Historia del movimiento obrero, Teoría revolucionaria del proletariado, Historia económica y social de Colombia, Problemas nacionales y elementos del Derecho del Trabajo.... La Secretaría de Cultura de Acción Popular Universitaria confía en que esa central sindical sabrá dar a esta iniciativa toda la inmensa importancia que merece; y que por consiguiente adelantará las labores tendientes a colocar el mayor número posible de suscripciones entre los trabajadores... dirección: Alberto Silva, Banco Comercial Antioqueño, oficina 407, Bogotá. (Firmado) José Uriel Zapata, Secretario.

Revolución ad portas

Inocente y altruísta podría parecer esta circular, si no se supiera que en los Estatutos de la A.P.U. se dice textualmente: «La Acción Popular Universitaria (A.P.U.) fundándose en el anhelo insurreccional del pueblo colombiano.... señala como objetivos inmediatos del movimiento revolucionario: a) *El derrocamiento del actual Gobierno o de cualquier otro de derecha o de coalición oligárquica que se forme;* b) La orientación del movimiento popular por las vías de la organización revolucionaria; c) el acercamiento orgánico con los movimientos revolucionarios de América»; y que uno de los medios señalados para lograr estos objetivos son los cursos de capacitación a estudiantes, obreros y campesinos.

En este movimiento tomaron parte como gestores, inicialmente, los siguientes extranjeros venezolanos: El coronel Arvedere, empleado de la Embajada; Francisco Padilla, quien hubo de huir rápidamente a Venezuela, por consejo de Pedro Quilarte, ante el temor de ser capturado por su activa participación en el nueve de abril; Oscar Rodríguez Morandi, Pedro Barbosa, León Leví, Teobaldo Díaz Camero y otros, que no limitaron su acción a la creación de la A.P.U. y cumplimiento de su misión, sino que también dedicaron alguna actividad a la introducción de armas y municiones al país, para lo cual enviaron a Barranquilla y Venezuela a Tito Aponte López y aprovecharon los servicios de Padilla. La C.T.C. co-

noció los objetivos sediciosos de la A.P.U., había colaborado en su redacción, y sin embargo y quizás por ello mismo, dictó la Resolución número 15, que dice:

RESOLUCION No. 15 (Julio 10 de 1948)

La Confederación de Trabajadores de Colombia (C.T.C.),

CONSIDERANDO:

1º—Que se ha constituido el Comando de Acción Popular Universitaria, organismo que tiene como fundamental objetivo contribuir a la capacitación de los trabajadores sindicalizados, a cuyo efecto se propone organizar las «Escuelas Sindicales»;

2º—Que para las luchas del proletariado es de especial importancia la formación de un frente unido de obreros, campesinos y estudiantes;

3º—Que en los actuales momentos en que se avecinan vigorosas batallas del pueblo en defensa de la democracia y para proporcionar a las clases trabajadoras más altos niveles de vida y de cultura, es más que nunca indispensable capacitar y preparar a los miembros de los organismos sindicales,

RESUELVE:

1º—Auspiciar la creación de las Escuelas Sindicales creadas por el Comando de Acción Popular Universitaria, señalándolas como la más clara demostración de que las nuevas generaciones estudiantiles del país están interesadas en vincular sus luchas a las del pueblo trabajador.

2º—Recomendar a todos los organismos sindicales prestar a esta empresa universitaria la más franca y cordial acogida, a fin de que en cada sindicato se constituyan los cursos que dichas escuelas sindicales se proponen crear.

3º—Designar una comisión permanente que en representación de la C.T.C. colabore con el Comando de Acción Popular Universitaria en la elaboración de los planes y prospectos para el funcionamiento de las Escuelas Sindicales y supervigile las labores de éstas.

Bogotá, julio 10 de 1948. — Confederación de Trabajadores de Colombia. C.T.C. — (Siguen las firmas).

Pero también la Federación de Trabajo de Cundinamarca expidió su resolución de apoyo, que dice:

RESOLUCION No. 11 (Agosto 18 de 1948)

La Asamblea de Juntas Directivas Sindicales de Bogotá, reunida en la fecha por convocatoria de la Federación del Trabajo de Cundinamarca,

CONSIDERANDO:

1º—Que se ha constituido la Acción Popular Universitaria, organismo estudiantil, que entre sus objetivos fundamentales aspira a contribuir en la capacitación de los trabajadores sindicalizados y a la formación de un frente unido de obreros, estudiantes y campesinos (subrayo);

2º—Que en los actuales momentos de lucha de los trabajadores organizados es necesario fortalecer los sindicatos desde el punto de vista de la organización y capacitación de los trabajadores, a fin de que adquieran una conciencia clara acerca de sus problemas y del papel que les toque desempeñar en los diferentes frentes de trabajo;

3º—Que es deber de todas las juntas directivas, acoger la recomendación dada por la Federación del Trabajo de Cundinamarca, a fin de estrechar las relaciones entre los obreros y los estudiantes,

RESUELVE:

a) Recomendar a todos los sindicatos filiales de la Federación del Trabajo de Cundinamarca, la más amplia acogida a la creación de los cursos de capacitación que están siendo organizados por la Acción Popular Universitaria;

b) Solicitar de todas las organizaciones sindicales el envío de los datos acerca del local, de la hora, día y lugar de las reuniones de las asambleas generales o de sus directivas, a la Federación, para comunicarlos al Comando de Acción Popular Universitaria;

c) Las juntas directivas elaborarán una lista de los elementos más activos entre los trabajadores, a fin de que las clases sean recibidas por grupos seleccionados de obreros;

d) Para el cumplimiento de la presente resolución, los sindicatos designarán un Secretario de Cultura, encargado de controlar la asistencia de los trabajadores inscritos y los profesores;

e) La Acción Popular Universitaria creará el premio *Cultura Obrera* que será entregado al grupo de alumnos que más se hayan distinguido dentro del desarrollo de los cursos, premio que será dado por medio del Sindicato, en un acto especial.

Aprobado por las juntas directivas.

Federación del Trabajo de Cundinamarca,

(Fdo.) Ventura Puentes Vanegas, presidente.

Para favorecer «el derrocamiento del actual Gobierno», preconizado por la A.P.U. y la C.T.C., se han reunido varios Plenos, dos de la C.T.C., uno comunista, de los cuales ya hablé, y el de la Federación Nacional de Campesinos e indígenas de Colombia, que acordó la toma del poder para julio de este año. Para tal efecto, y contando con la ayuda de la C.T.C., la A.P.U. y algunos grupos liberales y comunistas, la Federación campesina decretó una movilización general de campesinos y obreros en cada departamento hacia la capital respectiva, y «la marcha sobre Roma» hacia la capital de la república. Claro es que en la circular correspondiente no se dice expresamente el objetivo inmediato sino que se enuncian otros de índole económica pero no menos revolucionarios y que, indudablemente, ejercen grande atracción sobre los trabajadores urbanos y rurales. Con estos pretextos, se planteará abiertamente la lucha social, que los organizadores del movimiento harán derivar hacia el conflicto político y la toma del Gobierno.

«La marcha sobre Roma»

En el Manifiesto y Plataforma de la Federación, aprobados por el III Plenum ampliado de la Federación Nacional Campesina e Indígena de Colombia realizado del 24 al 25 de octubre de 1948, figuran, entre otros, los siguientes puntos:

1º—El Pleno acuerda la realización de una gran movilización de todo el campesinado y trabajadores agrícolas en general de cada uno de los departamentos hacia sus respectivas capitales, en combinación con la movilización de los sindicatos de obreros urbanos, en manifestaciones públicas... (se señalan los objetivos sociales, dotación de tierras a los campesinos, prohibición de lanzamientos, créditos, semillas, etc., etc.), todo muy atractivo para los campesinos a fin de lograr su movilización.

2º—Para crear las bases y preparar las condiciones de esa movilización, deberán realizarse *en cada uno de los municipios, regiones y departamentos* donde el movimiento lo requiera, conferencias campesinas e indígenas, asistidas por la C.T.C. y por la Federación Nacional de Campesinos, con participación del movimiento obrero, en las cuales se explicarán ampliamente los objetivos de esta movilización y se tomarán medidas para asegurar el éxito.

3º—Las Federaciones Departamentales del Trabajo, tomarán parte activa en la organización de estas conferencias y la mencionada movilización; además los Secretarios de Asuntos Campesinos de estas Federaciones, vigilarán el cumplimiento de estas determinaciones en su respectivo Departamento.

4º—Para los gastos de preparación y realización de esa movilización nacional del campesinado, se ordenará un plan especial de finanzas, que deberá ser sufragado por el movimiento campesino con la ayuda del movimiento obrero, plan que distribuirá el Secretariado de la Federación Nacional Campesina.

5º—Este Pleno resuelve a la mayor brevedad lanzar un manifiesto a todas las organizaciones campesinas, indígenas y obreras, en el cual se explicará también a la opinión pública los objetivos de esta gran movilización...

10.—El Pleno autoriza a todas sus filiales campesinas e indígenas, para proponer a todos los sindicatos obreros urbanos, el envío de delegaciones de su seno a las Asambleas de las Ligas Campesinas e Indígenas, y a la vez para que éstas envíen a los Sindicatos sus delegaciones, a fin de que este estrechamiento de relaciones produzca la solidaridad obrera y campesina como base para la construcción de la *Alianza Obrera y Campesina*. (Subrayado en el original).

11.—El Pleno resuelve *desarrollar un plan de educación de los campesinos en forma revolucionaria y fraternal*, a fin de evitar que caigan en el individualismo conservador, y en cambio, que se oriente en la lucha por su desarrollo económico colectivo, contra la especulación comercial de los acaparadores y la esclavitud latifundista, etc., etc....

Identidades de rebeldía

La índole eminentemente revoltosa de este movimiento se destaca aún más si se tiene en cuenta la coincidencia de objetivos y métodos entre el Plenum comunista, los Plenos de la C.T.C. y la Acción Popular Universitaria. No solo se contemplan la capacitación revolucionaria de los obreros, campesinos, indígenas y estudiantes, sino también la infiltración y propaganda en el Ejército, todo con el objetivo fundamental inmediato de «derrocar el actual Gobierno o cualquier otro de derecha o de coalición oligárquica». Y sería muy interesante se investigara por qué ciertos sectores liberales de izquierda y la organización de ex-oficiales y sub-oficiales de la poli-

cía están desarrollando una activa labor de preparación militar en las masas liberales, por qué se han intensificado tan extraordinariamente el comercio e importación de armas; qué están haciendo los señores Luzardo y Hernández Soler en los Llanos; qué actividades están desarrollando en Colombia numerosos extranjeros comunistas y los líderes sindicales venezolanos Luis Tovar, Luis Hurtado Higuera, Vicente Gamboa Marcano, Augusto Malavé Villalba y otros; qué clase de negocios de «ganado» tiene el señor Martínez Zarama con un líder venezolano de apellido Mantilla y con grupos revolucionarios de Venezuela; qué vino a hacer a Colombia el comunista Alberto Sandic Ortiz, uruguayo, después de visitar a Europa, México, Cuba y Venezuela. Todas estas actividades son de carácter comunista, tienen el apoyo inconciente de grandes zonas liberales; la dirección de la C.T.C..., cuyo «control absoluto» por parte del comunismo acaba de lograrse en el plenum del 2 de enero; la colaboración subordinada de las corrientes universitarias de izquierda; el respaldo pleno de la ex-policía y de muchos otros elementos, que creen infantilmente que la nueva subversión, señalada para «los últimos días de julio de 1949», según la orden del III Pleno campesino, se va a realizar en beneficio del liberalismo, cuando es lo cierto que ese movimiento se planea en contra de los dos viejos partidos, «oligarquías coaligadas», y a espaldas de los jefes auténticos del partido liberal.

La labor sobre los campesinos solo puede ser contrarrestada por el clero y los directorios conservadores, por medio de una activa propaganda de alerta y de organización. Infortunadamente, los liberales de orden no pueden colaborar en ella, ni encauzar la resistencia a los nuevos intentos subversivos, porque como ya lo anoté, sus juventudes están orientadas hacia la extrema izquierda, sus masas han adquirido una mentalidad comunista y revolucionaria, y todos sus dirigentes más autorizados vacilan y tiemblan de terror ante la posibilidad de ser calificados de derechistas o de reaccionarios si se oponen o intentan oponerse a la revolución.

Por su parte el partido conservador confía demasiado en la autoridad cuando debe organizarse férreamente para enfrentarse a la subversión. Unificar la lucha contra el comunismo, vigilar sus actividades, robustecer la autoridad, dotar de mayores medios de acción al detectivismo, cumplir un vasto plan de reformas sociales para satisfacer las aspiraciones justas de los trabajadores y campesinos, impedir la acción política sindical, reafirmar la moral católica en las masas, constituyen la necesidad más inmediata de la Patria y los únicos medios para poner coto a la actividad sediciosa de los agitadores.

Confiar exclusivamente en la acción oficial es ingenuidad enfermiza, pues en los órganos del Estado el morbo rebelde tiene numerosos centros de proliferación. La mayor parte de los funcionarios y empleados son enemigos del Gobierno, partidarios de la subversión y fanáticos beligerantes políticos. En su mayoría tomaron parte activa en la manifestación liberal del siete de febrero con la anuencia explícita o implícita de sus superiores jerárquicos. La prohibición legal a los empleados públicos de intervenir en política se viola sin recato. La política de unión nacional favorece esta burla a la ley, pues como los ministros concurren a las convenciones, reuniones políticas y sesiones de las directivas, los funcionarios subalternos se sienten no solo autorizados sino obligados a demostrar su participación en las luchas de los partidos. Y, lo que aun es más grave, se rumora insistentemente, al parecer con visos de seriedad, que la Contraloría General de la República, por medio de un numeroso equipo de funcionarios y con el pretexto del censo agropecuario, se propone colaborar con la Federación Nacional de Campesinos en la movilización de que atrás hablé y en la organización de la campaña electoral de junio. Los nombramientos hechos en los señores Gilberto Vieira, Antonio García y otros líderes políticos revolucionarios dan sólido fundamento a la versión callejera. Y algo más: el reclutamiento de conscriptos se ha venido haciendo especialmente en municipios de población libe-

ral o comunista. Los municipios conservadores gozan del privilegio envidiable de ser aptos para la agricultura pero no para la milicia.

Si se comparan los discursos pronunciados en la plaza de Bolívar con los manifiestos y acuerdos de la C.T.C. y sus plenos, se hallará una semejanza tan extraordinaria entre unos y otros, con excepción del pronunciado por el doctor Lleras, que el ánimo se pregunta desconcertado si los oradores de la Plaza de Bolívar obedecieron instrucciones de la C.T.C. o ésta recibió las inspiraciones de los tribunos populares.

Y es curioso también observar la similitud existente entre estos movimientos, sus tesis y posiciones, y las de un folleto rosacrucista y masónico, que enfrenta lo que llama *la obra diabólica del paganismo y lo que debe ser el partido liberal*, después de afirmar dogmáticamente: «El liberalismo romanista, santurrón, explotador, oligarca, *ha muerto*», y confesar fue «el liberalismo genuino, el creador de la situación planteada el 9 de abril... Faltan otros brotes, otros acontecimientos y otras medidas para llevar a *este liberalismo al poder*» (subrayado en el original). Estos folletos son auspiciados por el jefe rosacrucista Israel Rojas y por *Colombia Liberal*. «El castigo se aplicará esporádicamente por las avanzadas de izquierda por ahora, y más tarde quizá en forma más decisiva y completa».

CAPITULO XVI REFLEXIONES

La Historia

He procurado narrar desapasionadamente los hechos más destacados vividos por mí, que constituyen el principal acervo de antecedentes del nueve de abril y que, a mi modo de ver, son los más visibles y demostrables prolegómenos de aquella dolorosa tragedia nacional de proyecciones y fuentes internacionales. Hasta aquí, me he abstenido, en lo posible, de todo comentario personal. ¿Lo habré conseguido? Creo que sí, pero es posible que no. Ya lo dijo el filósofo oriental: «Nos hacemos la ilusión de que estamos despiertos, y de saber quién es príncipe, quién pastor. Confucio y tú sois sueños, y yo que os digo que sois sueños, también soy un sueño». Y esta síntesis del escepticismo encierra una gran dosis de verdad cuando se la aplica a la narración de los hechos que hemos vivido.

Ante la constancia de las contradicciones históricas, no me parece la historia la ordenación escrita de las realidades vividas, porque en ella lo objetivo se mezcla a lo subjetivo y se fusiona con él. El narrador imprime su sello personal a la contemplación de la vida, y sus aprensiones, sus ideas, sus anhelos, su ubicación geográfica, ética, filosófica, política o social, constriñen, desvirtúan o deforman los hechos, con mutilaciones o agregados, juicios e interpretaciones que cambian las motivaciones intrínsecas del hecho contemplado, su contenido, sus contornos y proyecciones. Para el judío son blasfemias las sublimes enseñanzas de Jesús, a tiempo que para el Cristiano conjugan la norma divina y el amor eterno. Dálila para unos es el arquetipo de la deslealtad, y para otros es la más elevada cifra de la virtud patriótica. En Cleopatra unos sólo hallan la voluptuosidad sin barreras, y otros, el agudo acto político o el encendido amor maternal; en Homero los

hombres ven, o una ficción, o el compilador sin pupilas o el excelso cantor, según el ángulo desde donde se le observe; en Sócrates algunos encuentran una larga escuela de pensadores anónimos, y otros, el animador de un nuevo mundo espiritual y moral o el signo humano y acusador de la injusticia social; en César la ambición demagógica o el amplio vuelo genial; en Bolívar un faccioso o un libertador; en Laureano Gómez un frenético e injusto acusador o un repúblico austero y de moralidad ejemplar; y en Gaitán un peligroso y oportunista agitador o un conductor incomparable y fecundo creador.

Todos los grandes hombres, todos los sucesos transformadores, reciben diversas y aun antitéticas interpretaciones y juicios contradictorios, que destacan la relatividad y lo individual de la Historia. Y es que ésta también se alimenta del Mito y recibe aportaciones afectivas que modifican sus acentos, oscurecen sus horizontes, alargan o recortan las siluetas que traza y mistifican los hechos que estudia. Los mundos propios no cuentan sinceramente sus secretos, porque las notas externas les imponen mutaciones sonoras que apagan o cambian su clara voz evidente; y los ajenos se desfiguran en el crisol del observador, que siempre los funde con sus propios metales y su propio fuego interior.

Las tablas de Abidos y de Sakkarah, según Jones, adolecen de omisiones solo explicables por consideraciones políticas de un gran sacerdote; la edad de la tierra se alarga o recoge según el criterio intelectual o sentimental de quien la busca; y es evidente que ninguno de los pueblos antiguos se resigna a denunciar sus modestos orígenes, sino que los atribuyen a los ficticios héroes de sus epopeyas soñadas. Y así resulta la Historia una impensada o voluntaria adulteración de la vida.

Proceso de regresión

Difícil, pues, resulta, difícil y aventurado para los contemporáneos, juzgar en verdad y en justicia el nueve de abril,

porque este pavoroso estallido no fue un hecho casual y fortuito; porque no somos imparciales y porque fue la resultante de causas remotas y cercanas; de lentas y continuas acumulaciones; de la superposición constante, voluntaria o involuntaria, de estratos explosivos, visibles o ignorados, que una chispa hizo estallar.

El sentido heroico, la concepción romántica de la vida que caracterizaron a las generaciones del pasado siglo, cedieron el paso entre nosotros a una visión más plástica, más objetiva y materialista. La revolución que entonces y para nuestros mayores, significaba lucha gallarda y sacrificio generoso, fue tomando paulatinamente la significación malhechora de crisis cobarde y brutal, de rompimiento irreflexivo de valores, de sorpresa colectiva criminal, de lucha de clases, de aniquilamiento rápido y sistematizado de todas las categorías intelectuales y espirituales de la cultura cristiana; de 1930 para acá, el delito político se trocó en virtud política y la criminalidad común tomó el significado de delito político.

El 10 de julio fue la reacción de un organismo enfermo. Se anatematizó aquel movimiento, acaso desorbitado e impreciso, porque no triunfó; porque la verdad es que la mayoría del país, inicialmente simpatizó con él: Gaitán lo miró con buenos ojos, porque apoyaba sus tesis restauradoras, y gustoso lo hubiera encabezado; elementos de izquierda, como Antonio García, Caballero Calderón y otros, fincaron en él sus esperanzas; el conservatismo lo acarició con ternuras maternales, pero lo abandonó con púdicos recatos de arrepentida novicia. No triunfó aquel movimiento por la vacilación y el oportunismo de las gentes; pero generó, indirectamente y pudiera decir que por inseminación artificial, la Unión Nacional en el Gobierno de Lleras. No hay para qué recordar las alianzas morganáticas y pecadoras, a raíz del 10 de julio, selladas entre el liberalismo y el comunismo, que tantas ventajas y posiciones reportaron a éste.

Cambio de tesis

Caído el liberalismo, si es que alguna vez se ha caído, los agitadores, que con tanta dureza como injusticia habían condenado el golpe de Pasto, cambiaron de concepto: el golpe de Estado ya no fue un delito; el irrespeto y la agresión contra las autoridades se aconsejaron como legítimo ejercicio de heroísmo y de virtudes democráticas; la violencia se señaló como una necesidad de la democracia, y se preparó el golpe de Estado clasista, luego el golpe de Estado jurídico, y por último el golpe de Estado terrorista, que tuvo el nueve de abril su más resonante y adoctrinante expresión.

El nueve de abril no fue fortuito

Es ingenuo afirmar que el nueve de abril fue un acto primo de las multitudes: el ambiente popular se había preparado con anticipación y con técnica, y su organización estaba adelantada. Muy bien y con gran exactitud captó Calibán esta situación preestablecida cuando después del nueve decía: «Quien oyó la radio, quedó suficientemente ilustrado. Ya se tenía todo listo... Se llamaba a ciudades y pueblos a individuos determinados a quienes se les daban órdenes y cuyos nombres ojalá haya retenido la autoridad; se les daban instrucciones. Hasta surgió el misterioso Doctor X, como jefe del movimiento».

Pero es indudable también que la «ira e intenso dolor» provocados por el sacrificio criminal del gran Caudillo precipitaron su aplazada y convenida explosión y los excesos anárquicos de las muchedumbres enloquecidas por la terrible tragedia y por la propaganda anterior. Los jefes se fugaron o buscaron los lugares de menor peligro para el desarrollo de su acción destructora; éstos y no el pueblo, fueron los verdaderos responsables; éstos y no el pueblo, gozaron de impunidad.

El hecho Gaitán

El hecho Gaitán no fue una casualidad. Nada es fortuito en la historia del pensamiento. Todo en ella es un resultado de causalidades remotas, visibles u ocultas, pero constantemente en función creadora. Fue un hombre superior modelado por las circunstancias, pero con una concepción autónoma, fluctuante entre lo objetivo y lo ideal. Sintió, pensó y analizó hondamente y fue un constructor parcialmente frustrado. Fue un místico de sus propias ideas y de las por él recibidas de otras fuentes, pero no fue un sectario de las ideas; concibió su obra como fábrica de cimientos y perfiles nacionales, y realizó una creación con los materiales de las canteras externas y las vetas auríferas de su mundo interior.

Toda acción creadora es la culminación morfológica de un lento y profundo proceso mental. La excepción es lo intuitivo, que es una repentina fulguración del genio. Y lo genial, en el fondo, es paulatina y reflexiva elaboración interior que solo cuando alcanza su plenitud, se desborda en formas externas, frescas y claras, puras e incontrovertibles, como la verdad que revelan. La conciencia popular, el propio pensamiento social y político del país, cambió y se transformó con Gaitán. Porque interpretó nuestro sentir y nuestros anhelos, los conservadores fuimos gaitanistas hasta cuando en fuerza de las circunstancias pactó con el país político y arrió sus propias banderas, en una tregua convencional, que creyó necesaria para el logro de sus fines, señalados en su conciencia desde los días juveniles.

Todo hecho nuevo es el producto de una larga accesión de estratos intelectuales, individuales y sociales, porque la acumulación condiciona todas las formas de vida con el rigor inevitable de una ley universal. Y Gaitán no podía sustraerse a esa ley inexorable. La semilla no es potencia generatriz inmediata sino superposición de antiguas energías latentes, síntesis microscópica de un paulatino proceso vital. Los hechos se escalonan encadenados entre sí y aprisionantes por fuera,

pues de efectos se van trasformando en causas, ya que el elemento pasivo es a la vez elemento activo. La extraña dualidad sexual de Istaría es la alegoría no buscada de un principio cósmico. La yema de los vegetales es el efecto del pasado y la causa del porvenir. El polem del presente es el árbol fructífero del mañana.

En las campañas e ideas de Gaitán se estremece y palpita la actividad social del futuro; el ímpetu que él comunicó a las muchedumbres, hoy extraviado de los cauces que él quisiera señalarle, ya no podrá ser detenido con barreras políticas, y solo podremos encauzarlo y fecundarlo con aportaciones morales y empeños de justicia. Porque, imitando a Emerson, en el montón de arcilla húmeda duerme con recatos efímeros la perfección de la estatua, el dolor de la ortiga o la esplendidez del rosal, según las normas potenciales de la naturaleza y el querer actuante del hombre.

Todo es pasado y presente, coordinación y armonía, unidad, cambio y transfiguración. Proteo es el signo humanizado del devenir eterno, y la estática modera pero no suprime sus energías cambiantes. Si queremos evitar graves males al país, es necesario pulir, depurar y seguir la obra inconclusa de Gaitán, aclarar su significado e impregnarla de ricas y copiosas esencias éticas, por el influjo constante del pensamiento cristiano en la labor social y la acción benéfica de la Iglesia sobre las multitudes enardecidas. El hecho Gaitán no se puede ignorar. ¿Una trivialidad?

Lo trivial

Puede ser, pero lo trivial es un concepto convencional para disimular nuestra abulia o nuestra pereza mental. Porque lo trivial es una verdad evidente que penetra por todos los poros, no tiene meandros, carece de intersticios, de oquedades, y su diafanidad y pureza no exigen esfuerzos de reflexión para sentir las y comprenderlas. Lo trivial es la luz, es el aire, es el agua, la claridad solar, lo que es por sí, vale por

sí, y se explica por sí. Si reflexiono sobre lo trivial y busco intelectualmente su sentido y significación, me sorprenden la profundidad milagrosa y la luz que encierra en su modesta apariencia. Lo trivial es el fácil camino de lo complejo y abstruso. La gota de agua o la manzana que caen, trivialidad que miro sin interés y sin inquietud, impulsan al genio que sigue el descenso con ojos escudriñadores, a las más extraordinarias y fecundas revoluciones.

La observación atribuída a Jesús sobre los dientes del can, relieves un criterio de valoración que escapa al común de las gentes y descubre, en lo trivial, fértiles rutas para el educador, el sicólogo, o el sociólogo. Y en la respuesta de Estilpón a Demetrio, que quiere indemnizarlo del saqueo de su hogar: «la cultura, la virtud, nadie se las ha llevado de mi casa», no se esconde un trivial gesto de cólera o una sutil ironía, sino la necesidad de medir todas las cosas con elevación y profundidad, con el módulo del hombre reflexivo y no con la superficialidad del hombre común. El mismo sentido tiene la exclamación estoica del poema indio: «inconmensurable es mi riqueza ahora que no poseo nada... no existe felicidad igual a la de la renunciación».

Ver las cosas y los hechos no es lo esencial, sino buscar y comprender su sentido íntimo, sus profundidades secretas, sus esencias ocultas, su contenido ancestral, lo que puede haber en ellas de expresión de valores y de solidaridad humana.

Cosas y hechos triviales o profundos, la suciedad de las gentes, su dolor, sus reclamos, sus críticas, sus burlas y grajeos, sirvieron a Gaitán para elaborar el acervo de sus tesis políticas y sociales, descubrir el momento estelar de su actividad creadora y precisar las vías de su destino histórico. En ese conocimiento analítico del acaecer cotidiano, en ese buceo sobre lo trivial de la vida, en esa penetración en lo común, arraiga lo excepcional que conforma y singulariza la mente superior.

Cuando Gaitán exclamaba «Mamola!», no incurría invo-

luntariamente en una trivialidad vulgar: bajaba al fondo del alma colectiva, la inundaba de sugerencias y reflexiones fecundas y explosivas, y reanimaba y fortalecía la beligerancia de las masas a la vez que la morigeraba y refrenaba con los hilos sutiles de la sonrisa cordial y del gracejo sin alma.

Todos miramos las realidades físicas, mentales o morales, pero no todos desentrañamos ni entendemos su espíritu potente ni su vigoroso y enérgico lenguaje revelador. Solo el hombre superior halla en la variada trivialidad del suceso diario, o en la mudez permanente y natural de las cosas sin vida exterior, o en las soterradas palpitations del devenir social, el oculto tesoro que concentra las energías y los rayos dispersos de la transformación inminente o de la revaluación por llegar.

Las cosas y los hechos todos, ocultan ricos valores estéticos, morales o analíticos que solo pueden ser descubiertos por un pensamiento profundo o por un intenso sentir. La perspectiva histórica, la sugerencia vital, mudas y opacas para el tipo medio humano, ofrecen armonías sonoras y claridades impresentidas al tipo de selección, y ante sus ojos videntes alumbran y animan mundos ignorados de fertilidad transparente.

La belleza recatada en el cotidiano vivir, se despoja de sus velos ante la pupila dominadora, grávida de horizontes mentales, que penetra en las cosas con estímulos de verdad. En la longitud de las cuerdas de la lira hallaron los pitagóricos un medio de valoración universal, y en su armonía musical fundaron la más proliferante revolución del pensamiento humano antes de Cristo.

En las quejas, acaso excesivas pero apoyadas en la verdad, de un partido encontró Gaitán los vientos propicios para su vuelo aquilino y la fortaleza para su acción constructiva, antes de Ospina Pérez. Su obra inacabada, tiene, en el fondo, un claro valor nacional, porque en sus líneas y esencias hay mucho nuestro, mucho de nuestros anhelos, de nuestro sen-

tir, de nuestro querer; el pensamiento conservador, la angustia popular, el hondo anhelo de rectificaciones que bullía en la conciencia pública, el impulso ético, el fervor por la justicia, nutrieron su inspiración y movilizaron sus energías, no importa que aquel pensamiento, aquellas angustias, aquellos anhelos e impulsos, sufrieran, en el proceso elaborante, mutaciones, cambios o extirpaciones esenciales al calor disolvente de la fragua encendida con combustibles políticos. Como la Venus mítica, su obra tiene líneas perfectas y escorias acumuladas que la ocultan y deforman; airearla, solearla, pulirla, es una necesidad social; destruirla es armar, con sus propios pedruscos amorfos, las manos crispadas y nervudas de los desvalidos y de los lapidadores.

El mito

Gaitán fue un realizador trunco, pero su nombre y su obra, iluminadas por el martirio, se prolongarán en el tiempo como el epinicio fulgurante de una época nueva en nuestra Patria, y alcanzarán en la historia proyecciones epónimas. La mística popular empieza a rodearlo con los nimbos cromáticos y estilizantes de la leyenda, y al correr de los lustros su vigorosa silueta de conductor quedará diluída en los enigmas del mito popular. Porque el hombre, tocado de luces divinas, se inclina espontáneamente a la deificación de sus próceres. Por algo se ha dicho que la filosofía es la racionalización del mito, y es que el mito encierra la expresión infantil de un impulso lógico a idealizar la vida.

La inquietud mental que interroga el por qué recóndito de las cosas, modela la necesaria y apetecida respuesta en la blanda arcilla de la fantasía; y la leyenda es la primitiva y perenne expresión de las preocupaciones intelectuales de las multitudes núbiles. Lo mítico es la forma larvada de la cultura, porque él esconde el sentido convencional o el rasgo emotivo de un acaecer, la cristalización espontánea de un pensa-

miento profundo, o la energía concentrada de las realizaciones futuras.

La memoria de Gaitán está tomando formas de tabú y de totem para las muchedumbres, y en ellos se van disolviendo y se disolverán definitivamente sus reales lineamientos, porque el enigma sagrado del totem se individualiza en un caudillo y sintetiza la prístina elaboración de una cultura. A la luz de la leyenda, la Historia descubre las fuentes ocultas de las dinastías egipcias. El halcón y la abeja, el buitre y la serpiente, delatan con acentos humanos el recuerdo hecho mito de los arcaicos dramas políticos y sociales del hombre.

La fábula alcanza formas humanas por transformaciones sucesivas porque encubre hechos humanos. En el Ka, en el mana, en el carisma, alienta y asoma una vaga y amorfa preñación del alma.

Cada fábula marca el punto de partida hacia una nueva conquista. Por esto, las diversas civilizaciones antiguas se presentan siempre con vigores adultos, como si hubieran surgido repentinamente plenas de vida espontánea y abundantes de bienes, como obras maravillosas de ignorados conjuntos: en el mito se esfumó su largo proceso inicial y se depuraron y enriquecieron las fuentes de sus futuras creaciones. Todo lo anterior a ellas se recata y envuelve en las trémulas gasas de la leyenda.

Buscar los orígenes del hombre o de las diversas culturas extintas es ponerse en contacto con el mito y formas religiosas, desarticuladas o rotas, en plenitud o en potencia. La fantasía inicial resulta más elocuente que las hipótesis científicas o las verdades históricas. Porque la fábula no es muda y va entregando sus secretos, que son los de la humanidad, ampliando los horizontes de la historia, la visión auténtica de la vida y las irradiaciones del remoto y oscuro devenir.

El totem, creación mítica de una religiosidad en embrión, aclara el proceso del clan y alumbró con su significación étnica, las integraciones estatales de los pueblos.

El totem es la levadura mística del complejo social, y el tabú encierra la misteriosa interpretación humana y sagrada de la potencia coercitiva de la moral, que, como toda verdad apenas presentida y nebulosa, toma definidos y bellos colores de leyenda en el embrujo mortal del Arca Santa de los hebreos o en la dualidad aglutinante e inhibitoria del símbolo animal.

El Minotauro de Creta, el León de Micenas, generados en una actividad deportiva, se transforman en el emblema de dos culturas en pugna que transitoriamente se reconcilian en la leyenda de Teseo y Ariadna, para reanudar su lucha en el mito de Hércules y el Minotauro.

El amor y la admiración de las multitudes por Gaitán, lo transformarán en mito, porque el tipo legendario, la concepción mítica, el hombre epónimo de todos los pueblos, no son simples creaciones de la fantasía, sino necesidad del alma humana, la tradición oral deformada e idealizada del movimiento hacia lo social, el ritmo cósmico aunque difuso de la perpetua necesidad del hombre superior para el proceso perfecto de la sociedad. El mito resulta a la larga la evocación estilizada de una verdad conocida y olvidada, y en la leyenda palpitan los ecos diluidos o aumentados de las viejas canciones vitales.

Es cierto que la obra de Gaitán no fue trascendental para la humanidad, pero sí revistió innegable y duradera importancia nacional. Puede que en sí, por su significado como adquisición de bienes, carezca de valor perdurable, pero en la imaginación de las multitudes tiene relieves inextinguibles: su sacrificio inmotivado, absurdo y fatídico, lo tocó de eternidad y de significación mesiánicas en el corazón de las muchedumbres que orientó, comprendió y adoctrinó con celo de apóstol.

¿Quién lo mató?

Gaitán no odió al partido conservador; en un momento dado comprendió y sintió sus angustias y aspiraciones patrió-

ticas; lo hubiera amado como lo entendió si hubiera conocido sus programas, ignorados por sus adversarios y aun por sus afiliados. Recuerdo la sorpresa de Diego Luis Córdoba y otros parlamentarios cuando en una ligera escaramuza con los comunistas recordé los principios sociales del conservatismo y dije que la socialización de la medicina, adoptada en los últimos tiempos por el laborismo inglés, figuraba de antemano en las plataformas del partido.

Gaitán creía que nuestros programas eran reaccionarios e inactuales, pero no consideraba reaccionarios a los conservadores. «¿Y por qué no los publican? —me preguntaba una vez en que yo rectificaba sus conceptos sobre las tesis doctrinarias del conservatismo y enunciaba varios de nuestros principios económicos, educativos y sociales— por lo menos servirían para edificar a ciertos liberales que en verdad están resultando más reaccionarios que los conservadores».

Gaitán propuso, como ministro de educación, la centralización de la educación pública, y cuando yo le revelé que aquella iniciativa comprendía una expresa aspiración programática de mi partido, se mostró gozoso aunque sorprendido. Su desilusión fue grande cuando vio que los parlamentarios conservadores, por imperativos regionales, combatían aquel propósito legislativo. «¿Qué fue de los programas educativos del conservatismo?», me interrogó irónicamente y con mal disimulado desencanto.

Cuando por una huelga de ferroviarios se llevó por el Gobierno al congreso un nuevo proyecto sobre huelgas, Gaitán se irguió colérico y justiciero en el senado para establecer el contraste entre el amplio espíritu conservador que había dado, sin alardes, una avanzada y comprensiva legislación social al país, y el retardado espíritu liberal, que entre ruidos demagógicos, pretendía recortar esa legislación, susceptible de avances pero no de retrocesos como los que se querían imponer. Y ¿no fue acaso Gaitán, quien recogió los ecos de las demandas y anhelos del conservatismo para incorporarlos en

sus programas y hacerlos potables para la conciencia de las masas liberales? ¿No fue él quien se rebeló contra los sistemas de su partido, se pronunció contra la persecución a los conservadores y preconizó y defendió una política de tolerancia, de entendimiento, de cordial acercamiento entre los colombianos?

• • •

No intentaré señalar responsabilidades en el asesinato de Gaitán, porque ello sería temerario y seguramente me haría caer en injusticia e inexactitud. Pero sí estoy seguro de que ninguna participación tuvo en él el partido conservador. Al conservatismo ni le interesaba ni le convenía la eliminación del insigne Conductor: por él había conquistado la victoria; él había dividido al liberalismo, impuesto la política de restauración moral y democrática, desplazado de la opinión de las masas a los viejos conductores liberales que otrora favorecieran la hostilidad violenta contra los conservadores y la anulación de sus derechos ciudadanos y aun civiles; los matones y «manzanillos» de su partido fueron condenados por él; la vigencia del derecho, de la moral y del orden público, tuvo en él el más firme soporte y el exégeta más arrebatado y eficiente; sus tesis sociales no contrariaban las tesis conservadoras sino en su desarrollo práctico en cuanto pudieran conducir a la lucha de clases; había liquidado prácticamente al comunismo y puesto en jaque a las directivas sindicales politiqueras o revolucionarias; su temperamento autoritario y amigo del orden y de la organización jerárquica; sus tesis políticas y sociales, establecían apreciables afinidades con nuestro pensamiento y nuestras orientaciones ideológicas; había creado profundas divergencias y cavado hondos abismos entre él y los políticos y capitalistas liberales tiznados de oligarcas. Al partido conservador, como gobierno, le interesaban, especialmente en esos momentos, la paz y la tranquilidad públicas, el sosiego social, la armonía colectiva.

¿Y a quién podría ocultarse que el sacrificio del gran Conductor sería el desborde del desorden, de la anarquía, de la revuelta, de la revolución violenta?

El conservatismo y el gobierno conocían el ánimo de las masas y la organización revolucionaria existente y, por lo mismo, no podían ignorar o dejar de comprender que la muerte violenta de Gaitán inundaría de lágrimas, de luto, de dolor, de sombras y de sangre a la república y precipitaría las masas a la acción terrorista, a la destrucción vindicativa, a las represalias indiscriminadas, a la revolución destructora.

Por otra parte, ni el Gobierno ni el partido conservador tenían la menor confianza en la policía y sabían de las simpatías con que contaba Gaitán en las fuerzas armadas del país, a las cuales no se podría exigir lealtad si se violaban las leyes o la moral.

Todo esto lo sabía el país, porque todos sabíamos que Gaitán era la esperanza, el motor, el ídolo y la única y suprema creencia de las multitudes atormentadas. Gaitán, para el conservatismo, era la seguridad del orden desde el punto de vista patriótico, porque conocíamos su alergia por los sediciosos; y desde el punto de vista maquiavélico y egoísta, Gaitán era para nosotros la continuidad latente de las divisiones liberales, porque nadie es tan ingenuo en pensar que ciertos sectores de la opinión liberal, o determinados jefes políticos liberales, lo seguían sinceramente o continuarían sometidos en el futuro a su voluntad imperiosa sin ensayar y provocar nuevas luchas y resistencias.

Aunque no fuera sino por cálculo, la Conferencia Panamericana y el naciente ejecutivo hegemónico impuesto por el rompimiento de la cooperación, obligaban al partido a la moderación, al equilibrio, a la amplitud democrática, a la austeridad ética y republicana, no solo para evitar una fuerte y peligrosa reacción liberal en esos momentos sino para acreditar ante los visitantes extraños al Gobierno y al partido conservador.

El fracaso y sabotaje de la Conferencia no le convenía al partido conservador ni al Gobierno, pero sí al comunismo internacional, que había hecho frenética propaganda contra ella y enviado delegados a Colombia, con elocuente frecuencia, para crear en el pueblo un tenso ambiente de resistencia y animadversión contra aquella asamblea, considerada por ellos como instrumento de dominio del imperialismo yanqui.

Los grandes adversarios de Gaitán no estaban en el conservatismo sino en el comunismo foráneo e interno y en los grupos de extrema izquierda nacionales, que veían en el caudillo el freno de sus aspiraciones subversivas y el óbice insalvable para la conquista del pueblo.

Y, por último, la historia del país no ha podido imputar al conservatismo esta clase de crímenes políticos. Los asesinatos de Sucre, de Arboleda, de Uribe o de Durán no salieron de su seno ni recibieron inspiración conservadora. Tenemos una religión y una moral que nos inhiben para el crimen colectivo, frío y cobarde.

CAPITULO XVII

IDEALES REACCIONARIOS Y LIBERALES

Se ha tildado permanentemente al partido conservador como reaccionario, y esta calificación ha sido, es y será el instrumento de lucha más efectivo esgrimido por las fuerzas de izquierda para restarnos opinión y exhibirnos como enemigos de los progresos sociales, de los ideales de libertad y de la cultura nacional. Pero nuestros programas y realizaciones del ayer y del hoy, del pasado y del presente, destruyen esa afirmación gratuita y deleznable y ponen de relieve, a través de la historia del país, las innúmeras, fecundas y puras facetas de nuestra visión del mundo y de nuestro espíritu creador.

No pretendo negar la obra liberal y, por el contrario, reconozco su bondad y callo sus imperfecciones. Pero el conservatismo fue entre nosotros quien dio el primer impulso constructivo y señaló y solidificó las rutas del progreso material y moral del país, porque fue él la reacción contra la indiferencia, la pasiva actitud del Estado, el «dejar hacer», «dejar pasar» de las concepciones liberales del Gobierno.

Justo medio entre las teorías socialistas y las individualistas liberales, el conservatismo persigue la armonía entre lo social y lo individual, el equilibrio entre las solicitudes del hombre y la sociedad, la armonía entre el capital y el trabajo, la intervención discreta pero efectiva y razonada del Estado, la conciliación entre la libertad y el orden, lo espiritual y lo material y la primacía del alma, la moral y la justicia en el desenvolvimiento de los pueblos.

El liberalismo siempre ha sido hábil en la propaganda: cuando él recomendaba la inacción del Estado ante los problemas nacionales y las urgencias y necesidades del país, nos señalaba ante el pueblo como enemigos de la libertad y cavernarios porque reconocíamos el derecho de intervención del

Estado, en mengua de la concepción liberal de la libertad; cuando dimos al pueblo, anticipándonos con mucho a los problemas e inquietudes y angustias sociales, un vasto y juicioso prospecto, ya realizado, de reformas legales tendientes a prevenir, solucionar y satisfacer las necesidades y aspiraciones en potencia de los trabajadores colombianos, sin perjuicio de aprovechar y utilizar como propias esas reformas, nos tachó de reaccionarios y enemigos de las clases pobres y fomentó el odio y el temor de las masas hacia nosotros, dedicándose a destruir o debilitar en ellas las bases morales, porque nosotros las construimos.

Y hoy que desde el Gobierno el doctor Ospina Pérez, en desarrollo de los programas del partido, realiza la obra más avanzada de nuestra historia por el aspecto político, fiscal, económico, social y moral, se afirma que somos insinceros y que estamos haciendo demagogia con fines electorales.

La legislación social

Hay necesidad de recordarlo con insistencia y sin fatiga: la legislación social en sus firmes cimientos, en sus esencias más puras, en sus líneas más elevadas, nobles y generosas, obra es del partido conservador en una época de economía cerrada y eminentemente agrícola, cuando la industrialización del país era una esperanza remota, cuando el artesano constituía el único índice de actividad proletaria, cuando no existían las grandes agrupaciones obreras y su organización profesional no era una necesidad nacional porque el trabajo tenía carácter individual, y el capital, prácticamente inexistente, no habían aún generado las grandes concentraciones obreras ni los problemas inherentes a su desarrollo normal, cosas todas que se trasformaron o nacieron con el impulso fecundo y progresista que dio a la nación el gobierno del general Ospina, y que tomaron otras líneas y sustancias de 1936 para acá, como pudiera constatarlo en sus archivos la C.T.C.

Por estas mismas circunstancias se ha podido afirmar,

como crítica valedera, que el partido conservador dictó pero no practicó la mayor parte de la legislación social existente. Claro, si la industrialización, el capital, la inquietud social del país no habían nacido aún cuando esa legislación fue elaborada y expedida.

La reacción

Hay necesidad de cerrarle el paso a la reacción, se viene proclamando y se proclama en todos los tonos para fomentar y mantener viva y creciente la beligerancia colérica de los trabajadores contra el partido conservador. Y lo gritan especialmente quienes reducen el problema social a una simple cuestión económica que exige, según ellos, no las soluciones de la ética sino las de la estética, no las de la moral sino las de la fuerza, no las de la comunión de todos los hombres en un amplio concepto de universalidad creadora y fecunda, sino las de la división constante, el conflicto permanente y la violencia innecesariamente en función.

Y somos reaccionarios los conservadores, como se les ha inculcado a las masas, porque no limitamos nuestra concepción de la angustia, del dolor, de la miseria, de las necesidades humanas, a un problema exclusivamente material, sino que afirmamos con el apologista cristiano que el gobernante que suministra pan al pueblo cumple solo la mitad de su deber, ya que la otra mitad la constituye el cuidado de su espíritu.

Somos reaccionarios porque nuestras tesis y preocupaciones contemplan al hombre todo entero, como quería el filósofo, y no concretamos nuestros desvelos a lo simplemente plástico de éste, sino que en nuestra acción y en nuestros anhelos de mejoramiento constante conjugamos su mundo interno, las necesidades de su inteligencia, sus urgencias físicas y las eternas aspiraciones de su espíritu.

Somos reaccionarios porque buscamos fortalecer y defender los cuerpos, como quería Gaitán, dando plena satisfacción a sus necesidades biológicas, pero también, como lo impone el

pensamiento cristiano, queremos robustecer e iluminar las almas aclarando sus horizontes, sus propósitos y finalidades.

Queremos que el hombre tenga pan, pero que también alcance los goces superiores inefables de cultivar, cosechar y gozar valores anímicos y morales que lo capaciten para modelar su propio cosmos, cada día más rico en contenido y en energía creadora y más propicio para el desenvolvimiento y afirmación de su sér como jugo y unidad social; cada día más fecundo en bienes para la civilización y la cultura, como parte de un todo y como sér libre, independiente, reflexivo y creador.

Somos reaccionarios porque queremos extirpar los privilegios injustos y los abusos inicuos del capitalismo, pero sin destruir ni esclavizar al capital; porque buscamos la libertad humana y la igualdad de todos los hombres en el derecho, pero no pretendemos ni aceptamos subvertir la pirámide para hacer esclavos a los de arriba y tiranos a los de abajo.

No prometemos la igualdad económica como no podríamos prometer la igualdad morfológica o intelectual. Lo único que podemos prometer, que queremos prometer y estamos dispuestos a realizar, es la igualdad de posibilidades, la igualdad en el derecho y en la justicia. Pero somos reaccionarios porque no queremos el hombre púgil contra sus semejantes, sino el hombre colaborador de su prójimo. Nuestras soluciones se basan en la solidaridad humana, en el impulso fraterno, en la voz de la piedad, en la savia viva de la moral, en el ritmo eterno de la justicia, en la paz que crea y en el amor que redime.

La cuestión social

Sucede, sin embargo, que en el terreno de las reformas sociales se observa una peligrosa competencia entre los dos partidos históricos, que puede conducirnos al olvido de las realidades nacionales o al cultivo pernicioso de la quimera.

Precisamente por la táctica liberal de señalarmos como reaccionarios, y porque es una verdad que la mayor parte de la legislación social es obra conservadora, todos queremos pre-

sentarnos como los más avanzados y de mayor ímpetu revolucionario. Y en esta actitud mental nos estamos olvidando del contenido doctrinario y de la significación histórica de los dos partidos, haciendo más exigentes a las masas y dando nuevas armas a los agitadores, ya que se promete mucho y se realiza muy poco. Esa posición nuestra no sería inconveniente ni perjudicial para el país si al asumirla tomáramos en cuenta no solo los perfiles y sustancia del pensamiento contemporáneo creado por la post-guerra, sino los marcos nacionales y las expresiones objetivas del país.

En verdad, no es fácil entender esta desbocada emulación demagógica de los dos partidos, que, en última instancia, ha venido creando y acreciendo la tendencia subversiva de las muchedumbres.

Los dos partidos

Liberalismo y conservatismo son en Colombia dos derivaciones de un tronco común enclavado en una firme doctrina de libertad y de democracia. Y si el primero es —como dijo López— una actitud mental, el segundo es una posición espiritual ante la vida. Pero ni el primero ha sido a través de nuestra historia la fuerza centrífuga de nuestros jugos vitales como pueblo, ni el segundo ha constituido en el devenir nacional la fuerza centrípeta de nuestro proceso de integración.

Históricamente ni el partido liberal es entre nosotros dinámica social, ni el partido conservador ha sido ni es estática ideológica o cultural. No me refiero, porque no es el caso, a las concepciones doctrinarias de las dos colectividades sino a sus actividades funcionales, a la mecánica de su acción. Puede afirmarse que liberalismo y conservatismo son, en Colombia, dos criterios de evolución mas no de revolución. ¿Por qué, pues, esta pugnacidad disolvente y este propósito liberal manifiesto de soliviantar a las masas y arrojarlas a la aventura?

• • •

En 1930, el liberalismo hizo suyas las banderas conservadoras que tremolaban en las instituciones, y con ellas batalló, gobernó y se estabilizó en el poder. En 1946, el partido conservador acogió la mayor parte de las realizaciones liberales, las ha venido defendiendo, mejorando y afirmando en la conciencia pública.

Revela esto que uno y otro partido, cuando toman el gobierno realizan ideales de virtualidades comunes a ambos, que por evolución intelectual o doctrinaria, o porque en verdad corresponden a las necesidades y conveniencias de la nación, uno y otro incorporan en sus plataformas doctrinarias. Y con este criterio de evolución, natural en los dos partidos históricos, el país se ha desarrollado con pocos saltos en el vacío, y ha venido progresando en el orden político, administrativo y social. Pero la lucha política, el afán proselitista, han venido modificando aquella orientación saludable, y ahora todos queremos ser revolucionarios teóricos, con lo que nos exponemos al peligro de destruir la fuerzas centrípetas que mantienen el equilibrio, el orden y la armonía de las sociedades, al olvidar que libertar de modo absoluto las fuerzas centrífugas es convertir la marcha en caída y el avance en derrumbe y catástrofe.

Olvidamos en esta actitud, los liberales al fomentar y pregonar la revolución, los conservadores al justificarla en teoría, que la sociedad es un complejo, una conjugación de intereses diversos, un engranaje de estamentos superpuestos y contrapuestos, con anhelos, intereses y necesidades diferentes y a veces en pugna, que crean problemas cuya solución no puede hallarse en el impulso irreflexivo ni en la improvisación sentimental.

Está bien que todos emulemos en buscar soluciones para el problema o los problemas sociales y en procurar elevar el nivel de vida de los trabajadores, pero sin olvidar que esos problemas afectan a muy variados estamentos de la sociedad. Y como no podemos identificarlos, fusionarlos y hacerlos co-

munes para darles una solución que a todos los comprenda y liquide, es preciso recordar nuestros ideales de perfección y buscar serenamente fórmulas para resolverlos sobre bases de renunciamento, de sacrificio, de armonía y de entendimiento recíprocos, y llevar a todos los segmentos sociales la enseñanza y la convicción de que la justicia social es también un binomio de derechos y de deberes, de adquisiciones y de sacrificios.

¿Quién puede, por ejemplo, definir lo que constituye la clase media y precisar sus intereses comunes? ¿Cuáles son sus límites, sus componentes, sus conveniencias y necesidades concretas?

Fácil y bella cosa es declarar que hay que resolver los problemas del trabajador. Pero los problemas del proletariado, ¿abarcán los problemas del campesino? Dudoso parece. Pues lo que beneficia al obrero urbano perjudica al proletario rural; lo que favorece al artesano hace daño al trabajador de la industria; lo que sirve al pequeño productor es nocivo para el consumidor, lo que halaga y defiende al comerciante en pequeño afecta al asalariado. Pero todos estos sectores humanos son parte de la sociedad, y sus necesidades y aspiraciones, antagónicas entre sí la más de las veces, forman los concurrentes de la llamada cuestión social.

Competencia dañina

De modo que el criterio de competencia con que liberales y conservadores venimos ocupándonos de las cuestiones sociales, no favorece el estudio sereno, meditado y reflexivo que tan complejos problemas demandan, ni propicia el acierto de las soluciones que se tomen. Porque en esa competencia, en esa carrera, como dijo Calibán, el propósito inicial no será el de acertar sino el de ir, o aparentar ir, lo más lejos posible; la libertad de opinión en tales circunstancias resultará restringida por el temor de no aparecer bastante avanzados, y en la contemplación general del problema no entrarán en jue-

go las realidades nacionales ni un auténtico espíritu de justicia sino el miedo a la descalificación o el propósito, inconfesado por cierto, de un proselitismo daltonista y morboso.

Fuentes doctrinarias

Y no es que yo, proletario sin adjetivos, crea o afirme que al conservatismo deba alarmarlo, inquietarlo, desazonarlo o provocar sus resistencias ningún proyecto o tesis de reforma social, por más avanzado y revolucionario que se le considere. Yo sé que el partido tiene una doctrina de solidaridad humana que hunde sus raíces en las éras fértiles y perennes de la doctrina de Jesús, que es la enunciación más exacta y fecunda de la justicia y la modelación espiritual más amplia, más pura y elevada de la persona humana; conozco los programas del partido y, por lo mismo, ni me inmuta ni me sorprende ninguna teoría de reforma social.

En la igualdad de todos los hombres, en la caridad cristiana, en nuestra concepción divina de la justicia, en el contenido, para nosotros humano y supraterrrestre, de la libertad, en el denso, eterno y proliferante jugo de la moral cristiana, en la contemplación exacta y espiritual del mundo, hallamos los conservadores en todas las circunstancias y en todas las épocas, sabias inspiraciones y fórmulas eficaces para resolver los problemas del hombre sin destruir la armonía social ni romper el necesario equilibrio entre los diversos estamentos colectivos.

Esta estructuración filosófica y doctrinaria de nuestro partido nos permite mirar con serena confianza todos los hechos nuevos que cotidianamente va presentando el devenir histórico de la humanidad, y realizar con espíritu tranquilo los nuevos avances que la experiencia del pasado, los imperativos del presente y las perspectivas del porvenir señalan como necesarios para el mejoramiento económico, jurídico y social de la vida de relación.

Pero nosotros entendemos que la solución de la cuestión social no puede hallarse en la pugna colérica, en el choque demoleedor entre las dos fuerzas básicas de la cultura: el capital y el trabajo. Y por lo mismo consideramos que ellos no constituyen, no pueden constituir, dos energías antagónicas y antitéticas que luchan por destruirse, sino dos categorías colaboradoras, dos realidades fraternas, dos valores de solidaridad aunados en la acción y en el ideal para realizar en lo posible el anhelo constante de la perfección social.

No odiamos la riqueza

Llego a pensar, acaso con optimismo, que en estas tesis se hallan identificadas las dos colectividades históricas de Colombia, y que liberales y conservadores podemos afirmar con autoridad y justeza, como afirmaba Gaitán: «No somos enemigos de la riqueza sino de la pobreza». La realidad política del país es que aquí no hay partidos reaccionarios: todos rendimos tributo sincero y emocionado a la democracia y amamos la libertad con la misma férvida devoción; la justicia social es el sentir, el pensar y el querer de liberales y conservadores. Y nuestro propio derecho social es la resultante de la concreción en las leyes de iniciativas e ideas de uno y otro grupo político, aceptadas por todos.

Me explico sí que por razones partidistas, desconociendo voluntariamente la realidad, muchos liberales se empeñen en exhibir a los conservadores como retardatarios y enemigos de las clases menesterosas y trabajadoras. Pero ese empeño no perjudica únicamente al conservatismo, porque el odio contra un partido que se halla en el Gobierno a medias, va cobijando lentamente al que acaba de caer o participa en ese gobierno, lo que aumenta no ya la inconformidad de los trabajadores sino sus propósitos de revolución social, que al estallar, no va únicamente contra los conservadores sino también contra los liberales, en cuyas manos, especialmente, se halla el capital.

Este fenómeno se operó el nueve de abril, y no obstante que los mismos liberales habían planeado el golpe terrorista y dado sus dineros para su preparación como simple golpe de Estado, las muchedumbres incendiarias y saqueadoras no distinguieron sino entre poseedores y desposeídos, y esto no siempre, y atentaron contra los bienes de los liberales lo mismo que contra los de los conservadores. Pero algo más, que destaca los caminos de la revolución cuando comienza: muchos polacos y extranjeros habían estimulado la revuelta desde antes y entregado cuotas de alguna significación: a todos ellos los atacaron en sus bienes, y aun en sus personas, los criminales del nueve de abril.

Acercamiento futuro

Por lo demás, yo creo que en no remotos días los auténticos liberales, los que no viven de la política y ven desvirtuadas sus antiguas doctrinas, los que aún creen en la libertad y en la persona humana, los amigos del orden, los verdaderos creadores de riqueza y cultura, los sinceros enemigos del comunismo, vendrán a nosotros a oficiarse en los mismos altares, a defender las mismas banderas, porque ni ellos ni nosotros somos enemigos de la justicia social, sino del desorden, la anarquía y la lucha de clases.

Tengo la plena certidumbre, basada en la realidad nacional, de que en los cuadros juveniles de mi partido y en nuestros más destacados y experimentados políticos y estadistas hay una visión más amplia de los problemas sociales y un mayor espíritu de justicia para resolverlos que en muchos de nuestros frenéticos revolucionarios de izquierda.

Síntesis programática

Y es que los conservadores tenemos una amplia doctrina en cuyos postulados caben y se aconsejan las más avanzadas reformas: desde la legitimación de las huelgas hasta la limitación y expropiación de la propiedad, desde el seguro contra

la invalidez, el desempleo, los accidentes de trabajo, la enfermedad, la vejez y la muerte hasta el salario familiar y la participación en los beneficios; desde la intervención del Estado hasta la socialización de la medicina.

Cosa distinta es que no queramos ni fomentemos la revolución. Y porque no queremos la revolución, nosotros no buscamos la solución de la llamada cuestión social en la agudización de la pugna y el conflicto entre los factores esenciales de la producción, sino en su armonía y conciliación.

Nuestras fórmulas para resolver estos problemas no se inspiran en el odio sino en el amor, en la división sino en la fraternidad, en el enfrentamiento de intereses clasistas sino en su entendimiento e identificación en un ancho molde de unificación y cooperación sociales. Sucede sí, que no nos atrevemos a ofrecer demasiado ni sabemos mentir bastante para ello, como diría un sociólogo. Sabemos que podemos ofrecer y realizar un mundo mejor pero no un mundo perfecto, y hacia ello se encamina y ha venido encaminado nuestro empeño. Prometer otra cosa es engañar al pueblo, y engañar al pueblo es hacer demagogia y favorecer la revolución.

Que no se entusiasme demasiado el liberalismo con la inconformidad, la agitación y el espíritu de revuelta que, por odio al conservatismo y anhelos de reconquista, ha venido conformando en la conciencia popular. Porque la secuela de toda revolución es la anarquía, sus principales víctimas los agitadores iniciales, y su cúspide suprema el despotismo, la tiranía y el eclipse de todos los valores espirituales del hombre. Los fomentadores de la revolución son casi siempre consumidos en los propios hornos que encienden.

Anhelos de reconquista

En ningún momento he podido explicarme satisfactoriamente el afán angustiado del liberalismo por lo que llama «LA RECONQUISTA», y que lo condujo, en sus zonas medias e inferiores, a crear un estado de alma colectivo de intranquili-

dad y de subversión que tuvo el nueve de abril su manifestación más trágica y resonante de los últimos tiempos. Porque el hecho es que toda la organización jurídica y burocrática del país da la impresión neta de que el partido liberal continúa en el poder; sus realizaciones en el gobierno no han sido afectadas, ni sus ideas desalojadas de los consejos gubernativos; sus hombres siguen mandando. Lo único que ha cambiado son las antiguas prácticas sectarias, el concepto de que el gobierno es el botín de un partido. No existe, como antes existía, la uniformidad partidista del órgano ejecutivo.

El doctor Ospina Pérez ha realizado una insensible pero verdadera y efectiva revolución y puesto en práctica los ideales conservadores pero sin contrariar el pensamiento liberal. Sólo el deseo goloso de tener la totalidad del gobierno y desalojar de nuevo a los pocos conservadores que a él han ingresado, puede explicar este afanoso desasosiego liberal por recuperar el mando integral.

¿Que me estoy dejando conducir por la emoción política y el acicate partidista? Puede ser, aunque me he propuesto ser realista. El hombre, aun sin quererlo, se inclina a ennoblecen sus hechos y sus ideas y a penetrar los ajenos con las luces ofuscantes del propio espíritu y de la propia razón. Ya lo dijo el pensador: «El hombre se aferra desesperadamente a sus ideas muertas así como a sus dioses muertos». Y si esto se dice de lo que fue, ¿qué no se dirá de lo que es y de lo que será? Pero ni mis ideas ni mis dioses han muerto, como sí murieron los antiguos ideales y dioses del viejo y cascado liberalismo individualista, cuyo renacimiento, a pesar de todo, parece necesario para el contrapeso del comunismo y la afirmación de la libertad desangrada, que los conservadores queremos restaurar y adaptar a los tiempos nuevos, absorbiendo y modernizando al liberalismo.

La libertad

Indudablemente, la innegable atracción que el liberalismo ejerció en el siglo pasado sobre los colombianos se debió

a que todas sus campañas las libró en nombre de la libertad; y sus fracasos doctrinarios de los últimos años derivan de que nunca supo entenderla. Ignorando que la libertad tiene un profundo sentido espiritual y es natural instrumento para la conquista de lo mejor, no creyó posible, como sí lo cree el conservatismo, conciliarla con la evolución humana y la acción estatal, la abandonó como cosa inservible y se hizo totalitario. La persona humana perdió para él su contenido y el hombre se transformó en simple número de la cifra global.

Juan Lozano y Enrique Santos, los dos últimos liberales de Colombia y las más claras inteligencias de su partido, son hoy los mayores desprestigios liberales, pero por los influjos de las nuevas orientaciones humanas y las luchas actuales de las naciones, recobrarán su ascendiente en no lejano día. La mentalidad comunista de las masas liberales no puede comprender por ahora a estos auténticos voceros del ideal de libertad, pero el triunfo seguro de las democracias les dará la razón; los ideales libertarios pueden eclipsarse pero no se extinguen, pues en todo lo bello palpita un hábito eterno de libertad, porque ella es la ley divina de la armonía que ordena, impulsa y multiplica las savias fecundas, las inspiraciones del arte y los ritmos y perfiles del Bien.

En el agua que corre, la alondra que canta, la flor que aroma y se exorna de matices de seda y policromías seductoras, lo mismo que en la justicia, en la moral, en la virtud y en todos los actos buenos, trabaja la libertad, que es el movimiento natural hacia lo mejor y hacia el cumplimiento y conquista del propio destino: el bien para el hombre, y el cambio para las cosas dentro de la perennidad de su esencia. Porque la libertad no es, en último término, el poder de contrariar la naturaleza o de realizar lo feo, lo desagradable o lo malo, sino el acomodamiento a lo natural, y la simpatía, el goce, la búsqueda, el conocimiento y servicio de lo bello, lo agradable, lo bueno, que constituyen los acicates del espíritu, los estímulos del corazón y las luces de la inteligencia para acercarnos a Dios.

Pienso que el desafuero, el pecado, la iniquidad, la intemperancia, la injusticia, contrarían las esencias de la libertad, pues son impulso, pasión, esclavitud, aniquilamiento temporal de la autonomía del alma, del querer de la voluntad y del juzgar de la mente. La libertad, don del cielo, no puede transgredir las leyes morales: lo que, en último análisis, las quebranta y las viola es la ausencia de libertad, que es triunfo de la materia sobre el espíritu.

Grecia

Todos los valores morales del hombre, todas las categorías espirituales de la humanidad, todos los bienes y adquisiciones sociales e individuales, se derivan del lógico y natural ejercicio de la libertad como presente divino. El brumoso panorama de los siglos VIII y VII (a. de J. C.) se aclara y florece con esplendores magníficos en la producción intelectual y en el espíritu de libertad que domina las esferas sociales del Milagro griego en el siglo V (a. de J. C.). El rico pensamiento que alumbró esta época con un haz de resplandores que se proyectan hacia el futuro, no es la fulguración repentina de la improvisación creadora, sino el fruto jugoso y maduro de una lenta, difícil y progresiva meditación de generaciones pasadas, actualizada, rejuvenecida y bruñida al calor tonificante de la libertad, que penetra y da una fisonomía propia al lapso que la incorporó al patrimonio histórico y mental de la humanidad. Ese pensamiento vinculado al pretérito y lanzado tímidamente hacia adelante, recibe una vida inagotable y una luz casi divina en la exhortación socrática, con la defensa de su mundo interior y el sereno sacrificio del filósofo en heroica afirmación de la libertad humana.

Sócrates

En la figura casi legendaria de Sócrates, se destaca con perfiles concretos e incontrovertibles su concepción, entonces revolucionaria, de la libertad.

Para el pensamiento griego, la libertad encerraba un contenido materialista y pragmático, que la hacía derivar de la costumbre o de la ley: el hombre era libre cuando no era esclavo, y los contornos de la libertad se hallaban limitados por hitos físicos, sin vigor anímico ni fecundidad creadora.

Sócrates se rebela contra la tradición y el concepto universal, la transforma en categoría espiritual, en valor ético, y realiza una revolución tan sorprendente en la historia de la cultura humana que sólo es superada por la fertilidad milagrosa del pensamiento cristiano.

A la antigua escala de valores humanos del mundo griego —la salud, la riqueza, la hermosura y la amistad— opone el filósofo una gradación original y magnífica, que ennoblece y dignifica al hombre y lo hace señor de su propio destino: los bienes del alma en primer plano y los bienes materiales en el segundo, es decir, descubre el mundo interior, le da la primacía, y finca la libertad en la plena autonomía del espíritu como ruta hacia el Bien.

En este aspecto, Sócrates recibe y realiza una inspiración conservadora. El hombre alcanza el más alto puesto en la naturaleza y se independiza no solo de las influencias nocivas y malsanas de lo externo y convencional, sino aun de los propios impulsos e instintos naturales, o aparentemente naturales, que lo llevan a tomar lo agradable y lo útil como único criterio de valoración. Ni la muerte ni la pérdida de los bienes materiales pueden hacer cambiar el criterio del hombre de bien, que es el hombre libre, porque la vida o los bienes materiales solo tienen significación para el filósofo como instrumentos para el servicio de la justicia y de la moral, y su pérdida como obra de la injusticia, solo perjudica al que comete el desafuero, que para Sócrates es más desgraciado que su víctima, porque la injusticia no está en el orden de la naturaleza y el hombre injusto no puede ser feliz.

A este respecto, Sócrates modifica fundamentalmente el concepto de lo agradable, que de simple sensación material

se convierte en noble elación espiritual derivada, no de una sencilla impresión objetiva, sino de altas consideraciones espirituales, intelectivas y morales. Lo alegre, lo placentero, se vinculan al concepto de utilidad, y éste al de virtud y justicia, que no afecta directamente a los sentidos sino al mundo superior del espíritu, merced a una íntima y fresca trabazón que entre aquellos valores establece el ejercicio consciente de la libertad, aunque ese ejercicio resulte físicamente doloroso.

Cuando el hombre se decide por lo bello en contra de lo feo, por lo bueno en contra de lo malo, y esa decisión implica dolor, sacrificio y aun muerte, alcanza una plenitud espiritual incomparable y enriquece la concepción de la libertad con esencias vitales de tan soberano poder, que la prolongan en el tiempo y en el pensamiento como el más alto y fecundo de los valores humanos, y hacen del hombre el único sér capaz de seguir voluntariamente los caminos del dolor y del sufrimiento en pos de la perfección de su espíritu y de generosos y puros ideales de vida.

De ahí que Sócrates no se inquieta ante las veladas amenazas de Calicles, en el diálogo de Platón, y se limita a observar que el mejor partido que se puede tomar es vivir y morir en la práctica de la justicia, y expresa su anhelo de presentarse ante sus jueces con el alma sana, con menosprecio de lo que los hombres estiman y sin tener más guía que la verdad, tácito y aun temerario elogio de la libertad, que así se aparta de un añejo criterio de valoración social. De este modo se explica la serena dulzura con que apuró la cicuta para «ir a gozar de la felicidad de los bienaventurados», porque «el hombre que ha adornado en vida su alma con la temperancia, la justicia, la fortaleza, la libertad y la verdad, debe esperar tranquilamente la hora de la muerte». Era libre y había descornado el velo milenar que ocultaba el contenido divino de la libertad.

Esta arrogante concepción de la libertad humana, lleva al descubrimiento y sustentación de la inmortalidad del alma

y aporta la certidumbre de un más allá más perfecto y perdurable; a la vez que por un fructífero encadenamiento de deducciones, conduce a la visión espléndida de la unidad esencial de la virtud.

Roma

En Roma, con el crepúsculo de la libertad, la elocuencia se corona de sombras, y la sociedad pierde uno de sus más importantes veneros de ideas jurídicas, éticas y sociales. El florecimiento de la literatura bajo Augusto y Mecenas, no se debió propiamente al naciente espíritu imperial sino a la necesaria y fiera defensa de la libertad moribunda. La diatriba y el ditirambo delinean las formas de aquella lucha suprema. La historia toma los mismos cauces y se hace dinástica o republicana, no obstante Salustio, Tito Livio, Mesala y Cayo Asinio Polión, cuyas alas potentes se vieron mutiladas por el filo cortante de lo convencional. La glorificación del Príncipe y de sus antepasados, la tímida sugerencia o el silencio pálido, sustituyen la crítica autónoma y encadenan el pensamiento creador.

Los estímulos culturales de Augusto no logran llenar los vacíos de la libertad en exilio; y la historia, el derecho, las artes, la literatura y la poesía, que él quiere favorecer, pierden su sentido universalista y se hacen cortesanas. Virgilio, Tibulo, Propertio, sacrifican a la gratitud o al temor giros de lo espontáneo y afectivo, y al favor de la Corte subordinan las diáfanas corrientes de su inspiración y del acabado de su obra. El eclipse de la libertad trasforma el debate de las ideas en la pugnacidad hípica. Las antiguas asambleas del pueblo, degeneran en la brutalidad de los espectáculos circenses, y los soleados y amplios estadios de la inteligencia en libre función analítica, se petrifican en las graderías artificiales de los anfiteatros sangrientos. Porque la falta de libertad produjo el libertinaje, la relajación del carácter por el imperativo cortesano y creó la secuencia de la inmoralidad colectiva.

Es un hecho que la ausencia o negación de la libertad produce el empobrecimiento cultural de los pueblos y el aflojamiento de sus resortes morales e intelectuales, lo que sustenta nuestro concepto de que la libertad es un carril eterno del bien y de la verdad.

El liberalismo sin rumbo

Pero tengo para mí que el liberalismo en sus orientaciones contemporáneas ha perdido el rumbo y va descaminado. Porque su actual menosprecio por las ideas de libertad no se halla a tono con el resurgimiento que ellas empiezan a tener y alcanzan en la mentalidad occidental, que nunca pudo ni podrá divorciarse definitivamente de la libertad. El des-envolvimiento próximo de la cultura volverá a los antiguos cauces espiritualistas y los viejos valores recuperarán sus influjos pasados.

Hay una apreciación fundamentalmente equivocada en la visión de los fenómenos de la post-guerra: no es la marcha hacia la izquierda, entendida como materialismo puro, la realidad universal de la hora. En todos los pueblos se observa un profundo renacimiento del espíritu, de tendencia conservadora y, por qué no reconocerlo, de reconciliación con antiguos valores liberales que parecían en quiebra; y hasta en la misma Rusia, por entre las ranuras abiertas en su férreo aislamiento vecinal y mental, avanza, furtiva pero conquistadora, una débil llama de infiltración libertaria.

Al renegar el liberalismo a la libertad por no saber descifrar sus signos vitales, perdió sus rutas creadoras, y no pudiendo hablar ya a la inteligencia y al corazón de las muchedumbres, habló a sus instintos y las hizo materialistas. Y aunque comprende la necesidad del regreso, no se atreve a hacerlo, porque siente que es demasiado tarde para reconstruir los ídolos por él mismo destruídos. Olvidó que la libertad no choca con el progreso y mucho menos con la justicia, porque el hito es condición de aquélla, y la conquista del bien

señala sus finalidades constantes; la aniquiló locamente en el corazón de las masas, y hay retornos que son imposibles.

Pero como comprende el significado de la lucha que se libra entre Oriente y Occidente, y sabe que el nueve de abril creó en el alma colectiva los nuevos impulsos de la contramarcha hacia las aras antiguas del espíritu, de la libertad y de la justicia, intenta despejar sus caminos señalando al conservatismo, y tímidamente a la Iglesia, como enemigos de la libertad y del obrero.

Conservatismo y libertad

No es mi propósito, ni habría espacio para ello, adelantar polémica sobre tema tan abstracto, pero sí creo necesario recordar que el pensamiento conservador no rechaza la libertad sino las llamadas libertades absolutas, la libertad sin responsabilidad y sin sanción. Sostenemos, con las enseñanzas de la Iglesia, que la libertad consiste en «hacer lo que se quiere haciendo lo que se debe».

Porque la libertad no es un valor absoluto sino relativo; pero la Iglesia le da tal elevación y tan denso contenido al asociarla siempre al concepto de responsabilidad, que bien pudiera sostenerse que de esta concepción se deriva la afirmación del derecho, de la justicia y de la moral, pues para que el acto sea digno de sanción o castigo es necesario que sea libre, para que sea libre, que sea voluntario, y para que sea voluntario, que sea reflexivo. El acto mecánico en que no juegan los atributos superiores del hombre —inteligencia, razón, voluntad, conciencia— ni afecta la justicia ni hiere la moral.

La libertad absoluta es la negación de la justicia, la negación de la moral, aun de la moral mal llamada independiente, y la negación del derecho: si soy absolutamente libre soy absolutamente irresponsable, y nadie puede reglar, normalizar o sancionar mi acción, con lo que los actos humanos plan-

tearían constantemente un problema de estética, que siempre debería resolverse por la fuerza.

Cuando la Iglesia rechaza y condena la libertad absoluta, defiende la libertad, la penetra de contenido moral, de vigor actuante, de fecundidad eterna, de justicia viva y siempre juvenil, de fértiles y constantes esencias espirituales. Solo con esta concepción de la libertad pueden establecerse normas inhibitorias de carácter institucional y social. Lo que quiere decir que la sociedad civil, el Estado, ni es neutral ni indiferente ante los actos humanos, sino que tiene convicciones —que por otra parte bien pueden ser equivocadas o ciertas—, principios determinantes de lo verdadero y lo falso, del bien y del mal, y que es a virtud de estas convicciones como se arroga facultades reguladoras, normativas, punitivas, sobre las acciones de los hombres, facultades que limitan y recortan la libertad y la hacen relativa y condicionada. Y es así como el Estado es quien, coercitivamente, rechaza y destruye la utopía de la libertad absoluta.

En esta forma el pensamiento conservador recibe la más plena justificación por parte del Estado y de la Iglesia.

El partido conservador tiene una doctrina filosófica, política y moral que le sirve de faro y escudo; que a la manera de un río caudaloso fecundiza los campos y refleja en sus ondas tranquilas y profundas el esplendor infinito de los cielos, el cintilar luminoso de los luceros y la policromía indescribable de los paisajes.

Posee el conservatismo un ideal dinámico y aglutinante que se opone a su dispersión, que lo toca de eternidad, que alumbrá sus rutas, aclara sus propósitos y precisa su actividad. Porque ese ideal se nutre en las fuentes divinas de la moral cristiana, se desenvuelve en los surcos de la libertad y fructifica en la afirmación objetiva de la persona humana. No me explico por qué hay conservadores que ocultan su filiación política y parecen como avergonzados de sus doctrinas, pues ni las exponen ni las defienden. Olvidan que nos

afirmamos en la tradición, nos movemos con agilidad en el presente y nos empujamos hacia el futuro como la cima de que hablara el pensador: la última en recibir las postreras lumbraladas del crepúsculo, y la primera en recoger las fulguraciones iniciales de los amaneceres.

La Iglesia y el obrero

Afirmar que la Iglesia ve con malos ojos la organización y las reivindicaciones de los trabajadores es mala fe o ignorancia de la historia y de la verdad. Porque en el hijo de un obrero, que a su vez es un obrero, penetra y se humaniza la divinidad de su Fundador, y son obreros sus discípulos; Ella dignifica y ennoblece el trabajo cuando rechaza la concepción pagana que lo considera como ignominia, y lo eleva a deber ineludible de todos los hombres.

Afirma la izquierda que la Iglesia menosprecia a los obreros, y Ella, por la boca inspirada de San Pablo, señala la norma más revolucionaria de todos los siglos: «El que no trabaja que no coma». Menosprecia a los obreros, y enseña que el trabajo purifica y redime las almas; menosprecia a los obreros, y en el pétreo silencio de las Catacumbas modela y esculpe los signos del trabajo como timbres de orgullo y de gloria; menosprecia a los trabajadores, y los eleva a las más altas posiciones de su jerarquía; menosprecia a los trabajadores, y estatuye que los oficios manuales y mecánicos —considerados por el mundo romano como infamantes— constituyen título suficiente para alcanzar altas dignidades de gobierno; menosprecia a los trabajadores, y todos los Padres de la Iglesia emulan y son maestros y apóstoles y defensores de los desvalidos; menosprecia a los obreros y defiende a los ricos, y en el fecundo venero de sus doctrinas se hallan los más tremendos apóstrofes contra los abusos del capital: «Abrid a vuestras riquezas los caminos que las conducen a las moradas de los pobres». «Tú que vuelcas tus cosas en el pozo sin fondo de tu avaricia, desnudas a un gran número de

tus semejantes». «El pan que guardas pertenece al pobre, la capa que escondes es del andrajoso, el dinero que ocultas es del necesitado».

Menosprecia a los humildes, y afirma y enseña la igualdad espiritual de todos los hombres, y abre los caminos para acabar con la esclavitud. Menosprecia a los obreros, y fue Ella quien concibió, inspiró y estimuló el espíritu de asociación. Menosprecia a los pobres, y funda hospitales, asilos, refugios, escuelas, adelantándose y ejemplarizando al Estado y a las sociedades. Defiende al capital, y fue Ella quien primero habló a «los poderosos el severo lenguaje de la justicia ultrajada, en defensa de los explotados y oprimidos», como en cláusula austera dijera el ilustre Primado de Colombia. Menosprecia al obrero y sirve al capitalismo, y cuando esto se afirma, se olvida que Ella es y se reconoce y proclama madre de todos, y sostiene que el obrero debe estar rodeado de los más cariñosos y asiduos cuidados para elevarlo y sacarlo de la condición desgraciada en que se encuentra.

Pero ¿para qué seguir en la enumeración rápida de las obras y del pensamiento de la Iglesia respecto al trabajo, si para relieves su espíritu basta recordar el símil divino de la aguja y el camello? ¿Podrán las izquierdas presentar obra semejante a la que presenta y de que se enorgullece la Iglesia?

Tradición y progreso

Si realmente se quiere evitar la repetición aumentada del nueve de abril, es necesario facilitar la labor moralizadora de la Iglesia y vigorizar en la conciencia nacional y en la dirección del Estado la concepción social del conservatismo, que es orden y libertad, justicia y moral. Porque la verdad es que el liberalismo, por haber perdido sus cauces antiguos, ya no está capacitado para reformar la mentalidad comunista y revolucionaria de sus masas, aunque sus conductores naturales traten de reaccionar contra ella. Reconozco que puede haber exageración en estas afirmaciones, aunque lo externo me demues-

tra su exactitud, y por esto someto estas observaciones al estudio de todos los hombres de buena voluntad, pues sé que es casi imposible ser completamente imparcial y objetivo.

En el momento en que escribo, busco en el ayer, en el hoy y en el mañana, conexiones casuales para vigorizar mi pensamiento. Mi preocupación por lo externo indudablemente está condicionada por el palpar permanente de mi mundo interior. Mi crítica, como crítica humana, tiene algo de automatismo porque es la traslación espontánea e irresistible de mi idea; de mi sentir, de mi íntima llama, a los fenómenos exteriores que observa mi mente.

Sé que lo que se halla detrás de mi lupa prismática no tiene las líneas ni la multiplicidad de colores con que lo ve mi pupila. Pero en el prisma afectivo encuentro la alegría fecunda del esfuerzo creador y la serena pureza de una suave elación, porque no ignoro que el hecho existe a pesar de los cromos con que lo adorna mi mente para verlo mejor. Soy un hombre común, y sé que solo el hombre excepcional aparta el lente engañoso y busca y encuentra, sin él, en las realidades vivientes o escritas, los dispersos elementos que, aunados por él, configuran, animan y elevan el concepto enriquecedor del acervo común.

El hombre superior hace la historia, no la vive: tal es el caso de Sócrates, de Jesús considerado como hombre, de Confucio, de Mahoma. El relator, por regla general, es un falsificador involuntario, porque no es posible el divorcio entre la fantasía y la narración. Es esta una verdad que ha destruído el valor de la prueba testimonial. La Historia recoge los datos, pero los acendra, los acrisola y transforma en un proceso constante de hibridación entre lo propio y lo ajeno. Proteo sigue siendo la norma. Solo el genio intuye, desbroza, descubre la verdad: aunque para él lo importante no es la verdad de la Historia sino lo docente, la fuerza educativa del acaecer registrado. Sócrates sacrifica la verdad cuando afirma que Pericles, Cenón, Milcíades y Temístocles no fue-

ron buenos ciudadanos porque no hicieron justos a sus compatriotas; con ese concepto, se aparta del juicio y de la verdad históricos; pero en esa mistificación encuentra un sorprendente foco de energías para vigorizar sus originales doctrinas éticas, que marcan el epinicio de una transformación tan fundamental, que en el fondo es una revolución.

La esencia de la Historia es el factor individual. Los anales nacionales de los últimos lustros, son la historia de Olaya, de Santos, de López, de Lleras Camargo, de Laureano Gómez, de Augusto Ramírez Moreno, Silvio Villegas, Ospina Pérez y de Gaitán, pero desfigurada en diversas y aun opuestas direcciones, según la ubicación del comentador. La historia de la grandeza de Macedonia es la biografía de Alejandro. Licurgo encarna su más rica floración jurídica. Atenas resplandece en sus grandes hombres.

Aun bajo la República, cuando la dirección radica en el Senado, anónimo factor colectivo, el elemento individual singulariza las etapas vitales y alumbra los anales de Roma. República, Aristocracia, Oligarquía, Principado, Realeza, Militarismo y Absolutismo, se modelan y desenvuelven al influjo incontrastable de los caudillos.

«No creas en el pasado —ha dicho el filósofo— en defensa del espíritu creador». Pero el pasado es la expresión de los siglos, la lenta y decantada acumulación de la sabiduría adquirida por la humanidad, los limpios cauces, ya recorridos por el pensamiento humano, los veneros del perfeccionamiento.

Pretender que el hombre se independice de la tradición con el pobre argumento de que ésta se opone al progreso y al crecimiento de las ideas, es olvidar la fuerza creadora que ella encierra y el ímpetu transformador que en ella palpita. El mito se afirma en lo tradicional, y sin embargo guarda en su seno los gérmenes potentes de las verdades recientes y venturas. Para el hombre, tozudo soñador, el pretérito siempre aparece mejor que el presente; la generación que declina

evoca nostálgicamente la esplendidez ética y cultural de sus días juveniles, como un tesoro perdido o un ejemplo moral y de auténtica civilización para las superficiales generaciones actuales.

En el pasado radican todos los pueblos, como una realidad vivida, la Edad de Oro de su historia. Lo bello, lo moral, lo justo, lo bueno, solo tuvieron contenido y verdad para el hombre en los días antiguos. Por esto, todas las tendencias, todas las doctrinas, todas las escuelas y aun todas las revoluciones, enraizan su estirpe en las preocupaciones anímicas o en las conquistas materiales e intelectuales de los pueblos y pensadores ya fenecidos. Y hasta el comunismo busca afanoso en las doctrinas de Cristo, profanándolas, o de Platón, desvirtuándolas, o en la historia de los pueblos antiguos, la añeja enseñanza de sus principios sociales y la razón primera de sus tesis del día.

Toda revolución lleva, implícita o explícita, una tendencia restauradora y un íntimo propósito de regreso hacia las formas ya olvidadas o muertas. Confucio, ante el desorden y la anarquía de la China atomizada en 6.000 gobiernos feudales, inicia y desenvuelve su revolución con la bandera del retorno al siglo xxiv y el restablecimiento de la unidad política y espiritual de su pueblo. Cielo, Gobierno y Pueblo, los tres soportes de su concepción estatal, tienen en su unión necesaria y en su novedoso sentido, una rica y robusta energía demoleadora de antiguos valores.

Pero es con lo tradicional y permanente, con el sedimento antiguo de este tríptico transformador, es decir, con la eternidad de la moral inmanente, con lo que Confucio se arma y capacita para su lucha contra la organización feudal. Y precisamente en el espíritu religioso de las cortes feudales encuentra la fuerza impulsora, la universalidad y unidad divina de la ley moral como esencia del gobierno, para revolucionar los conceptos y procurar la concentración del Estado sobre las antiguas formas de vida política y social.

«No soy un creador, sino el trasmisor de la tradición. Creo en el pasado y lo amo», afirma Confucio con sincera modestia, y es así porque toda su actividad se dirige a restablecer la época ideal de Iao y de Sun y su régimen patriarcal pero con nuevas reformas sociales. Desde el sentido hogareño se remonta a la concepción, entonces revolucionaria, de la fraternidad humana. Si se estudiaran todas las revoluciones, todos los progresos y avances de la cultura, se llegaría a la paradójica conclusión de que sus fuentes se encuentran en las represas, siempre crecientes, de la tradición.

El intento de Descartes de renunciar a todo conocimiento para fundar con plena libertad su propio mundo, es vano e imposible; porque el conocimiento anterior, es decir, el pasado, influye aunque no queramos en la dirección de nuestro pensamiento y de nuestra acción, ya que no podemos cerrar los ojos lo bastante para impedir la filtración de la luz que alumbraba nuestra alcoba.

Conservatismo y Liberalismo

Se ha dicho y se dice que Gaitán fue un simple usurpador de ideas ajenas y pensamientos antiguos, pero ello no disminuye el significado de su obra, porque lo mismo podría afirmarse de todos los revolucionarios. La creación actual es la síntesis afortunada de concurrentes pretéritos. El escrito de hoy, como el de mañana, carece de originalidad y de autonomía verdaderas, porque sus ideas, sus teorías, se hallan latentes —en renglones dispersos— en el ayer olvidado; su savia y su inspiración ocultan siempre brillos retrospectivos, desde luego que la colaboración es el eterno dinamismo creador.

Nada hay nuevo bajo el sol, dice sabiamente el Eclesiastés. La idea al parecer nueva, es el rejuvenecimiento, la derivación o la fructificación inesperada de una idea anterior. La analogía y el vínculo son lo perpetuo en los surcos mentales, y la deformación de lo existente es el proceso perfectivo de lo que vendrá. Sócrates deforma y aprovecha a los sofistas; Pla-

tón deforma y perfecciona a Sócrates; el Cristianismo aprovecha a Aristóteles; la Reforma desdibuja y aprovecha al Cristianismo; pero Sócrates, Platón, Aristóteles, el Cristianismo, enriquecen con nuevas concepciones, de jugos tradicionales, el patrimonio mental y moral de la humanidad.

Gaitán no resulta disminuído porque careciera de originalidad. Todas las revoluciones se han hecho con ideas antiguas y en nombre del pasado, porque todas o casi todas, alegan una necesidad de restauración de añejos valores descuidados: moral, justicia, libertad. Si algo pudiera disminuírlo, es el hecho de que la revolución por él buscada se le escapó de las manos y produjo efectos con que él no soñara, pero ese es el destino de todos los trasformadores románticos.

Gaitán no predicó odio: estaba seguro de la reconquista. Reléanse sus discursos y se verá que en ninguno de ellos, aun en los pronunciados en momentos de mayor calor y de más grande exaltación política, lo aconseja; y que, por el contrario, en todos incluyó siempre la invocación al entendimiento e igualdad entre los colombianos. Les ponía pasión a sus actos, aceptaba orgulloso el título de demagogo, agitaba con fuego y tenazmente a las multitudes, establecía contrastes muchas veces injustos, hería con inclemencia, pero fue constante en su tesis de que la miseria de los conservadores era igual a la de los liberales. Así suavizaba los efectos demoledores de su palabra. No le temía al gobierno conservador ni creía en su espíritu regresivo: lo consideraba impotente y transitorio.

¿Por qué, pues se creó ese ambiente caliginoso, de vértigo revolucionario, de impaciencia sediciosa, que explotó, fulminante, el nueve de abril? Porque el liberalismo y los tenientes de Gaitán en el deseo de perjudicar al conservatismo y apresurar su caída, lo crearon voluntariamente: querían la totalidad del poder pero en forma inmediata, sin formularse el interrogante de Echandía: «¿Y el poder... para qué?». Solo así se explica el fenómeno.

Porque no hay distancias insalvables entre los dos parti-

dos, ni el gobierno conservador ha sido partidista, exclusivista y sectario. El liberalismo no ha querido comprender que no puede existir organización social sin la acción de la idea conservadora; que conservatismo y liberalismo, considerados como pensamiento social, son dos fuerzas naturales que necesaria e inevitablemente, entran en el proceso eterno de la cultura humana. Sus características teóricas son modalidades y matices convencionales, enunciaciones cambiantes de sus esencias vitales. El primero es el freno, la tensión, la estabilidad móvil, la organización creadora. El segundo es la inquietud, el impulso, el cambio, la inconformidad, la fuga constante e irreflexiva hacia lo desconocido y lo nuevo.

Estática y dinámica

La eficacia de estas dos fuerzas, que tienen significación de leyes cósmicas, estriba precisamente en la simultaneidad de su acción. Si obran aisladamente, el resultante es la revolución y la anarquía, o el estancamiento y la senectud. A través de la historia ningún núcleo humano ni ningún hombre puede afirmar que ha sido o es absolutamente liberal o absolutamente conservador porque los dos principios se conjugan permanentemente, en interacción constante. En su sincronismo funcional radica su mutua fecundidad y la riqueza de sus realizaciones prácticas.

A tiempo que el auténtico pensamiento, mejor diría la fuerza liberal, mira ambiciosamente hacia el porvenir y actúa en función de conquista exclusivamente, la fuerza conservadora, el pensamiento conservador, es vínculo medido entre el pasado, el presente y el porvenir y va tejiendo discretamente el hilo secreto y fuerte de la solidaridad de la cultura en el tiempo, en el espacio y en el espíritu.

Y si el liberalismo radica el ideal de felicidad en la perenne variación de las cosas, el conservatismo lo conforma en el nexo lógico entre el ideal ya realizado, los valores actuantes y

las categorías intuídas u ocultas bajo los surcos fértiles de los días propincuos.

La civilización es una secuencia, una transición permanente de bienes que va estabilizando el conservatismo como adquisiciones definitivas del patrimonio humano, mientras el liberalismo —aventura constante— propugna e impone la sustitución incesante, en rompimiento sistemático con lo que fue y con lo que es.

Gracias al conservatismo, la inquietud aventurera del liberalismo se atempera las más de las veces y, frenado en sus ímpetus, queda incapacitado para anular las voces de la tradición y los imperativos de la experiencia. No siempre es posible la armonía íntima e incomprensible entre estas dos fuerzas de la mecánica social: una de ellas se excede en potencia funcional e impide o anula la acción de la otra: se produce entonces la parálisis o la destrucción de valores.

Este fenómeno es frecuente por la descompensación en la acción recíproca de ambas tendencias, y así a un predominio social de la actividad conservadora y su consiguiente desgaste de energías, sucede el estallido de las fuerzas acumuladas e inactivas liberales, que trata de destruir o destruye en parte o totalmente todos los valores existentes, por considerarlos conservadores. Se rompe un ciclo humano, se aniquilan antiguas formas de cultura que parecían estables por su contenido y significación en el desenvolvimiento humano, se destruyen bienes adquiridos; cambian los módulos de valoración, se subvierten todas las formas, la moral languidece, la justicia se apaga, la piedad se anula, se quiebran los resortes de la solidaridad, la tragedia colectiva se generaliza, sucumbe todo en la marea revolucionaria, hasta que los desenfundados promotores del desorden entran en pugna y perecen en su mayor parte.

Pero algo vive, alienta y se vigoriza en el trasfondo trágico: el pensamiento conservador, que a su vez invade las mentes, los corazones y los espíritus, en un incontenible an-

helo de reconstrucción. A su influjo se estabilizan los nuevos conceptos, se restauran los antiguos tesoros, la tradición recupera su imperio, la experiencia se hace actuante, dinámica y creadora; se restablece el roto equilibrio, surgen nuevas líneas de pensamiento enraizadas en el ayer, proyectadas hacia el mañana; renacen la confianza y la tranquilidad generales y un prodigioso florecimiento de bienes señala la convalencia social y la reconciliación de los tiempos, las categorías y los hombres en el intelecto y en el alma colectivos.

Sobre las ruinas de la revolución, la tendencia conservadora reconstruye mundos ricos, amenos y alegres; aprovecha los valores adventicios, los incorpora en las arcas comunes, y restaura los vínculos temporalmente desarticulados entre los días que fueron, los que son y los que serán.

Resurgimiento conservador

Esta obra de reconstrucción puede ser realizada por los revolucionarios mas no por la revolución, pero al cumplirla, el revolucionario, el liberal, involuntaria o concientemente, se ha hecho conservador, se ha sometido a la fuerza centrípeta, es decir, conservadora, e inspirado y movido por ella, se hizo conservador al enfrentarse a la revolución. Todo proceso post-revolucionario es esencialmente conservador, porque ningún avance cultural es posible sin el influjo y la acción conservadores, que implican análisis detenido, juicio equitativo, comparación serena de lo reciente con los valores-tipos de etapas culturales extintas o actuales, y acomodación lógica de lo nuevo al acervo común.

El nueve de abril fue un tremendo impacto para el liberalismo colombiano, y marcó el renacimiento nacional de la tendencia conservadora. En cierta manera, Echandía, Lleras, los jefes liberales, se hicieron conservadores o no pudieron escapar de aquella tendencia, y las mismas díscolas mayorías del Congreso no lograron esquivar del todo las impetuosas corrientes conservadoras que inundaron, continúan y continuarán inundando por mucho tiempo a la nación.

Así me explico la sustentación vigorosa de la política de unión nacional, antes de la manifestación del 7 de febrero y el sometimiento a regañadientes del congreso a los anhelos del país y a la acción restauradora cumplida por el Gobierno, lo que implica no solo el triunfo de la tendencia conservadora sino un principio de fusión defensiva de las dos corrientes constantes.

Porque, repito, dos principios que pudiera llamar mecánicos, rigen y han regido en el discurrir de los tiempos, el lento y doloroso proceso de la cultura humana: el liberal y el conservador. Son ellos dos leyes comparables, en el mundo de la mente, a las fuerzas centrípeta y centrífuga, cuya necesaria correlación mantiene el equilibrio, la estabilidad, el desenvolvimiento y la vida del progreso. En ellas radica todo el proceso vital y la secuencia eterna de todas las transformaciones. La catástrofe es siempre la resultante del debilitamiento o de la pérdida momentánea del contrapeso, de la igualdad de acciones de esas dos fuerzas.

Potencia y resistencia

Potencia y Resistencia, Reposo y Movimiento, en distribución equitativa, constituyen las paralelas sólidas y perennes del devenir.

La estática, en el fondo, es una figura convencional, porque todo es movimiento en la vida; pero sin su constante solicitud frenadora el equilibrio se rompe, el movimiento pierde su uniformidad creadora y se transforma en desorden o catástrofe. La gravedad puede ser lo conservador y la dinámica lo liberal, pero de ambas depende la vida. Y si esto es verdad en el mundo físico, en el mundo de la inteligencia su analogía se convierte en identidad.

Sin embargo es común confundir al conservatismo con el reposo o la inmovilidad, lo que es una inexactitud. En verdad el conservatismo es moderación, estabilización, ecuanimidad, sensatez analítica, pero también y más que todo, es organi-

zación metódica, movimiento uniforme, incorporación reflexiva, gravitación y defensa de bienes, vínculo y poda de la tradición, visión serena y razonada del porvenir. A su vez el liberalismo es la liberación del hombre entendida como rompimiento de todo vínculo, de toda barrera, de toda norma, anhelo irrealizable de perfección, ideal imposible de felicidad y por lo mismo mentiroso. Como el conservatismo, el liberalismo, no como estructuración doctrinaria sino como tendencia, es una fuerza necesaria, inextinguible y siempre en función creadora sobre la móvil y fructífera sucesión de las cosas.

Por esto afirmo que nadie es absolutamente liberal o absolutamente conservador: ni el revolucionario que destruye todo lo existente en el orden de las ideas y de los bienes, porque lo hace con el esfumado y no bien entendido fin de poner viejos valores en vigencia o de restablecer después el roto equilibrio y cimentar los bienes por él soñados, ni el reaccionario que se recoge en el pasado, cierra todas las válvulas de escape o levanta exclusas insalvables para las ideas ajenas, porque también lo hace con la desfigurada intención de asegurar bienes y libertades que considera necesarias para la supervivencia de la personalidad humana, la conquista del ideal de felicidad o la defensa de su propia autonomía de pensamiento y de acción.

El eterno retorno

Jesús realiza la más extraordinaria, rica y admirable transmutación mental, social y moral que registran las edades, aunando en su acción milagrosa y divina las voces de la tradición, las realidades de la hora y los imperativos del porvenir. En la historia de la evolución humana, el carisma, que tanto ha influido en ella, es un valor tradicional y conservador de paradójico y tremendo poder revolucionario, como quiera que el héroe carismático «tiene que satisfacer las demandas del mundo» y propugnar la conquista de una escala de vida mejor.

Confucio busca la restauración moral y política de su raza con el regreso a los viejos ideales, tesis conservadora, pero a la vez impone un cambio fundamental en las concepciones de su pueblo, y afirma revolucionariamente que «la pobreza es vergüenza en un Estado organizado como lo es la riqueza en uno desorganizado». Licurgo lucha contra Carilao, mas no lo despoja de la realeza sino que lo somete a cumplir las leyes del senado. Las revoluciones de la aristocracia en Roma y Grecia se hicieron casi siempre en defensa del pasado. Las Doce Tablas y las leyes de Solón —avances en cierta forma liberales— se cimentaron en la tradición.

Puede afirmarse que todas las conquistas jurídicas, sociales, políticas o morales, se nutren y abrevan en fuentes conservadoras y se desenvuelven con estímulos liberales. La concepción mítica de la Edad de Oro, ha sido a través de los tiempos la inspiración, el motor, el ideal primero de todas las restauraciones y de todos los cambios. La añoranza de los tiempos idos que no vivimos pero que idealiza la imaginación colectiva, constituye el punto de referencia y de partida de todos los avances y adquisiciones.

Lao Tse, Platón, Séneca, se anticipan a Rousseau, pues el regreso es el camino abierto de lo que llega. Todo retorno es una revolución que amalgama lo viejo con lo nuevo y funde en un solo crisol los signos áureos del porvenir, el valor pragmático y la categoría ideal. El canto tribal ofrece, incipientes pero siempre armoniosos, los dulces ritmos del día. En el rito antiguo se estremece la realidad de la hora, y en la ilusión pretérita palpita fecunda y generosa, la verdad del presente. En la hora que vivimos, en todas las naciones, el liberalismo es una fuerza de derecha; solo entre nosotros marcha hacia la izquierda: ¿Por qué?...

Afinidades y divergencias

Al leer los programas de uno y otro partido se halla con sorpresa que son más numerosos y fundamentales los puntos

de contacto que los de divergencia. La oposición entre uno y otro es más bien sentimental que intelectual, pero nos distancia una cuestión de temperamento. El partido conservador es moderado, respetuoso de la opinión ajena, amigo del orden y de la tranquilidad, tímido, vacilante, refractario al conflicto, poco inclinado a la lucha vibrante, a «vivir la vida peligrosamente». En todo conflicto, siempre es el que cede; sus divisiones internas, cuando se presentan, por regla general obedecen a una distinta contemplación de las tesis y demandas del adversario, y no a la visión interior de sus propios problemas y conveniencias. Pudiera decirse que el lema de acción conservadora es «hay que ceder... hay que ceder... hay que ceder».

En cambio, el liberalismo es vehemencia batalladora, actitud dogmática, agresividad sistematizada, lucha sin tregua, conflicto permanente, pensamiento hermético, orgullo desmedido, desorden permanente en la oposición, autoritarismo tiránico en el gobierno, banderas de libertad y de justicia fuera del poder, intolerancia, exclusivismo, intransigencia fanática en la gerencia del Estado. Su lema pudiera ser: «hay que gritar... hay que amenazar... hay que imponer». Su angustia por el poder, por la reconquista, no se debe a cuestiones de doctrina sino al propósito de recuperar las muy pocas y modestas posiciones que han adquirido los conservadores, a virtud del triunfo de mayo.

Y así se observa que en todos los organismos públicos controlados por sus hombres no tienen cabida los conservadores, a tiempo que los liberales lo piden todo en el Ejecutivo. La política de Unión Nacional no tiene otra significación para la mayoría de los liberales, que la de conquista de posiciones oficiales; por lo demás, es absolutamente impopular, y en sus reuniones, en sus mítines, en sus organismos sindicales, la primera voz que se oye es el abajo al Presidente y a la Unión Nacional.

Contrastes

Para establecer claramente este contraste, recordemos dos episodios: el diez de julio, el partido conservador no tuvo la menor participación en los hechos subversivos que se registraron. Sin embargo, el gobierno liberal lo hostilizó con saña inaudita; se desalojó a todos los empleados conservadores, muy pocos por cierto, de los puestos públicos; sus congresistas fueron apresados, a pesar de la inmunidad; se anuló todas las libertades, se legisló retroactivamente para poder condenar a varios representantes conservadores y desalojar del ejército a oficiales y suboficiales sospechosos de conservatismo; se apresó al Directorio Nacional Conservador y se obligó al Jefe del partido a exilarse del país; en cinco minutos se dictó un código militar para agravar penas y crear delitos; las oficinas del Directorio fueron rondadas y registrados sus archivos; se cerraron los periódicos conservadores; se impidió la reunión del Congreso, y se sancionó a civiles y militares con penas desmedidas. El partido conservador se había negado a participar en el movimiento sedicioso, no obstante que el coronel Gil le pidió su concurso y le ofreció elementos para armar a diez mil hombres; fuera de la detención pasajera del doctor López, no hubo crímenes, ni asesinatos, ni incendios, ni saqueos.

El nueve de abril se registraron todos los crímenes imaginables; los conservadores de gran número de pueblos y ciudades fueron vejados, heridos, asesinados, saqueados sus hogares, violadas sus mujeres, destruidos sus templos, quemados sus periódicos, torturados sus jefes, robados sus bienes. Pero triunfó la legitimidad, y no se presentó la reacción natural que ha debido humanamente presentarse en el conservatismo. El partido liberal había organizado y ejecutado la agresión, pero todo continuó lo mismo, salvo el mejoramiento voluntario y generoso de la posición liberal en el Gobierno y el sacrificio fraterno de muy respetables intereses y aspiraciones del martirizado conservatismo. No es una re-

criminación, es una observación para relieves los disímiles temperamentos de los dos partidos.

La lucha actual

Comprendo que no es esta la hora de las recriminaciones. El porvenir nacional está preñado de sombras y de amenazas imprevisibles, porque el mundo nuevo está en crisis y las luchas contemporáneas de la humanidad ya no se desenvuelven entre las concepciones clásicas de las escuelas liberales y conservadoras, sino entre la materia y el espíritu, entre los grupos humanos que aún sirven y aman ideales superiores, formas elevadas de vida, conceptos anímicos y morales, y las fuerzas de la disolución, materialistas y exhaustas de todas las esencias que han dignificado y enriquecido al hombre y fortalecido el seguro y azaroso proceso de la civilización occidental.

Visión panorámica y olvido

Es necesario olvidar el pasado doliente, pues lo que ha de preocuparnos no es solo el pretérito y sus enseñanzas históricas o sus ideales, ya decadentes, ya frescos, ya vigorosos o muertos, sino la plenitud ejemplarizante de la vida misma, que comprende el pasado y su sabiduría atesorada, el presente y sus adquisiciones y necesidades, y el futuro y sus inquietudes, sus promesas e incógnitas. Porque pensar únicamente en pasado es el retorno del espíritu hacia las formas muertas sin aprovechar su perenne dinamismo interior.

La muerte es una ficción con que ocultamos las secretas corrientes del cambio, y el pasado es una sutil modalidad de la muerte, en que vibra, para el oído atento a todos los rumores, la armonía inefable de lo que fue y de lo que será. Pensar únicamente en presente, es eliminar dos dimensiones y estacionarnos, estáticamente, en el estrecho retazo que cubren nuestros pies, anulando el rumoroso y móvil concierto de lo que fue y de lo que va a ser; pensar exclusivamente en futu-

ro es despilfarrar, sin conocerlas ni sentirlas, las recónditas y palpitantes bellezas de lo que fue y de lo que es, para vivir el sueño enfermizo y enervante de la quimera.

Dimensiones vitales

La vida tiene tres dimensiones, pasado, presente y porvenir, y para comprenderla, encontrar sus esencias y hallar sus perfecciones, es preciso que el corazón, el espíritu y la mente, discurren y penetren su tríptico constante. Pasado, presente y futuro son simples matices imperceptibles de la unidad del tiempo y, por ende de la vida. La mente clara recorre en vuelo raudo esta gama absoluta, y desde su altura contempla un panorama integral, con su diversidad de colores, sus cimas y profundidades, sus selvas y sus yermos, sus ríos y sus cascadas, sus senderos y sus avenidas, sus voces múltiples y sus horizontes ilimitados.

El curso de la vida no es enlace sino continuidad, y la creación es incorporación de lo potencial existente en el movimiento cósmico, y su transformación de latencia en categoría universal y visible.

El hombre creador

El hombre superior provoca la catálisis de los simples a lo compuesto y elabora así el complejo, que revierte en nuevo valor, en nueva forma cultural. El tipo providencial no es una concepción infantil, sino la defensa biológica y esporádica de las sociedades en decadencia o peligro. En la hora difícil que nos tocó vivir, tenemos un Ospina Pérez como orientador y artífice seguro, y el país no podrá sustraerse a su influjo benéfico ni a sus admoniciones patrióticas, porque es un hombre superior y un excelso creador, guste o no a los inconformes. Su obra ha sido de conciliación no solo entre los partidos, sino entre el capital y el trabajo, y necesariamente tiene que perdurar, a pesar del liberalismo de izquierda, que es la mayoría de aquel partido, y no obstante la re-

sistencia anarquizante de algunas directivas sindicales como la C.T.C.

Por fortuna para el país y para nuestra cultura, un grande hombre providencial presidía los destinos nacionales el nueve de abril, y la explosión destructora tropezó con la valla de una fortaleza ejemplar y de un pensamiento creador. Ospina Pérez fue la necesidad vigilante y defensiva de aquella hora crucial, y por ello se salvó nuestra Patria. Hay que reconocerlo aunque, como en mi caso, no se esté del todo de acuerdo con él. Si la bondad fuera pecado yo diría que es este el único pecado de Ospina, porque mi insuficiencia no me permite elevarme hasta su altura para comprender su dulce y generosa benevolencia con quienes pidieron su cabeza y le exigieron el poder, aunque opino que es este uno de los rasgos bíblicos de los hombres excepcionales y que la bondad edifica y fecundiza la armonía y la unión.

La lluvia de oro sobre Danae en la fortaleza mítica, muy bien puede simbolizar la acción de la mente elevada sobre la prisionera fecundidad de las cosas. El Congreso, al aprobar los planes de Ospina, recuperó algo de su extinto prestigio y demostró la influencia subyugante del hombre superior sobre las mentes comunes, aún ofuscadas por la pasión. Perseo, como Fénix, se repite en todas las edades, bajo la creciente y viva liberación de los jugos creadores.

Símbolos del dolor

Abel es el concepto idealizado y sublimado de la tradición y de la inocencia sin defensas; y en la rebeldía homicida de Caín canta el rito primario y desorientado que busca la destrucción de la norma y de la vida y el rompimiento con el pasado, bajo el estímulo obsesionante y unilateral del presente.

Nueve de abril: el enfrentamiento de los símbolos, el sacrificio de la inocencia, la delincuencia colectiva en función. Pero hay que comprender y perdonar a Caín: es nuestro hermano y lleva un estigma divino; en el dolor del pasado se ali-

mentan los gérmenes de un mundo mejor, y la piedad de la hora es incompatible con el exilio fraterno.

Saturno, devorando a sus hijos, destruye las leyes de la naturaleza, porque piensa solo en futuro; Júpiter, salvado de la voracidad de su padre, Moisés de la cólera del Faraón, y Jesús de la de Herodes, podrían simbolizar la impotencia del presente para anular o extraviar las corrientes vitales que surgen del pasado y corren hacia el porvenir, en armonía o en pugna con lo coetáneo, pues todos los bienes humanos arraigan en la profunda y fértil oscuridad del pretérito, florecen bajo la límpida claridad del presente y fructifican y proliferan en las evanescentes penumbras de las alboradas cercanas. Perdonar y redimir señalan los ásperos caminos del Calvario, que son los de la redención. No lo olvide el partido conservador.

Unión y olvido

Necesario es olvidar muchas cosas, porque la hora es de acercamiento y no de repulsión entre los hombres y las colectividades aglutinados y surgidas al calor de sistemas de perfiles diversos, pero de quididades y fines comunes.

Que no se olvide que si en la historia de la cultura el liberalismo surgió como una reacción contra el conservatismo, el socialismo y el comunismo surgieron como una reacción contra el liberalismo, y que, limitando esta verdad universal a nuestros marcos nacionales, liberalismo y conservatismo constituyen algo así como las aguas de un mismo río, bifurcadas en campos distantes de sus comunes orígenes, pero en ningún momento transformadas o desnaturalizadas en sus identidades intrínsecas.

La prosperidad de la Patria, su conformación democrática, sus avances sociales, su desarrollo cultural, su creciente grandeza, sus adquisiciones afortunadas, obra son de los dos partidos, que representan la tradición y el esfuerzo creador. No hay motivos suficientes para odiarnos; los principios teó-

ricos que nos separaban antaño, prácticamente ya no existen y solo nos distancian los nuevos rumbos que, con tendencia comunista, va tomando el liberalismo por temor de ser calificado de reaccionario.

La polarización de fuerzas, impuesta por la última guerra, divide a la humanidad en dos únicos y grandes grupos solidarios: derechas e izquierdas, espíritu y materia, conservatismo y comunismo. El mismo socialismo va tomando posiciones en la derecha. Las ideas liberales antiguas, en cuanto significan liberación y defensa de la persona humana, nos son comunes, y terminarán por imponerse a toda la humanidad porque para algo se hizo la guerra pasada; y el pensamiento conservador, que es libertad, orden y justicia, vive, se dilata e impera en todos los estadios de la civilización occidental, orientado y alumbrado por la Verdad eterna del Cristianismo.

Síntesis

Al escribir estas páginas no ha sido mi propósito desarrollar una labor recriminatoria o de escándalo partidista, sino recoger en ellas datos evidentes y comprobables sobre el proceso histórico que culminó en los trágicos hechos del nueve de abril, que sirvan al historiador del futuro para el análisis y el fallo que ellos demandan, previo estudio de los archivos oficiales.

Infantil, a más de torpe e injusto, sería pretender deducir responsabilidades al partido conservador en la gestación y desenvolvimiento de los sucesos trágicos: el conservatismo lanzó un programa de unión nacional; invitó a las más claras inteligencias del liberalismo a colaborar en el Ejecutivo con una participación no registrada antes, por lo amplia y generosa, en la historia de nuestra nacionalidad; respetó, acaso con exceso, sus ideas y realizaciones de gobierno, la libertad no sufrió mengua y puso especial empeño en la restauración y eficacia de la justicia, tan notoriamente partidista bajo los

gobiernos liberales; encauzó la administración pública por vías de probidad y de servicio, cuya ausencia había provocado el ímpetu renovador de Gaitán y pugnas permanentes de causticidad disolvente; la política social le mereció al partido y al gobierno especial atención y celo cuidadoso y constructivo; entregó las posiciones claves al liberalismo, y procuró por todos los medios borrar en éste la sensación enervante y disociadora de su vencimiento. Pero el partido liberal no quiso entender tan noble y generosa actitud. Acostumbrado a que el Gobierno era un botín propio, como se dijo en la Cámara por uno de sus más bisarros exponentes, no pudo resignarse, desde los tiempos de Lleras, a que los conservadores tomaran algunas palancas de mando, que el liberalismo consideraba suyas por derecho de conquista.

En pueblos y aldeas observó que los conservadores comenzaban tímidamente a ejercitar sus derechos de ciudadanía y, sorprendido desagradablemente ante lo inusitado del hecho, que consideraba como disputa intolerable de sus privilegios de dominio, renovó sus antiguas tácticas de violencia y coacción que tan eficaces habían sido para su estabilización absoluta en el poder, y vinieron los choques, porque los conservadores, sabiéndose triunfantes en los comicios de mayo, pensaron que por lo menos tenían derecho a la igualdad y a las garantías constitucionales, se rebelaron contra su condición de parias y respondieron a la violencia con la violencia.

El interés que el Comunismo internacional y el criollo tenían en hacer fracasar la IX Conferencia Panamericana; la ayuda solapada del Gobierno venezolano; la intervención de comisionados comunistas extranjeros; las actividades de la C.T.C.; la deslealtad de los funcionarios públicos; la corrupción de la policía; la ayuda de la Embajada soviética, encauzaron la inquietud y la inconformidad de la fracción violenta del liberalismo hacia la organización del golpe terrorista. Y pregunto: la decretada muerte de Laureano Gómez, José Antonio Montalvo, Joaquín Estrada Monsalve o Alberto Lleras

o el General Marshall, ¿habrían logrado la insurrección de las masas, la revolución social que se quería provocar?...

* * *

En la segunda parte del libro, informo al país sobre las actividades subversivas actuales de la C.T.C., la Acción Popular Universitaria, el Plenum Comunista y la Federación Nacional de Campesinos e Indígenas. En esta denuncia apor-to documentos, que no exigen reserva por no tener origen oficial, como lo tienen los relacionados con la primera parte de esta obra.

Los propósitos de la Federación de Campesinos empiezan a tener realización en estos momentos: de Cali transcriben a la Prensa de Bogotá una circular de «la Junta de Capitanes designada por la Asamblea General reunida el martes pasado», ocho de febrero, en la cual se ordena y organiza la toma violenta de las zonas de Navarro y Meléndez. Esta ocupación de hecho fue realizada por más de dos mil personas. El ejército tuvo que intervenir. Posteriormente, según los informes de la misma prensa de Bogotá, otro grupo de campesinos, diz que católicos, ocuparon de hecho otros terrenos, e intentaron enfrentarse al Ejército, lo que demuestra la hábil infiltración del comunismo en nuestras masas campesinas. En esta forma se está preparando el ánimo de los hombres del agro para la gran movilización obrera, campesina y estudiantil que a fines de julio debe realizarse para la toma del poder, según las órdenes de la Federación Nacional de Campesinos e Indígenas, y a confirmarse en el hecho, las denuncias formuladas en esta obra. Creo haber cumplido mi deber, no me inquietan las posibles represalias, y confío en el buen juicio de la Nación para su defensa y seguridad.